

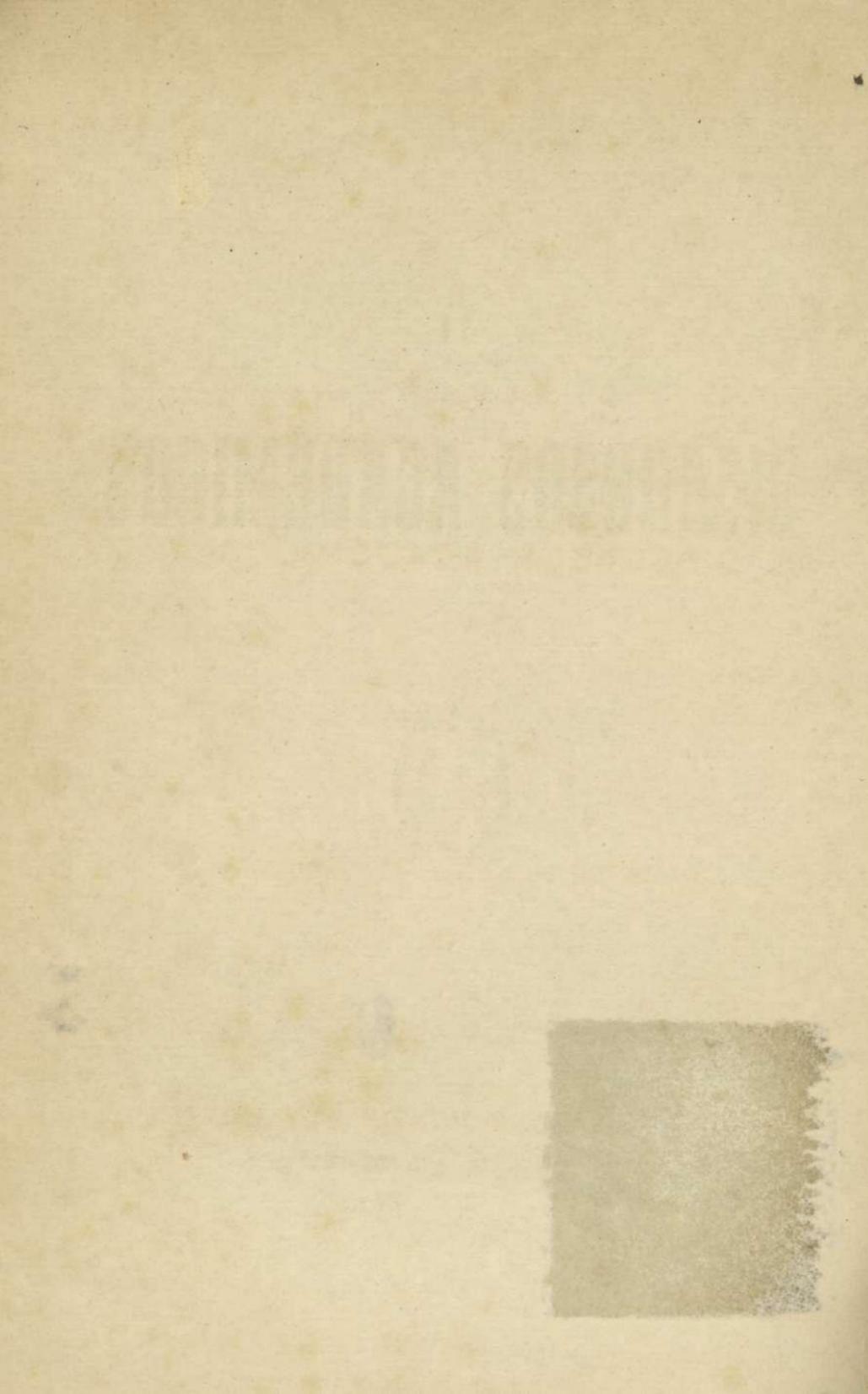
2100
F. 810
OBRAS ESCOGIDAS DE
DON EMILIO CASTELAR

II

DISCURSOS ACADÉMICOS



FIBRERIA DE SAN MARTIN
6, Puerta del Sol, 6
Madrid



NO SE PRESTA

Solo puede consultarse
dentro de la sala de lectura.

DISCURSOS ACADÉMICOS

DISCURSOS ACADÉMICOS

32(46)(042)

CAS

dis

R.17.187

S-XX

573

OBRAS ESCOGIDAS DE D. EMILIO CASTELAR

FL

32

CAS

dis

II

DISCURSO

LEIDO EN LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

SEGUIDO

DE OTROS VARIOS DISCURSOS

DEL MISMO ORADOR



MADRID

ANGEL DE SAN MARTÍN

LIBRERO-EDITOR

PUERTA DEL SOL, 6

BOLETIN DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA CASTELLANA

DISCURSO

DE

ACADEMIA ESPAÑOLA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

DE OTROS VARIOS DISCURSOS

DEL ACADEMICO ORADOR



MADRID
AÑO DE 1914

IMP. GRÁFICA UNIVERSAL.—PRINCESA, 14. MADRID

DISCURSO

LEÍDO EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EL 25 DE ABRIL DE 1880

Señores académicos:

Llamado a compartir las tareas y los honores de vuestro instituto, en días ya lejanos, retardé adrede este instante, a ver si tiempo y trabajo de consuno me granjeaban algunos títulos justificativos de vuestra elección y de mi atrevimiento. Mas, desesperanzado ya de conseguir por mis méritos gracia debida a vuestra bondad, tócame tan sólo expresaros mi agradecimiento y deciros cómo alienta mi palabra la persuasión de haber arrancado este lauro, antes a vuestro cariñoso afecto que a vuestro frío juicio. Sucedo, en silla ilustrada por Navarrete, a un sabio, que así poseía las ciencias de la naturaleza como las artes

de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle, aumentándose con estos contrastes entre su competencia y mi incompetencia, al par de toda la pobreza de mis calidades todo el poder de vuestra magnanimidad, mucho más propia para obligarme que lo hubiera podido ser vuestra justicia.

Consagrado desde mis mocedades, en periódicos y libros, en tribunas y cátedras, a servir, entre nosotros, la vida del espíritu moderno, creo correspondiente con la solemnidad de este acto el convertir vuestra atención hacia los conceptos fundamentales de nuestra edad, demostrando la poesía en ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número a la ciencia, así que pasen de las regiones donde brilla la luz de las ideas a las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Difícil tarea ciertamente acreditar de poética una edad, notada de prosáica por sus achaques políticos y sus tendencias a la economía y a la industria. Valor he menester para confrontar las barbacanas de feudal castillo con los hilos de industrial telégrafo; y el campo de los torneos donde alardean los caballeros y piafan los caballos y relucen las armas y luchan las fuerzas y braman las muchedumbres y ondean las divisas

y sonríen las damas, con esos almacenes de nuestras exposiciones universales, donde silban las máquinas y hierven las calderas y giran las ruedas, sosteniendo porfías del trabajo, más útiles, pero no más hermosas, que los cruentos empeños de la guerra. Conozco la dificultad en toda su extensión, y la acometo con todo mi ánimo, lastimado sólo de que no plegue al cielo darme fuerzas bastantes a sostener la verdad de mi tesis y a medir la altura de mi siglo.

Al mentar el espíritu de este nuestro tiempo, ¿mentamos esencia real, o mera abstracción? Preguntas de este linaje asoman a las mentes, no ya tratándose de tal o cual determinación del espíritu, sino tratándose del espíritu humano en sí mismo. Que sentimientos e ideas se refieren a impalpable e invisible unidad interior, en la cual residen todas nuestras facultades intelectuales y morales, así las energías del albedrío como los pensamientos de la razón y los juicios de la conciencia, principio evidentísimo por toda nuestra naturaleza revelado y sólo contradicho en escuelas incompletas, que ponen el humano criterio en la falacia y grosería del sentido. Todo cuanto tiene contenido infinito no puede caber en la reducida experiencia, sino en otro infinito, en la idea. Mas la sencilla observación demuestra que ideas y sen-

timientos y voluntades se modifican profundamente en el tiempo y en el espacio, al influjo del hogar, del lenguaje, de las relaciones múltiples que completan y dilatan a una nuestra vida. Existe, pues, el espíritu de un siglo como existe el espíritu de un pueblo: que perdurables el sentir, el pensar y el querer, cambian por las leyes de la variedad sus modos de ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones.

Renuévanse en el cuerpo humano de tal suerte los átomos, que toda nuestra sustancia varía en el discurso de brevísimos períodos, como en el cuerpo social se renuevan de tal suerte las ideas, que cada cincuenta años unas generaciones maldicen de otras generaciones, a veces con notoria injusticia. Nada inmóvil bajo el cielo. Esa China ideada inerte por la inocencia y la ignorancia de la antigua historia, hoy aparece a nuestra crítica con irrupciones, con dolores, con guerras religiosas, con feudalismo y monarquía, con sacudimientos periódicos, con tumultos plebeyos, con los mismos huracanes que han trastornado nuestra atmósfera y los mismos terremotos que han subvertido nuestro suelo. Si cada siglo no tiene su espíritu propio, su unidad de pensamiento, explicadme por qué los estóicos perseguidos, acosados, proscriptos en el siglo primero, reinan con verdadera sobera-

nía en el siglo segundo, e infunden su ciencia así al imperio como al derecho romano, explicadme por qué a la idea de la unidad imperial, que dura tanto tiempo, sucede a fines del tercer siglo aquella tendencia invencible a dividir las fuerzas, a separar las regiones, a extender las tribus, a erigir ciudades frente a ciudades y pueblos frente a pueblos, tendencias precursoras de la anarquía germánica; explicadme por qué, después de haber subido toda la esencia del paganismo a la cabeza de un sólo hombre que reabre los templos y reanima los oráculos, la idea nueva se apodera de otro hombre que arranca el tirso violentamente a las manos de los sacerdotes y la corona a las sienes de los senadores, para compelerlos a hincarse, mal de su grado, ante la cruz que vencía al eterno capitolio; explicadme por qué, allá en la octava centuria, papas, reyes, príncipes, señores, guerreros, corren a refugiarse en el régimen carlovingio, como si la Roma imperial resucitara, y cuarenta años más tarde, el Océano aborta la raza normanda y el suelo produce las lanzas feudales que van a sustituir la unidad con el caos; explicadme, en fin, por qué pasamos de los terrores del año mil, a cuyo pavor nos confundíamos con las tétricas figuras bizantinas de nuestras iglesias románicas, al empuje de las cruzadas, movidas de una ciega confianza en la victoria, y por

qué desde los reyes bienaventurados del siglo décimo tercio, como San Luis, San Fernando, caemos en los reyes crueles del siglo décimo-cuarto, como los Pedros de Castilla, de Aragón, de Portugal; por qué las empresas hacia el Oriente en pos del sepulcro de Cristo se truecan en las empresas hacia el Occidente en pos de la cuna de la libertad; por qué al abrirse la era moderna y renacer el arte, coincide con la muerte de Grecia en la toma de Constantinopla la resurrección de la estatua griega en su sepulcro de Italia, que nos da la forma humana perfecta, y los viajes de aquel que descubre el nuevo paraíso terrenal, y las revelaciones del sabio que fija el foco de las elipses planetarias en nuestro sol coinciden con la palabra del profeta que levanta sobre las supersticiones religiosas el eterno lumínar de nuestra conciencia. Hay ciertamente un espíritu de cada edad como hay un espíritu de cada pueblo.

De todo lo cognoscible por nuestro entendimiento, se desprende como una esencia misteriosa la idea. Y toda idea vive y crece por una ley real, la lógica. De consiguiente existen conceptos fundamentales de todas las cosas en la razón de nuestra alma y en la razón de nuestro siglo. La parte corpórea nuestra se compone de una serie de órganos que forman a su vez un organismo; y la

parte incorpórea de otra serie de facultades que forman a su vez un sistema. Por las raíces del organismo tocamos en la materia, como el último de los vegetales; y por las ideas infinitas tocamos en el empíreo, como el primero de los arquetipos. Nacemos de la naturaleza, entre lágrimas y sangre, como los más humildes mamíferos que hayan habitado nuestros apriscos o nuestros establos; y vamos a la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus labios el verbo creador o infundir el aliento divino a los mundos fatigados en sus eternas parábolas. Esclavos de la muerte, la celeste increada luz que sobre nosotros cae al nacer nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitación y el bien de la infinidad de nuestro contradictorio ser, pareciéndonos a las plantas que en las tinieblas exhalan el gas de la muerte, y en cuanto las besan los primeros albores de la aurora, el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano; pero, como las aguas del Océano también, se endulzan al evaporarse en el cielo, para luego caer en bienhechor rocío sobre nuestra abrasada frente. Entre lo finito y lo infinito se eleva, a través de la naturaleza y sus múltiples seres, de la sociedad y sus estados, del arte y sus inspiraciones, de la religión y sus dogmas, de la cien-

cia y sus verdades, el espíritu humano en busca del Ser eterno y absoluto, realidad de todos los puros ideales, elevado en las cimas del Universo y difundido por todas las creaciones.

Pues bien, yo declaro que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, respecto a la naturaleza que nos rodea, y a la sociedad que nos educa, y al estado que nos gobierna, y al espacio infinito donde todas las cosas se contienen, y al tiempo eterno donde todos los hechos se suceden, y a los horizontes celestes de cuyos arreboles baja sobre nuestra alma la inspiración, y a las verdades científicas sin las cuales aparecería lo creado y lo increado como esos jeroglíficos que no han tenido intérprete, y a las mismas inefables comunicaciones entre lo finito y lo infinito; en todos estos conceptos de la razón y en todas las realidades varias de ellos provinientes, se encierra harta materia para obras poéticas y artísticas sin cuento, como en aquellas canteras del Penthélico, doradas por el sol de Ática, donde los helenos tallaban el mármol para las armoniosas estatuas de sus dioses. Y cuenta que no creo el arte copia de la naturaleza, remedo servil de la realidad, sino lo ideal en la esencia. Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuición donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio; esparce ins-

piraciones, que contienen la eterna revelación de la hermosura; crea espontáneamente obras varias a guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de nieves las montañas y de lirios los valles; obedece a su interior vocación, cual a un mandato divino, y es absolutamente libre; da leyes y no conoce ninguna; reúne a la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un genio angelical o ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nervios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, antes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto a todos los afectos, el choque de los dolores sociales antes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación continua, pensamientos todavía no nacidos en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aún no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado a levantar el universo moral, muy superior al material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde sur-

giera la Transfiguración o el Pasma; ningún rui-
señor en su garganta y ningún arroyo en sus su-
surros melodías como las melodías escapadas de
las liras del músico y de las arpas del profeta;
ningún mar en sus fosforescencias y ningún cielo
en sus estrellas resplandores como el resplandor de
la humana conciencia cargada de eternas y lumi-
nosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y expresa-
do con belleza, hé ahí el arte. En su éther se trans-
figura hasta el universo material. La naturaleza
sería, pues, como un templo sin sacerdotes o como
un jeroglífico sin descifradores e intérpretes, sino
la comprendiera el pensamiento y no la ilumi-
nara la poesía. Los adelantos científicos, lejos de
dañar al aspecto poético de nuestro cielo, seño-
res, lo han desmesuradamente engrandecido y abri-
llantado. Así como la concepción alejandrina del
sistema planetario, dominante hasta los últimos
tiempos, vence en poesía a la concepción asiática
que imaginaba la tierra sostenida por el lomo de
un elefante mantenido a su vez sobre la concha de
una tortuga, supera a todas las creencias cósmicas
nuestra creencia, que considera el mundo terres-
tre como un astro, parte de esa inmensa nebu-
losa llamada vía-láctea; esferoide lanzando a los
espacios de lo infinito por la atracción, arrastrado

eternamente hacia el sol, sujeto a sus dos movimientos diurno y anual que le obligan a describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en el cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arreboles de iris; como para formar con la combinación de todos estos presentes celestes, a modo de corona boreal, una guirnalda de encantadora poesía. La belleza del arte antiguo consiste en personificar por medio de tipos las transformaciones a que la vida está sujeta en el movimiento universal. La Dafne, que esquivo el sol y busca el río transformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Faetón el audaz, convertidas en olmos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo rocío se abrevan los caballos que lanzan de sus crines el día, trocada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales; los marinos irrespetuosos hasta alejar de Naxos al dios de la alegría transformados en esos delfines, que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las hondas, todas estas metamorfosis me mueven a pensar cuantas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por

venir en nuestras ideas sobre la circulación de la vida, las cuales nos muestran como las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos destinados a transformar la materia inorgánica, convirtiendo el ázoe de los estiércoles y el amoníaco de las lluvias en las flores donde van a pintar las mariposas sus alas y a beber su miel las abejas, así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorción, por la respiración, por la nutrición, por la asimilación, convierten el fósforo de los fuegos fátuos en masa cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso a enrojecer nuestras noches, en corrientes magnéticas, cuya virtud mueve los humanos nervios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida celeste para penetrarnos de nuestra relación estrechísima con todo el universo.

No puede dudarse; a medida que la idea de la naturaleza crece en la inteligencia, el sentimiento de la naturaleza crece a su vez en el corazón; y a medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazón, la poesía de la naturaleza crece en las imaginaciones. El mundo asiático hacía del animal como el dios de sus altares, como el símbolo de sus artes, como el protagonista de sus poemas, y era explicable tal achaque, dada la pesadumbre

de aquella materia, en cuyos senos se absorbía y disipaba la infinidad del alma humana. Para que el hombre rompiera su consustancialidad con el mundo, necesitóse una distinción radicalísima entre el Eterno y su obra; aquella distinción, realizada en los desiertos, al pie del Sinaí, sobre la terrosa Palestina. Mas, luego, así como el mundo oriental desvaneciera el hombre en la naturaleza, el mundo greco romano personificó la naturaleza en el hombre. Cada dios encarnó una fase de la vida universal, individualizándola. Contra tamaña apoteosis del hombre, por virtud de esas sucesiones de acción y de reacción, que reinan en la historia, sobreviene el misticismo de la Edad Media, desvaneciendo nuevamente las criaturas, no en la naturaleza, en la Iglesia. Y por nueva reacción, el Renacimiento diviniza la forma humana, si no en los cielos de la teogonía, en los cielos del arte. Y la naturaleza vuelve a desaparecer, absorbida por el hombre, como en los tiempos helénicos. Ninguna de las formas bellas, que para expresar la idea existen, señala, como la estatua aislada, esa victoria de nuestra persona libre sobre el mundo que la rodea. Así, las figuras de Miguel Angel se destacan, aun las no entalladas y esculpidas, las pintadas mismas, en espacios vacíos. Así el universo de Ariosto no es natural, si no mágico; diríase que es obra de em-



brujamientos y hechizos. Así, en las ruinas de Roma y en el campo romano, donde las ideas pelearon como ángeles apocalípticos, y por tanto, surgió siempre lo sublime, como el vapor natural a las frías cenizas, el socarrón de Rabelais solamente echó de ver que se cogían frescas y sabrosas lechugas. Montaigne, de la prosapia de los claros ingenios, aconseja la soledad para esparcimiento del ánimo, no en bosque o selva, como haría René, si no en vulgar trastienda, y, a lo sumo, en ágil partida de caza. Entonces podía pasar un viajero ilustre junto a la catarata del Rhin, objeto hoy de tantas peregrinaciones, sin notar otra cosa que el fragor de sus despeñados caudales. Entonces el bosque de Armida componíase de árboles, que ostentaban por troncos humanos troncos; afeites bien impropios, que quitan su naturalidad a la misma naturaleza, convirtiéndola en artificiosa y contrahecha. Entonces menudeaban pastoriles novelas, regocijo de nuestros progenitores y enojo de sus nietos, más pagados de la verdad natural que de sobrepuestas engañosas.

Digámoslo muy claro y muy alto en honor nuestro. El genio ibero despertó el sentimiento de la naturaleza oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas hallaron el ya olvidado extremo Oriente, las naves españolas el desconocido extremo

Occidente, y con la aparición del Asia, despertada en su sepulcro, y la aparición de América, sorprendida en su perfumada cuna, volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese fingida por la más exaltada fantasía. En mares no surcados y ricos de madre-perlas; en costas no exploradas y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y plata; a la vista de cordilleras donde los volcanes se mezclan con los ventisqueros y las lavas con los aludes; sobre la corriente de ríos descendidos de ignotos manantiales y esmaltados de extraña vegetación acuática, cuyas ramas y raíces, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves que las creerías jardines bajados del Paraíso sin mancha para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovación del Universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debían ver la naturaleza como Adán, al despertarse a la vida, la retrataba inmaculada en el espejo de su conciencia. Por un lado las descripciones de los descubridores y por otro lado las estancias del nuevo Homero de la navegación, de Camoens, avivaron el amor a la creación. Yo atribuyo, quizá sin fundamento, la poesía naturalista de los dos inmortales creadores de Galatea y de Títania, poesía excepcional en su tiempo, a haber ambos a dos bañado sus almas en estas corrientes sa-

ludables venidas a Europa desde Asia y América. Mas, reconociendo tal mérito a dos géneos culminantes, declaro que el modo propio de sentir la naturaleza en nuestro tiempo nació allá en el siglo de la revolución y de la crítica, nació en el siglo décimo-octavo. Cayéndose a pedazos la sociedad antigua, demolida por los excesos de los opresores y el derecho de los oprimidos, buscó el espíritu la libertad en el seno de la creación. Poco artista aquel siglo, achaque propio de todos los siglos muy combatientes, huía las catedrales góticas impregnadas con el incienso de las antiguas creencias, y se lanzaba de un salto a los mares de la nueva vida y a los horizontes de la nueva idea. Y el mismo que encontró en una ciudad helvética materiales políticos para avivar la futura sociedad, encontró en las celestes aguas del Lemán, a orillas de aquel Ródano, que parece, al deslizarse por las calles de Ginebra, como una disolución de esmeraldas jaspeadas de ópalos; al frente de aquellos Alpes con sus cresterías de nieves en las cimas y sus selvas de melezos en las faldas; por aquellos paisajes donde la gracia se hermana con la grandeza, el sentimiento que completa los anhelos por la libertad, el amor a la naturaleza. Y por coincidencias históricas, en los mismos días en que el sentimiento de la naturaleza se exaltaba en Europa, la idea de libertad vencía en América. Im-

posible medir como han trascendido los viajes de Europa a América y de América a Europa en la ciencia y en el arte. Cuenta Navarrete que, al dejar las Azores nuestras carabelas, maravillado Colón de no encontrar las islas fijadas en el mapa de Toscanelli que le guiaba, quiso dirigirse al Este, en cuyo caso hubiera abordado a las costas de Virginia, y Pinzón lo disuadió, impulsándolo hacia el sud-este, advertido por bandada de papagayos que atisbara y cuyo vuelo cambió los destinos históricos de todo un continente. ¿Qué no decir de aquellos viajes del primer enviado desde el Nuevo al Viejo Mundo, de Franklin, el cual, no solamente ostentaba en sus sienes la corona de sus libertades, sino blandía en sus manos el rayo de los cielos? ¡Ah! Los descendientes de los antiguos cruzados ceñíanse su espada caballeresca para esgrimirla en América; y dos reyes, Luis XVI de Francia y Carlos III de España, los enviaban allende los mares y los sostenían en su empresa. América, venida a la vida histórica por una revelación de la naturaleza, entraba en la libertad moderna por una victoria sobre la naturaleza. Y las imaginaciones exaltadas y los corazones sensibles movíanse al arte, a la elocuencia, a las letras, agitados por estos grandiosos espectáculos de la vida física y de la vida moral, agigantándose así los conceptos fundamentales del

Universo como los conceptos fundamentales de la sociedad.

¡Cuántas bellas obras se han producido al calor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! Acordaos de aquel bretón, nacido al pié de los dolmenes celtas y de las encinas empapadas en el vapor de los sacrificios, que después de evocar las musas cuyas inspiraciones infundieran oráculos en la trípode de oro a las pitonisas de Delfos, arrullos en el nido de laureles a las palomas de Dodona; cuelga su profana lira de cristiano altar, y caballero de las antiguas instituciones al par que poeta de las nuevas libertades, enamorado por propio impulso de los ideales modernos y por aristocrática educación de los ideales antiguos, incierto entre dos siglos, sin atreverse a mirar ni el ocaso ni el oriente de las dos edades que batallan en su presencia, náufrago de la mayor tormenta revolucionaria que han visto los tiempos, arriba al suelo de América, cual Edipo al valle de la Colonna, buscando la paz en aquella naturaleza exuberante, sentida y descrita por magistral manera; y allí representa, como en escenario apropiado a su grandeza, la exuberancia de su fantasía tempestuosa, los dolores sin tregua y las dudas sin salida, diferenciándose de los primeros que vieron y adoraron a América, como

se diferencian del sencillo idilio la trágica hermosura de la culpa. Y para que poseamos todos los tonos de la inspiración naturalista, poseemos también la más cándida de las églogas. ¡Quién no habrá llorado, leyendo los amores de aquellos dos seres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas chozas que los negros sirven; confundidos en su pasión hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte que miden el día por la sombra de los bosques, y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por la copa de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella joven pareja fuese, como el alma partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicación de la vacuna a América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cu-

yas estancias vemos con toda verdad el condor que vuela sobre los nopales y el cucui que brilla entre las pasifloras; los vellones del algodón y los cactus de la múrice; los colores del añil y las almendras del cacao; las hojas del plátano y del tabaco; las florestas y los vergeles donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banana; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de café a la sombra de los bucares y la audacia del explorador que, entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito el ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abrasa el limo donde viven tantas generaciones de múltiples seres, y con el furor del incendio y del combate abre nuevos senos a las creadoras virtudes del trabajo.

Si unos poetas expresan el sentimiento, otros la ciencia de la naturaleza. Entre estos segundos, ninguno como aquel germano, a quien llamaremos eternamente oráculo de la creación allá en los templos del arte. Los primeros movimientos de su ánimo le llevaron al misticismo y le unieron a la fe de su raza. Mas, las revelaciones de la electricidad, tan sorprendentes al terminarse la última centuria, y en las cuales sentíase latir como el

alma al mundo, arrastraron su inspiración a sumergirse en el éther de la vida universal. Bien pronto su poesía tomó aires de sibila, escuchando con atención y repitiendo con fidelidad el himno compuesto por todas las cosas, desde la abeja en sus colmenas hasta el luminar en sus elipses. Sueños y mares, tierras y soles cantaban cíclico poema guardando tan sólo para este evangelista de la realidad, cuya pluma de águila trazaba el Apocalipsis de las transformaciones reales. Su pensamiento, sereno como la inmensidad y sintético como la ley, descubría en el abismo de los abismos cerúleos, por esencia de lo creado, la luz in creada, y por revelación de esa esencia, la forma en combinaciones interminables de mágica hermosura. Su sed de esa luz cuasi-espiritual y su culto a esa forma cuasi-pagana le condujeron a Italia, y como le tentaron a evocar los dioses de la naturaleza en las playas de las sirenas. Inútilmente los monasterios, todavía poblados, murmuraban la oración de la penitencia en sus oídos; enamorado de la antigüedad, perdíase en los campos, preguntando a las encinas y las hayas virgilianas por los fáunos desaparecidos, y a las cavernas del Pausilipo y del Tíber por las ninfas muertas. En sus viajes llevaba delante de sí, cual un sacerdote de Olimpia, la efigie en mármol phen-



télico del Júpiter Olímpico. Y cuando la ciencia creía erigir el Universo sobre las abstracciones del pensamiento, abísmase su observación profundísima en la universalidad de los seres. Y encontraba en lo que podíamos llamar parte externa de esa universalidad luz y forma, como en lo que podíamos llamar interna unidad y variedad. De aquí sus metamorfóseos, revelando que del cotiledón se originan todas las flores y de la vértebra todos los vertebrados, como de la línea todos los cuadros y del número todos los logaritmos. Unidad y variedad, luz y forma, materia y movimiento; he aquí los ritmos de los eternos salmos entonados a ciegas por los seres sin conciencia y comprendidos y deletreados en la conciencia universal. Corolas y lunas, gorgeos y vuelos, el vapor de un valle y la elipse de un satélite van buscando en la inmensidad, no solamente la luz que los esclarece, sino también la idea que los interpreta. La concepción mecánica del mundo y sus combinaciones de átomos ceden por completo ante la concepción dinámica que explica como el calor de la vida corre desde la tosqueidad del fugaz aerolito confinante con la nada hasta el micróscomos del humano cerebro confinante con lo absoluto. Hay energías en las fuerzas, motor es en el movimiento, esencias en las cosas

que van tejiendo con hilos misteriosos la urdimbre de la vida en lo infinito. Así, nada tan necesario como asomarse a ver el fondo de las cosas. El día que la magia perdió su prestigio, no fué el día en que ardiera el fuego robado al cielo en las manos de Prometheo, sino el día en que ardiera la idea libre, luz de la luz, en él. La sávia que circula por el campo y que hincha las yemas de los árboles golpeaba con fuerza en el pulso de aquel poeta y en sus olímpicas sienas. Y todos sus esfuerzos se dirigían a expulsar de lo creado la magia embustera, sustituyéndola con el resplandor poético de la verdad natural. Era como un gran dibujante, que copiara con su lápiz las formas y como un gran músico que anotara en el pentágrama los ecos de la naturaleza. Anegábase en la sustancia de donde brota la vida, como la esponja en el mar; perdíase en el movimiento eterno como el nadador en las corrientes; indagaba a guisa de naturalista el tipo fundamental de las especies y a guisa de poeta se embebecía en la contemplación de las formas; miraba las esencias en sí como un filósofo platónico y luego las personificaba y deificaba como un escultor griego; y elevaba a culto su amor a esa alma madre, que nos mece desde el nacer en sus brazos y nos entierra y nos debora en sus entrañas; que habla

como una pitonisa y guarda sus secretos y sus misterios como una religión; que produce los individuos, cual séres en sí, para encadenarlos luego a las especies; que todo lo cambia en los múltiples fenómenos y todo lo conserva en la perennidad de la esencia; que nos condena a batallar sin fin y nos regocija con amores sin término; que mata y produce todos los días; extrayendo de las películas diseminadas, de las semillas invisibles, de las larvas frías, da las hojas secas, de la putrefacción misma, de tantas sepulturas hacinadas, los enjambres sonoros, cuyos agujijones traen a nuestros labios el licor dulcísimo de la vida. Así la naturaleza no infundía en él esa contemplación tranquila del mundo y sus varios espectáculos, tan próxima al candor de la égloga, sino la inquieta curiosidad que quisiera asistir a la germinación universal de los séres, beber en la copa donde se contiene la eterna sustancia, lactar los pechos ubérrimos a cuyos pezones se alimenta toda nutrición, ver las raíces y ramificaciones de los organismos, encerrar en la mente los tipos de todas las criaturas y las matemáticas de todas las esferas como en el corazón una llamada de ese amor que renueva las especies y una gota de esa esencia que se dilata desde las cavernas a los cielos encendiendo y animando toda la creación.

Bien es verdad que las nuevas ciencias y los nuevos instrumentos científicos han dado a los horizontes de la poesía moderna desmesurada extensión. Lo mismo el telescopio, revelándonos astros, cuya luz tarda siglos de siglos en llegar a nuestros lentes y a nuestras retinas que el microscopio, diciéndonos los innumerables seres contenidos en lo infinitamente pequeño, han prestado a la vida fuerza y variedad no sospechadas en otros días y por otras generaciones. La ciencia más moderna, la geología, ciencia originaria de nuestra edad, ha aumentado la grandeza de la tierra en términos que pasan al entendimiento y cansan a la admiración. El autor del poema la Creación lo ha dicho. Los seres fantásticos nacidos de la poesía antigua, los titanes engendrados en las cavernas, de respiración hirviente cual los cráteres, y de fuerzas devastadoras cual las erupciones; salteadores de los cielos a guisa de las humaredas y las nubes volcánicas; los gigantes heridos por los rayos de la ira divina en el Osa, en el Pelión, en el Cáucaso y condenados a sacudir el suelo con los estremecimientos de los terremotos; los monstruos de cien brazos, eternos forjadores del hierro en sus fraguas tonantes y conjurados enemigos del Olimpo; las gorgonas en sus tinieblas; los centauros brillantados por

el rocío; los tritones con crines de espumas y colas de trombas; los cerberos llamados a recibir las sombras de los muertos y los endriagos y fantasmas de la Edad Media; todas las figuras descritas en las epopeyas y leyendas consagradas al origen de las cosas y a sus transformaciones eternas jamás emularán, jamás, en grandeza las perspectivas abiertas por nuestra geología en la creación terrestre, con sus montes, cuyas cúspides bañadas por los diluvios, se han tronchado, cual arbustos al empuje de los huracanes eléctricos; y con sus moles graníticas esparcidas por tantas catástrofes, y en cuya comparación parecen pigmeos los colosos caídos y los templos arruinados de Babilonia y de Menfis, y con sus desmesurados animales esculpidos e incrustados en las lápidas donde se deletrean las inscripciones reveladoras de las edades planetarias y se ven las esfinges guardadoras de los seculares secretos; y con sus paisajes, ora encendidos como océanos de éther y ora fríos como océanos de hielo; y con sus monstruos que tienen estatura de colina, y sus helechos que tienen estatura de árboles, y sus árboles que tienen estatura de montañas, y sus mares calcáreos semejantes a levaduras de venideras tierras, y sus madréporas semejantes a gérmenes de vida orgánica: maravillosísimas fases de in-

numerable antigüedad, cuya sucesión compone cíclica epopeya, la cual empieza desde el punto en que nuestro globo se confundía con el sol, como el infusorio con la gota de agua, y continúa por las épocas en que iba nuestro globo al acaso contenido en esos cometas que vagan errantes, burlándose casi de la gravitación universal, albores de astros por venir o pavesas de astros ya extinguidos; y concluye cuando los agentes ígneos y acuñosos, con hercúleos trabajos, producen ya los cristales, ya los pórfidos, ya las rocas neptónicas, ya aquellas compuestas por restos y petrificaciones de especies animales y vegetales completamente desaparecidas, hasta llegar a la hora de paz y de armonía, en que los continentes se han dibujado en sus límites, y los mares se han recluso en sus lechos, y la atmósfera se ha descargado de sus vapores y de sus tinieblas, para que en la cima del organismo, alimentado como la más lejana nebulosa por la universal combustión del oxígeno, brotase el humano cerebro como el espacio inmenso, en cuyos ojos, brillantes a guisa de bellas constelaciones, se reflejará la superior y progresiva vida del humano espíritu. La verdad es que la inspiración concluirá por encontrar tarde o temprano el lado poético de todas estas grandezas.

Mostradle a cualquier persona vulgar, por ejem-

plo, una navegación; y si suele ver a la continua su curso, parecerále cosa liviana y de ninguna monta, como al oficial de taller los trebejos de su pintor o al sacristán de amén los altares de su iglesia. Pero poned a Homero en medio de ese mismo espectáculo, y veréis como halla en seguida lo típico en lo individual, lo eterno en lo mudable, lo uno en lo vario; la astucia congénita al mareante en Ulises: la fidelidad conyugal, más indispensable en la vida marítima que en la vida ordinaria, por las largas separaciones, en Penélope; la natural invocación a las fuerzas sobrenaturales en los sacrificios consagrados a Neptuno antes de zarpar; la fortuna, acorriendo al náufragio y salvándolo del naufragio, en Ino; las playas amigas y hospitalarias, en Nansicáa; las playas bravías e inhospitalarias, en Polifemo; los innumerables lazos tendidos por las ondas a los marinos, en las seductoras sirenas, coronadas de algas y de espumas; los escollos de hermoso aspecto y de traidoras celadas, en la mágica Circe; y el trabajo marítimo se hermoseará en la poesía, como puede hermosear un verdadero ingenio todas nuestras invenciones; la reluciente punta de platino en comunicación con cadena, cuyos eslabones entierran en los abismos del planeta los rayos engendrados en los abismos del cielo; el globo aerostático as-

cendido a las alturas como para dar al hombre alas semejantes a las del águila y alzarlo donde no se alzan las más voladoras aves; la redomilla encantada, guardando líquido metal, sensible, a manera de aterciopelado pétalo, a los amorosos besos del calor; la fuerza contenida en las nieblas, en los vapores levantados por la aurora entre las florestas y los valles, fuerza tan ténue a primera vista, capaz de vencer las olas y los huracanes suprimiendo las distancias y arrastrando en pos de sí naves y carros, conducidos, como aquellos de las divinidades antiguas, por majestuosas nubes; la retorta, donde se encuentra algo vencedor del oro, llamas en el agua, esencias en el aire, elementos en los antiguos elementos; la chispa portadora de una virtud plástica tal, que esculpe como los cinceles de Fidias; el resplandor dotado de tal magia pictórica que retrata como los pinceles de Velázquez; la corriente eléctrica condensada en caja mágica, despidiendo centellas que culebrean por nuestros nervios y penetran por los duros metales, y avivan a los muertos, y mueven lo inerte, cual si tuviesen el don de los milagros; el gas que mantiene el rescoldo de la vida en lo infinito y pinta las hojas de la flor sobre sus tallos; el lente que penetra en lo invisible hasta descubrir los corpúsculos animados dentro de una gota

de sangre y el espectro solar que, aprisionando la luz de Sirio, nos muestra por los colores y los matices de sus iris la existencia allí de nuestros mismos elementos y la unidad cósmica de la materia creada correspondiente a la unidad divina del Criador.

La creación universal no acaba, señores, al aparecer la más perfecta de las criaturas, el hombre. Entonces puede asegurarse que comienza, uniéndose las fuerzas de la naturaleza con las fuerzas del trabajo. Nacemos sujetos a dos combates: al combate con los seres inferiores y al combate con nuestros semejantes. Llamamos a éste guerra, y trabajo a aquél. Por una de esas contradicciones, en nuestra naturaleza frecuentes, la poesía ha cantado con preferencia al trabajo que vivifica, a la guerra que mata. Mayor fama cabe a Caín por sus crímenes que por sus siembras. Y las obras de arte inmortales deben su inmortalidad tanto al mérito que pone en ellas el artífice como a la idea que pone el tiempo, pues individuales por su origen, también son por su carácter eminentemente colectivas y sociales. La Iliada contiene en sus hexámetros la primera guerra entre Asia y Grecia; la Enéida habla al pueblo romano de la fundación de Roma; la Divina Comedia compendía, compendiando los dog-

mas, la vida llena de remordimientos y de penas en los infiernos de su siglo; las Luisiadas repiten los cánticos divinos inspirados por la alegría que embargaba al hombre en los albores de la historia moderna, al ver poblarse los mares de tierras aromadas y al sentir difundirse por sus venas la savia exuberante de nueva vida, la cual, ingerta en nosotros, alejaba los recuerdos de la primera culpa y desvanecía los temores al eterno castigo. Si cada edad posee una epopeya, tócanos a nosotros la epopeya humana por excelencia, la epopeya del trabajo. El libro de los españoles será siempre el Quijote, y libro de los ingleses, el Robinsón. Dos ingenios desiguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de Africa y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azán, oscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcabalero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España como

Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgate, empleado en Escocia, satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés, nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones. Recio de complexión, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de genio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose a leerlos en sus ratos de ocio, los más del año, por tan extraña manía que, frisando ya en los cincuenta, parecía necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, coser a morrión simple celadas de papel, apercibir huesoso rocín, escoger por dama de sus pensamientos a fornida moza de vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y abrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procuraran ocasiones de enderezar entuertos, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y malándri-

nes, hender gigantes, sin más deseo que granjearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas azañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero a socarrón labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto a ganar en cualquier quítame allá esas pajas, alguna ínsula donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos a esta nación idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta a resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, apesar de la fortaleza de su brazo y de la energía de su ánimo, sin ventura aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenían por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de la vida, sólo esperaban su medra, eternos pretendientes de la corte y del gobierno; bien al revés de aquel Robinsón, sin ningún ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, ojeada tres veces al día; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio,

salvándose por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad, y acogiéndose solitario a isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y de su industria, contando sólo consigo mismo, procúrase todos los instrumentos necesarios a sujetar, como los exploradores de los Estados Unidos, como los puritanos de la flor de Mayo, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horrores del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte, deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas, el tipo más propio de nuestra edad, el trabajador libre y dominador de la materia bruta en la leyenda más digna de nuestro siglo, en la leyenda del trabajo. Pues si el gran escritor español y el discretísimo escritor inglés han dejado verdaderamente dos tipos, aquél de una edad que concluía en principios del siglo décimo-séptimo, y éste de una edad que comenzaba a principios del siglo décimo-octavo, ¿por qué nuestro tiempo no tendrá la Iliada del trabajo, como otros siglos han tenido la Iliada de la guerra, cantando las victorias sobre las resistencias ciegas de la fuerza, como otros siglos han cantado la victoria del hombre sobre el hombre? Esta poesía concluirá por dominar, en cuanto amen los pueblos más a sus redentores que a sus tiranos. En las letras,

emanadas de nuestras ideas, antes brillará el desasosiego de Pitágoras al interpretar las inscripciones grabadas por las estrellas en los espacios, que el anhelo de Aquiles al arrastrar el cuerpo de Héctor en los campos de Troya, y antes acudirán las imaginaciones, ansiosas de ideas, al banquete de los platónicos y a sus inmortales diálogos, que al banquete de los atridas y a sus repugnantes venganzas. Las batallas empeñadas por tantos guerreros en las toledanas vegas, no dejarán rastro cuando todavía busquen los ánimos elevados el paredón moruno, a cuya sombra se escribieron las tablas de Alfonso décimo, y el prado y la fuente de cuyas esencias y de cuyos rumores brotaron las églogas de Garcilaso. Los guerreros más célebres del siglo décimo-tercio habrán desaparecido de la memoria universal, en tanto que la lira cantará las evocaciones de Lulio a las fuerzas ocultas de la razón humana. Como hoy se investiga por las ruinas del foro, entre el Coliseo y el Capitolio, la tierra donde cayera César envuelto en su sangrienta gloria, se buscará mañana el sitio donde puso Copérnico aquel anteojo, con cuyo auxilio observó el eclipse de luna que le condujera a inducir el movimiento de nuestro planeta. Por las piedras de la vía Apia, por las colinas de los patricios y de los plebellos, los sepulcros rotos han despedido de sí hasta

las cenizas de los conquistadores que se creían eternos, en tanto que las estatuas talladas por los esclavos griegos todavía están de pie sobre sus aras sacras, recibiendo, si no el culto, la admiración de todas las generaciones. Las luchas caballerescas de Carlos V y de Francisco I; las guerras religiosas entre Felipe II de España e Isabel I de Inglaterra; los combates entre las órdenes teutónicas y los emperadores de Alemania, no interesarán como los esfuerzos de Paracelso por extraer de la cábala y de la alquimia la medicina y sus luchas con los avicenisistas, como las investigaciones de Keplero mostrando la armonía entre las matemáticas de nuestra mente y las matemáticas de las esferas, armonías, por las cuales obedecían los mundos a sus concepciones, como obedecen los instrumentos músicos en sus cuerdas y en sus teclas a las notas del pentágrama; el espíritu de Galileo, al ver como la majestuosa lámpara colgada del crucero de Pisa, enseña las leyes del péndulo; las correrías de Vesala por las horcas de las ciudades, en pos de los ahorcados, medio comidos de los cuervos, para estudiar el esqueleto y conocer la anatomía, la lamentación en piedra esculpida sobre el sepulcro de Florencia, por la mano titánica de Miguel Angel, cuando al ver muertas la república y la libertad, se convence de que los colosos de mármol

esculpidos en el sepulcro de Julio II y los titanes pintados en las bóvedas de la Sixtina, no eran de carne y hueso, sino sombras de un pensamiento, en el cual se condensaban las sombras caídas de la conquista, del despotismo y de la guerra, que traían con la muerte de toda libertad la muerte de toda inspiración y con la muerte de toda inspiración la eterna noche sobre la infeliz Italia.

Como hay una ciencia moderna de la naturaleza mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda o una epopeya de los trabajadores superior a las antiguas leyendas y a las antiguas epopeyas de las conquistas y de la guerra. Sectas opuestas y exclusivas han dicho que a poca ciencia corresponde mucha religión y mucha poesía, como a mucha ciencia poca religión y poca poesía. Pero una reflexión más profunda demuestra que así como nuestras facultades son eternas, también son eternas las satisfacciones a esas facultades; y que mientras exista el hombre, existirán y coexistirán con él eternamente la religión, la poesía y la ciencia. El espíritu es uno en su esencial sustancia, y las obras o hechuras del espíritu, grados de su existencia en continuo desarrollo. Así el espíritu

se eleva, por esta ley, desde el seno de la naturaleza al seno del Estado, un término superior en la serie lógica de sus manifestaciones diversas. ¿Creéis que no hay tanta vida en el mundo social como en el mundo natural? ¿Creéis que no es tan necesaria al hombre la tierra que lo nutre como la nación que lo educa? La idea del Estado se ha engrandecido en el espíritu moderno como se ha engrandecido la idea de la creación. Y engrandeciéndose la idea del Estado, se ha engrandecido la poesía política, que podríamos llamar poesía de la libertad. ¿Creeréis, sino, el privilegio más idóneo a la inspiración que el derecho y más hermosa la servidumbre que la igualdad natural? Aquellas castas índicas, mantenidas por una religión oscura e incipiente; aquella monarquía persa, derivada de la guerra entre principios opuestos, o mejor, entre enemigos dioses; aquel Estado griego y romano creídos de que tenían aptitud para regular desde los trajes hasta las creencias; el endiosamiento de los emperadores, cuya voluntad se elevaba en las sentencias de los jurisconsultos a fuente de las leyes; la soberanía feudal confundida con la noción de la propiedad y contando las cabezas de siervos como pudiera contar las cabezas de ganado, los conflictos entre las pretensiones excesivas del sacerdocio empeñado en volvernos al Asia y la autoridad

invasora del imperio empeñada en fundarse sobre ruinas de la Roma cesárea; los sofismas de aquel patriarcado que elevaban tristemente un mortal a imagen privilegiada de Dios mismo, no pueden prestarse al arte y a la poesía como se prestan leyes emanadas de la voluntad general; derechos arraigados en la esencia misma del hombre; Estados sometidos a la razón pública, y que lejos de disponer a su arbitrio del honor y de la fortuna y del hogar y de la vida de los ciudadanos, les aseguran desde sus propiedades hasta su dignidad como imagen viva que son de la justicia. Sé a ciencia cierta que muchos amadores de restauraciones literarias vuelven los ojos atrás, creyendo fácil resucitar por obra de imitación, afectos ya extinguidos. Sé también que achacan a nuestro tiempo falta de arte por sobra de libertad. Pero yo os pregunto, qué siglo de la historia conoció guerras y cruzadas movidas por la poesía como este siglo tachado de prosáico. No le convenía, no, a Inglaterra, como nación, la libertad de Grecia, y la auxilió por atender al coro de poetas que la pedía en sus versos, sacrificando así a una idea estética más que política, la razón del Estado. No le convenía a Francia, como nación, la independencia y la libertad de Italia; pero se alzaban sombras tan augustas de sus campos y voces tan sublimes de sus sepulcros; se oían,

derramadas, por sus aires cadencias tales en los Misereres de Palestrina y en las plegarias de Rossini; se veían en sus cielos de arreboles tantas figuras hermosas surgidas de inagotable paleta y en sus piedras de mármoles tantos relieves trazados por creador cincel, que cada corazón sentía una emoción artística a su recuerdo; y todas estas emociones se juntaron a suscitar la cruzada que abrió el sepulcro donde yacía enterrada la madre de todas nuestras naciones. No le convenía, no, a la América del Norte arriesgar su admirada vida por los míseros esclavos de los Estados del Sur; pero la tribuna resonara con tales discursos, las iglesias con tales sermones, los hogares con tales páginas de novelas íntimas, la lira con tales acordes de libertad universal que se formara como una apelación a la conciencia humana, engendrando aquel puritano, venido al Capitolio desde los grandes desiertos, como un profeta, a morir, después de expugnada y vencida la Babilonia de la esclavitud, cual santo mártir de su fe, por la redención y la libertad de los negros. ¿Y al siglo de cruzadas así le llamaréis siglo de escasa poesía?

Yo creo, por lo contrario, que, en ningún tiempo, la poesía lírica encontró acentos de tan subida entonación, como en ningún tiempo la libertad encontró cantores de tan vario estro. Al comen-

zar nuestra centuria, y con sus primeros años, la guerra por nuestra independencia; entre las ruinas de Zaragoza y de Gerona, entre las bombas clavadas en los muros de Cádiz, tintos en sangre nuestros ríos, desolado por los incendios nuestro suelo; en aquella ocasión de sacrificios inmortales, que forjaron al fuego de la guerra nuevamente el alma nacional y le dieron, si cabe, más acorado temple, oyóse hervir la inspiración volcánica de Quintana, dando a la nativa energía nuestra más vigor, y haciendo con estóica firmeza un crimen de toda vacilación en la esperanza; ardor rayano de demencia en aquel instante, a no tratarse del valor en la guerra y del ánimo para la muerte congénitos a nuestra heroica España. Al poco tiempo, el más melancólico de los poetas italianos, Leopardi, vagando a la sombra de los muros caídos y los arcos rotos, que el jaramago cubre con su sudario de amarillas flores y el buho entristece con sus quejidos de siniestros ecos, encontraba la lira heroica de Simonides, y le arrancaba estancias dignas de grabarse en los desfiladeros de las Termópilas y de resonar en las aguas de Salamina y en los campos de Marathon y de Platea. Y, en seguida, un patricio inglés, de compleción inquieta; de familia normanda, de voluntad zozobrosa, de fantasía relampagueante; coronado con

las espinas de sus dudas que le taladraban las sienes y consumido en la antorcha de su inspiración que le abrasaba las manos; después de haber corrido varia y luctuosa suerte en tantas tormentas y en tantas pasiones, llegó, henchido el corazón de amor entonces feliz, vibrantes los labios de cánticos ya inmortales, a Grecia, en la exaltación de su estro y en la flor de su juventud, a pedir muerte a la inmortalidad helénica y sepulcro a la cuna de los poetas y de los dioses. Y cuando tornaban nuestros desterrados del veintitrés, la legión sublime que traía en las manos el D. Alvaro de Sevilla y en la mente el D. Félix de Salamanca, comenzaba su elegía en el destierro un poeta eslavo, hijo predilecto de la infeliz Polonia, y tan rendido amador de su patria, por opresa y desgraciada, que la veía retratarse en el extraño hogar, donde chisporroteaba el tronco de Noche Buena, sosteniendo con las lanzas de sus soldados la cúpula de San Pedro vacilante al empuje de tantas heregías; visión traída de los celajes patrios mirados por última vez con los ojos enrojecidos que buscaban inútilmente los ángeles apocalípticos, apercebidos por la ira celeste al castigo de aquellos tiranos, cuyos esbirros hirieran los sacerdotes al pie de sus altares para anudar en la garganta el rezo de la humana aflicción a la divina misericordia, y arrancaran a las tumbas los huesos

de cien generaciones para desarraigar hasta las últimas raíces con que a la tierra se une la vida de un gran pueblo. Y a su vez los opresores de Polonia engendraron poetas y tuvieron que oprimirlos. Aquél, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, según el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las nacientes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oídos solo perciben melodías, los primeros arpegios, iba diciendo, de su fantasía, consagraronse a cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella dedicada a plañir el dolor en la servidumbre y la otra mitad a rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogía los gérmenes de una poética nacional, correspondiente a las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y se extinguió triste en un duelo. Y el mejor de sus poemas «Oneguine» canta el hastío; y la mejor de sus estrofas plañe un poeta joven que



muere llevándose a la eternidad el misterio de su poesía. Mas, apesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótese en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, revelado en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, a quien los pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantase más, ponía en todas sus notas y escalas el amor a los bosques habitados y a los horizontes recorridos en más felices días. Y si las soledades rusas manaban tanta poesía, imagináos cuánto manarían las encinas germánicas. No hablemos, puesto que pertenece a la dramática, de aquella resurrección de la leyenda de Guillermo Tell, elevando sobre los lagos dormidos en sus copas de zafiro, y las nieves relumbrantes en sus cimas eternas, el cielo ideal de la libertad. Hablemos de los poetas líricos. Ulhand, que se gozaba en oír la esquila del ganado tornando al aprisco y la canción de la moza de cántaro recogiendo el agua en la fuente de su aldea; Ulhand, que seguía el primer vuelo de la matinal alondra y el rayo último de la nocturna estrella, a ver si podían juntarse alguna vez en los aires, truécase de pastor de égloga en soldado de epopeya, cuando la conquista despierta en su alma acongojada el amor a la patria libre, y el amor a la patria libre despierta en sus

sentimientos vivísimos la aspiración al humano derecho. Y Teodoro Koerner, afilando su espada en las piedras drúidicas donde afilaron los sacrificadores el cuchillo para ofrecer víctimas a sus sangrientas divinidades, corre a las batallas, en pos de una bala, que partiendo su pecho, redima su alma y enseña a los suyos como se combate y se muere por la libertad y por la patria ¿Qué más? Hasta el poeta de la ironía y de la duda, a quien sus inspiraciones le daban como alas de ángel y sus cóleras como mareos de beodo; profeta bíblico en algunas estancias suyas, dignas de Jerusalén, y cómico aristofanesco en algunas invectivas propias del mercado; con las lágrimas de la elegía sublime en los párpados, convertidos a recoger la luz de lo infinito, y con el hedor de la orgía en los labios abiertos, para vomitar la blasfemia y la calumnia; semita con toda su solemnidad y francés con todas sus gracias: oscuro y soñador como un germano y claro y armonioso como un griego; aunque impío e irreverente quiera turbar la paz en todos los templos, desde aquellos del Egipto y Caldea que tenían por vasos de oro los astros, hasta aquellos de góticas agujas que se retratan en las aguas del Rhin y enseñan a orar con las melodías de sus órganos; aunque escéptico, burlón, indiferente, dado a colgar bajo

las hojas de su corona de laurel ruidosos casca-
beles; jugando con las ideas como un niño con
las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor
ignora, conserva siempre, allá en el fondo de su
corazón, religioso culto a las dos ideas capitales
del mundo moral, a la idea de Dios y la idea de
la libertad; a manera de esos ángeles de la leyenda
que, caídos de la gracia y desterrados al abismo,
llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su
pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alema-
nia, ¿cómo cantará la revolucionaria Francia? La
voz de la libertad se une a tantas melodiosas vo-
ces como llenan el alma de aquel poeta, a quien
permitió el cielo calmar con un acento de su voz
las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el
amor a la libertad abría el pecho de aquel otro
poeta que parecía no amar sino los ídolos de un
día y no sentir sino la emoción de un momento en
la rica variedad de sus asuntos y de sus formas.
Pero el Titan de la nueva idea literaria; el que en-
cerró en versículos semejantes a los versículos de
Isaías el alma de su siglo, fué, ya lo habéis nom-
brado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero edu-
cado en esta tierra de las antítesis y de la hipérbole,
donde la nativa originalidad del ingenio se ha
negado de antiguo, así a las reglas de lo artificioso
como a las rutinas de lo convencional, llevóse con-

sigo la sávia del terruño español en las venas, y en la frente el beso indeleble de nuestra luz meridional, y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta a sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradición de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolución francesa, que lograra destronar la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inefable, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en todas las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguían y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aún existían las selvas naturales y los campos feraces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas, deslizóse Víctor Hugo, con el recuerdo de que no lejos de allí bramaban y rugían, como océano encrespado, los pueblos y en el teatro, sujeto a las unidades, como los jardines a la geometría y los cortesanos a la etiqueta, apareció Víctor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivían revestidos de la in-

mortalidad, Lope, Shakespeare, Calderón, los cuales no siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiración; y con estos sencillos principios, encerrados en versos fulgurantes, fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas a la prisionera poesía. Pertenece pues a nuestro tiempo con mayor derecho que a ningún otro tiempo la lírica de la libertad.

No puede ocultárseme que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto a la historia. Señores, ya que tratamos de los conceptos fundamentales propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la historia. Ningún tiempo conoció poeta que anime las ruinas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el pólen de las guirnaldas funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos, como aquel, en cuyo ser la poesía no es una profesión o un arte, sino la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, a guisa de trovador en la Edad Media, y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complexión, aviva toda

nuestra historia; en la campiña de Toledo, la tradición del Cristo de la Luz, y en las márgenes del Arlanza, los torreones del castillo de Pampliega; en el corazón popular, el más maldecido y el más amado de los reyes, D. Pedro el Cruel, y en la memoria popular, el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, D. Juan Tenorio; en las almas cristianas, el Te-Deum, cantado bajo los muros de Santa Fé por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de Africa, el suspiro lanzado por el proscrito, al pie de las palmeras solitarias en el Oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla, y la Alhambra de Granada, inspirando a la nostalgia del destierro y a las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas e inmortales elegías: que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma y su inspiración la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas históricas son estas edades llamadas de transición. Aunque el tiempo nunca se detenga en su eterno curso, cuenta la historia siglos de transición, o si queréis, de renovación, distintos de los siglos

en que las instituciones se hallan mucho más seguras sobre sus antiguas bases y las almas mucho más tranquilas sobre sus heredadas creencias. Por ejemplo, son siglos de transición el primero en que pasamos de la república al imperio en Roma; y el quinto en que pasamos del imperio al mundo germánico dirigido por la teocracia romana; y el décimo en que pasamos del feudalismo primitivo, que podríamos llamar semi-teocrático, al feudalismo puramente militar, que podríamos llamar semi-monárquico; y el décimo-quinto en que pasamos del feudalismo militar a las monarquías absolutas; y el décimo-nono, abierto por la revolución francesa, en que pasamos de las monarquías absolutas a las instituciones democráticas. Pues tienen estas edades recuerdos tan vivos de lo pasado juntamente con seguridad tan completa de lo porvenir, que recogen por necesidad en tales afectos motivos bien varios para la poesía histórica. Siglo semejante a este siglo fuera el sexto, anterior a Jesucristo, que oyó pensar a Pitágoras, hablar a Xenophanes, cantar a Anacreonte, al mismo tiempo que la arquitectura se engalanaba con sus Plinthos y sus Volutas en el suelo de Jonia; que la escultura dejaba su rigidez hierática para sujetarse a las proporciones del cuerpo humano; y que la monarquía se iba con Pisistrato

para abrir paso al luminoso enjambre de las repúblicas griegas. Ninguna ciencia creciera en nuestros tiempos como la ciencia histórica. La idea no puede abarcar la distancia existente entre el primer jeroglífico escrito en las paredes de los templos, y nuestra filosofía de la historia, en la cual se reconcentra el conocimiento científico que la humanidad alcanza de su vida en el tiempo. Tales jeroglíficos, interpretados o no, aseméjase a esas estrellas cuya luz tarda tantos siglos en llegar a nuestros lentes, que se han extinguido quizá para siempre cuando las vemos inmóviles en el espacio. ¡Cuántas metamorfosis en la historia! Anales de las estaciones y de los fenómenos celestes un tiempo; libros teogónicos más tarde, cuando sólo se refería la vida de los dioses personificados en las alimañas de las selvas; cronología descarnada de los muertos en la tierra, de los panteones y de los sepulcros; cántico transmitido por los cantores errantes en los oídos de las generaciones o escena cincelada por los primeros artífices en los escudos de los héroes; tablas de viajes marítimos suspendidas por Sancioniathon de las capillas donde habitaban las divinidades del comercio; mezcla de mitología y de tradición en los logógrafos de las islas griegas, como mezcla de crónica y de teología y de conseja en las obras de los profetas hebreos;

poética en Herodoto, política en Tucidydes, moral en Xenophonte, filosófica en Platón y Aristóteles, crítica en Evehemero, pragmática en Polibio, ecléctica en Alejandría, donde así se deletrean los jeroglíficos egipcios como se traducen los libros santos: romana en aquella Roma que se llamaba el universo de las naciones; universal en Trogo Pompeyo y en Diodoro. Sículo cual una reacción del espíritu humano ya próximo a la conciencia de sí contra el predominio de Roma; triste y decadente en la narración llamada augusta, que historiando la tiranía, anuncia la muerte del mundo antiguo, como la sátira anuncia la muerte del arte clásico; esperanzada, rejuvenecida, progresiva en los primeros escritores cristianos, enlazándose por el recuerdo con la ciudad sacerdotal del Padre, con Jerusalén, y por la esperanza con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos, al dividirse el mundo romano en oriental y occidental, y venir sobre esta división los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos, bizantino y cortesano en Procopio; teológico y enciclopédico en Teodoro; bárbaro en Jornandez; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froissard, con el arzobispo Rada, con el rey don Alfonso X, por los siglos en que las naciones mo-

dernas comienzan a dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazón humano y de la humana sociedad, en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el padre Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimo-séptimo hasta la primera mitad del siglo décimo-octavo, ya explique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Montesquieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimo-octavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabía que creciera, a nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los individuos; la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el Universo y la creencia que nos inspira la filosofía en nuestra redención gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado a la historia, engrandecida e iluminada las proporciones y los cortes de una maravillosísima epopeya. Recordaráme algún malicioso que

el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy a la idea pesimista con tanta fuerza como a las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas sino genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesión de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el germen de todas las penas, en la vida el continuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la sociedad un carnaval perpétuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tregua, en las ilusiones engaños y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte neblinas recamadas de ópalo y grana que solo llueven los oropeles de la mentira; por las cimas de la ciencia espirales de sofismas que solo persuaden a la duda; en el sistema solar y sus planetas otros tantos purgatorios, donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza toda una aglomeración de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el odio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resuelta en una podredumbre horrible; siempre la misma suerte; el no ser alcanzado por el suicidio uni-

versal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío y lo único eterno y cierto el perdurable silencio en los pavorosos abismos de la nada. Creo tales ideas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo. Júzgalas alarde de mal humor pasajero más bien que expresión de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual; todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto en el conjunto de los seres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperación lo mismo que sucede con el arte realista; no pasa de accidente. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en ideal. Tras las nubes el cielo azul y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un día las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas veréis con mayor claridad el albedrío, que busca voluntariamente la más alta moral, aguijoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad en obediencia a su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado al poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nuestra, espiritualista y creyente. Dará

a su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la corrección y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran o desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará según que le hierva la sangre de su corazón en las venas o le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades de su musa independiente, veréis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia, y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de los progresos continuos les arrastrará. Como la sabia química de hoy fué alquimia, y la sabia astronomía astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en el limbo de la barbarie. Hemos vivido en las cavernas lacustres como el mastodonte y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto a nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometheo, encendida por la chispa

que arrancaba el hierro al pedernal, y la creímos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente. Y una noche salimos de nuestras cavernas, y a través de la viciosa vegetación, columbramos la luna, y creyéndola el lumínar por excelencia, pedimos que nos dejaran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplación. Y tras la luna, vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea el ideal: que los minerales quieren ser árboles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el latido del corazón, desde la abeja zumbando sobre el cáliz rebosante de miel hasta el arpa despidiendo la nota lanzada a la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creación, y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorgoros, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiración universal, jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que infame para la humana lengua, por denominarse con alguna denominación, aunque sea imperfecta, se denomina arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fata-

lidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por las leyes sociales, en las que hay también una parte considerable de necesidad. La región luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El arte puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no obedecer a ninguna ley extraña a él, ni siquiera obedece a las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad a él ajena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce, pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplación. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le va, señores, a esa ave celestial en regalar o no los oídos, allá por el bosque de ilusiones, donde resuenan] sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, también ha crecido en nuestros días. Así como [hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nues-

tros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmica, ni la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística. Los primeros cristianos veían la sonrisa del demonio en los labios de las estatuas griegas. Algunos, entre los padres de la iglesia, aconsejaban a los artífices que pintasen y esculpiesen feo a Cristo, por ser la hermosa cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte, se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruía los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones de las que más han cooperado a la educación del género humano, prohibían reproducir ni copiar los seres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida a figuras incapacitadas de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la corrección y la armonía de los órdenes griegos. El autor de las empresas políticas maldecía del Dante; y el autor del

Cándido llamaba a Shakespeare deforme y bárbaro. Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratín, o de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro español. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolución literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, talladas por Esquilo y Sófocles, frías estatuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asis de Umbria, y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y a pocos pasos de allí, por el crucero de la Porciuncula, artista empeñado en la resurrección de la Edad Media, trazará un fresco en que reproduce adrede la incorrección del dibujo propio de los primeros pintores monásticos, sólo por amor a la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena a estos artistas exclusivos. Nosotros somos en arte, como en historia, mucho más universales y humanos. Como padecemos con todos los oprimidos y admiramos a todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses a todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos

el poema índico en que rezan las selvas llenas de poesía panteísta; ni el apólogo persa en que dialogan el ruiseñor y la rosa a la sombra del ajimez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los argonautas al través de las ondas del Mediterráneo y la peregrinación de los israelitas al través de las arenas del desierto. Cantamos en el coro que celebra, a la voz de Simonides, la rota de los Dários y los Ciro, y en el coro que alaba al Eterno, a la voz de Moisés, en la tierra del Asia y a la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando a los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danés, que acaba de maldecir a Ofelia, preguntando a los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titán de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto que en la España de los embrujados y de los inquisidores sentía el Segismundo de Calderón. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jephé,



por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julietta, llorando con todas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu a los juegos pithicos para beber en copa cincelada por Praxiteles agua de Castalia y oír bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Píndaro y páginas de Herodoto, mientras los atletas vencedores reciben sus coronas y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo, tan armonioso como una oda, y en presencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia. Y luego, a guisa de los pobres penitentes de la Fuerza del Sino, vamos al yermo cubiertos del Sayal, ceñidos del cilicio, a enterrar en la soledad de un corazón desgarrado, a macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos a la cruz de piedra, que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca a los vivos como plañe a los muertos; y acudimos a la sombra de la torre y de la ogiva y del ciprés, y como las cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillas o en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el Miserere de todas las penitencias, cavamos con el azadón nuestra sepultura, no

tanto para tener un hoyo en la tierra, como para recordar a las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que no disperse con sus alas nuestro cuerpo como un montón de cenizas y nos deje en suelo cubierto por la yerba de los campos y humedecido por el rocío de los cielos aguardar en el seno eterno la misericordia divina que se apiade de nosotros y perdone nuestro errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos a todas las artes y a todas las literaturas, con tal que broten de una fé sincera, de una inspiración sencilla e ingénuu, y no representen restauraciones literarias ideadas con fines interesados y políticos, ajenos a la pura inspiración del arte. Somos como aquellos artistas del renacimiento que entre los precursores de Cristo ponían a San Juan y a Virgilio; entre los doctores a Platón ceñido de aureola tan sagrada como la aureola de San Agustín o San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham a los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religión los bajos relieves donde se veían la ninfa y el fáuno ébrios con la embriaguez de una vida exuberante; junto a la hermenéutica evangélica el mitho de Psiquis encerrado como una alegoría de

la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y las profecías del Jordán y del Eufrates, representadas por los Profetas, como para decir que el Océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro ríos de ideas que fluyen de Jerusalén, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Burgos, y estudiando su coro, encontréme en la misma silla arzobispal, vajo un relieve que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo, en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado; ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decía el eterno oráculo de idealismo, en este sentimiento de admiración creemos tener el principio de nuestra ciencia. Llevad a un hombre de otro siglo a estos tres sitios; a las ruinas de Poesthum, a la Alhambra de Granada, a la catedral de Toledo, que representan el mundo oriental, el mundo griego, el mundo cristiano y desconocerá completamente algunas de estas tres

maravillas. Nosotros, por lo contrario, las sentimos y las comprendemos todas. Aún recuerdo la tarde en que yo vi las ruinas de Poesthun. Acababa de recorrer desde el cabo Miseno al Cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenepoa con su cintura de ciudades bulliciosas y de ruinas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arboles donde todavía habita Circe y el mar donde todavía cantan las Sirenas; y creí que no era dado ni a la naturaleza ni a la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio, donde yace insepulta la antigua ciudad griega. La bahía de Salerdo se ostenta a los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos aquellos campos, donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y el silencio, bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos condensados de maneras diversas, extienden por aquel luminoso cielo nubecillas de colores tan rojos que las tomaríais por evaporaciones de sangre; en el campo desierto algún búfalo y en el aire silencioso algún cuervo; entre pilastras rotas,

zócalos deshechos, plinthos caídos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su frontón triangular, empapado todo él en tales rosáceos matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloraran en lamentaciones sin fin la ruina de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruinas silenciosas a la abandonada Alhambra, y veréis cuán diversa, pero también, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa hermosura. En el patio de mármol la alberca de cristal; junto a las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando a los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas virosas sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas que parecen mecerse al soplo de las áuras embalsamadas de azahar; tras el mirador los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres las estalactitas de mil colores cuyas agujas se idealizan al través

de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacen y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican a los aires del Darro y el Genil las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual e inextinguible alegría. Volad desde el jardín de los adarbes a la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abrazaréis toda nuestra historia. El consistorio enfrente para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que a la sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el ábside, a fin de que a la iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas a la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios, ante todo el monumento la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen, de muchas leguas, a los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la

puerta de la Feria a la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que véis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal bizantino, y en las últimas, vencedoras de la rigidez antigua, las armonías del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones, por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, a la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo mundo hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados a todos los deliquios de la religión, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto a la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los

arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro las dos legiones de estatuas cinceladas en competencia por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete, como escapadas de los templos paganos a rendir homenaje a la universalidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas y los bienaventurados que repiten eternas letanías, los pajes que custodian las sepulturas y los serafines que entonan un Te-Deum inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio, más lejos el entierro; por aquí los peregrinos religiosos de rodillas, por allí los peregrinos artistas estáticos; en los días de solemnidad, el pueblo que ya reza o ya canta, la salmodia de los sacerdotes mozárabes estrellándose en los alcatados de los alarifes mudéjares, las procesiones del cabildo en que lucen las capas pluviales con los relicarios de pedrería; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los

salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pie del retablo lleno de figuras místicas que parecen personificaciones varias de la oración, la misa, que así como transforma el pan ázimo en ser divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, a saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado a tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente a la religión. Vivimos la vida material en la naturaleza y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religión la fe, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta serie de ascensiones se encuentra la más grosera materia, se encuentra al término la más pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza y del

Estado y del arte en nuestro tiempo al concepto que tenían los siglos anteriores, creo superior también el concepto de la religión. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mías, tratándose de una edad que ha visto surgir sistema, seguido de muchas gentes, en el cual se prescinde por completo de la religión como de cosa innecesaria y baladí. Mas, yo os pregunto: ¿creéis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateísmo? ¿Creéis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos también? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de querer arrancar al cerebro el espíritu y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros días, el materialismo ha existido, como desde los albores de la primer mañana del mundo hasta nuestros días han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpación del error, ni la extirpación del mal; porque ambos a dos son congénitos a la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que también radican en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sino con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma. Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable que nin-

gún entendimiento puede descifrar; mientras nuestro corazón sienta amor inextinguible que ninguna pasión puede satisfacer; mientras pugne en el artista la idea con la expresión y lo inconmensurable del pensamiento con la fragilidad y estrechez de la forma; mientras en pos de cada deseo cumplido surja otro deseo mayor, y tras cada grado de la vida se eleve un «más allá» inevitable, y tras cada revelación de la ciencia, en que creemos tocar las cimas de la idea, otra cima todavía más alta, perdida en lo inmenso; mientras nos aquejen aspiraciones sin realización posible aquí en la tierra, ensueños sin objeto conocido, esperanzas insaciables, alzándose sobre todos los misterios la muerte, pertinaz en llevarse las generaciones sin devolvérselas jamás y muda a las interrogaciones que entre lágrimas y sollozos le dirigimos al desaparecer los seres amados; mientras existan todas estas batallas en el mundo y todas estas contradicciones en el entendimiento, a través del dolor columbraremos otra vida espiritual, a la que solamente llegará el alma, despojada de sus vestiduras terrenales; ciñéndose las dos alas místicas de la oración y de la fe. El sentimiento religioso existe en nuestra generación como existe en todas las generaciones. Pero lo que puede llamarse característico a nuestro tiempo y propio del espíritu

moderno, es la ciencia y la filosofía de la religión.

La historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas. Así no hubo edad tan escudriñadora de los misterios encerrados en el mundo teológico por excelencia, en el Oriente, como nuestra edad tachada de escéptica por oscuras supersticiones que quieren a toda costa denostarla. Fatigarían la memoria los hombres de los sabios que han estudiado la religión mecánica del pueblo chino; que han descrito la trinidad india y la divinización del mundo en aquellos poemas de la luz; que han mostrado como Budda extendió su doctrina, puramente moral, por pueblos innumerables; que han visto el primer asomo de la libertad en el dualismo persa y el primer borrador de la persona inmortal en la momia egipcia; que han hallado en los mitos sirios de la consunción del Fénix en la propia vida y en la muerte de Adonis las primeras apoteosis del dolor; que han desenterrado las moles sumidas en las calcinadas arenas del desierto, arrancando a los jeroglíficos el enigma de sus ideas y recogiendo el aroma de las primeras oraciones inspiradas por la religión de la naturaleza a las almas aleteando, como avecillas en su nido, allá en las primeras edades de la historia y en las primeras auroras del espíritu. Así como la filosofía de la

historia es una de las ciencias propias de nuestro tiempo, lo es también la filosofía de la religión. ¡Qué enlace tan misterioso han hallado los filósofos entre las formas del lenguaje y las formas de las creencias! ¡Qué horizontes ha abierto a la historia moderna la entrada de nuestro espíritu investigador en las pagodas indias! ¡Qué enjambre de ideas ha levantado la revelación científica del secreto encerrado en los jeroglíficos egipcios! ¡Qué diferencia entre la sonrisa escéptica de los enciclopedistas delante de todos los dioses y nuestro recogimiento religioso en la contemplación de esos templos que guardan el primero y el último suspiro de tantas generaciones y que flotan, como naves místicas llenas de esperanzas, en el eterno diluvio de nuestras lágrimas! Las nuevas ideas etnológicas sobre las razas arias y las razas semíticas; las nuevas ideas filológicas sobre la serie de las lenguas; las nuevas ideas históricas sobre el crecimiento de la conciencia humana en los dogmas, se parecen hoy a larvas, prontas a tomar alas, en cuanto las anime el calor de una primavera poética; que la inspiración tiene sus estaciones como la naturaleza. Nos bañamos en ríos de ideas nuevas cuando Anquetil nos trajo el Zend-Avesta, y Sacy los mitos de Sirya, y Champolion el enigma de las inscripciones egipcias que al co-

mienzo de nuestra era contaban ya sesenta siglos de antigüedad, y Bournonf los primeros rudimentos de las gramáticas arias, y Grim la relación entre las lenguas modernas y las primitivas lenguas asiáticas, y Max Müller los Vedas y las últimas revelaciones del sanscrito, en las cuales vimos vaciarse, como en su molde propio, desde el griego y el latín hasta nuestras modernas lenguas europeas. No conozco poema comparable al construído por la historia de las religiones, tal como la comprenden los modernos. En esos altares derruídos que pueblan las riberas del Mediterráneo; en esos templos de la muerte donde Isis se envuelve en su velo sembrado de estrellas de oro; en esos colosos que sacan sus frentes, como náufragos, entre las ondas de arena; en esas esfinges que las palmeras sombrean y las ruinas sustentan; en todos esos dioses dispersos por el planeta hemos leído las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios que ha exhalado el género humano para llenar la inmensa distancia existente entre lo finito y lo infinito con coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas. Sobre todo, la religión pagana, la religión heleno-latina, encontró en nuestro siglo intérpretes que casi la revelaron de nuevo a la humanidad. Las polé-

micas entre Kreuser y Müller tuvieron tal ardor, que se dirían empeñadas por dogmas adorados y vivientes. Ellos nos revelaron las edades del paganismo; la primitiva y sencilla en los dioses cabires; la sacerdotal en Orfeo; la teocracia en la aparición y difusión del mito de Apolo venido de Oriente; la primer tendencia antropomórfica en el mito de Baco, que se asemeja a nuestras primeras heregías en la Edad Media; el antropomorfismo puro en Homero, cuyo poema traza la protesta de la libertad heroica contra la antigua teogonía jerárquica y sacerdotal; la descomposición de todos los dogmas en el análisis de la ciencia filosófica, el cual se extiende desde el primer poema de Xenophanes hasta el último libro de Séneca; la filosofía positivista en Evehemero; la reacción en la escuela alejandrina y neo-pagana, que admite la Trinidad y el Verbo, pareciéndose así las doctrinas antiguas a las doctrinas cristianas, en esta última transformación, como los grandes ríos al mar en su desembocadura y en su desagüe. Tal conocimiento de la antigüedad ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no a la manera del pasado siglo en la escuela clásica, como símbolos e imágenes de ideas universalmente conocidas, sino vivos y recogijados, cual si todavía creyeran las gentes en

su divinidad y la adoraran a una en los mármoles templos. Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquellos que al son de sus cítaras elevaban, no tanto canciones como plegarias, volvieran a la tierra y conocieran al mayor poeta alemán después de Goethe, creerían que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oírle quejarse de que el oráculo no hable ni en las encinas de Dodona, ni en los laureles de Delfos; dolerse de que el Zens Olímpico no truene en el Parthenon, ni la sábia Athene sonreía bajo los olivos de la Atica; preguntar por qué los caramillos de los faunos ébrios no resuenan en las majadas y oteros y los cuerpos de las sirenas griegas no palpitan turgentes en las ondas, y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros, y el verde Glauco ceñido de algas no nada juvenil en el mar tranquilo, y la Bacante con su tírso de oro en la mano, su piel de tigre a la espalda, su corona de pámpanos en las sienes, no anima las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera, anunciando la muerte del Dios Pan y con ella la extinción de la vida en el seno de la naturaleza y la extinción de la serenidad y de la armonía en los cielos del arte. Esta armonía se ha roto, porque el espíritu humano se ha agrandado desmedidamente, porque ha be-

bido la inmortalidad en la copa donde bebió Sócrates la muerte y ha visto a Dios en la cruz, en el patíbulo de los esclavos, donde murió el Redentor de los hombres. La obra principal del cristianismo fué separar la conciencia del Estado; sostener que la religión debe ser creída y observada por los mandatos espirituales de Dios y no por las fuerzas coercitivas del poder público. Tal sentido tiene la palabra de Cristo; dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La teocracia y la autocracia quedaron muertas de un golpe. Toda coacción ejercida sobre la conciencia fué desde entonces un crimen contra la humanidad y un desacato al Eterno. Los circos se poblaron de mártires, que dejaban su vida entre las garras de las fieras, por no dejar su conciencia bajo la autoridad de los magistrados. Frente a frente de la religión del Estado se elevó la religión del espíritu. Y pasó a ser axiomático que la fe religiosa debe provenir de lo íntimo de la conciencia y no de la externa autoridad pública. Pero, como las ideas caminan tan lentamente en la vida real, así como el principio filosófico de la conciencia libre, por Sócrates predicado, no pasó al sentido general religioso sino merced a Cristo, el principio predicado por Cristo no pasa a las leyes generales de la sociedad y a las alturas

del Estado, sino por medio de la moderna libertad religiosa. Si quisiéramos calificar con una sola fórmula nuestro tiempo, llamaríamosle el tiempo de la separación absoluta entre la conciencia y el Estado, o mejor, mucho mejor, llamaríamosle el siglo de la libertad religiosa. Y esta libertad religiosa nuestra, ha acrecentado la persona humana, porque ha acrecentado la conciencia; y acrecentando la persona humana ha acrecentado también la poesía lírica. Es más bella, y más santa, y más cristiana la paz de nuestro siglo, que las antiguas guerras y las antiguas persecuciones religiosas. Exhala de su seno más poesía la mártir, cuya cabeza cae tronchada como una flor sobre la arena donde se celebran los holocaustos a la conciencia libre, que el César, su juez, o el esbirro, su verdugo, o el populacho, su enemigo y denostante. Exhala más poesía el horno donde ardieron los niños hebreos de Babilonia, que el potro donde atormentaron por bruja a la infeliz Juana de Arco, que el brasero cuyas llamas devoraron a Servet, que el montón de cenizas a que redujeron los huesos de Savonarola, que el patíbulo de Juan Hus y Jerónimo de Praga, que la inquisición de Felipe II, que las persecuciones de Luis XIV, que las iras de María la Saguinaria contra los protestantes o las iras de

Isabel Tudor contra los católicos, que todos estos reflejos del odio, cualquier tranquilo y apartado espacio, en el cual a la sombra del humano derecho se dilata la libre conciencia, como una ciudad a orillas de lagos celestes, pie de montañas inaccesibles, en tierra preparada por larga historia a la forma definitiva del espíritu moderno, y donde se ve dibujarse aquí la Sinagoga resonante con los cantares que brotaron a las orillas de Eufrates o en los arenales de Palestina, allá la iglesia puritana que ha educado a la América del Norte, acullá el templo griego que ha civilizado el Oriente, más lejos la capilla anglicana, que refleja el alma de la nación británica; sobre todo, la aguja de la catedral católica, a cuya sombra viven los pueblos más ilustres del planeta; cimas del espíritu humano, el cual busca por la variedad ingénita a su naturaleza los caminos de la gloria y que allá, en lo infinito, se encuentra con la unidad de Dios, a manera que las diversas atmósferas incoloras e invisibles forman en la inmensidad el claro azul de los cielos. Y no me digáis que esta libertad ha concluído con la poesía religiosa en nuestro tiempo. ¿Creéis, de veras, que no existe la poesía religiosa en nuestro tiempo? Quien desee sentir en toda su grandeza el día de la Resurrección, lea el canto último de

la Mesiada de Klossptok, y oiga el himno de los muertos revividos, acompañado por las cadencias de las arpas seráficas. Quien desee sentir cómo la sangre de Cristo ha lavado todas las culpas y el árbol de la cruz ha hundido sus raíces hasta en el antro de todos los males, que lea la divina epopeya de Soumet. La plegaria tierna, efusiva, mística, hablará el lenguaje de la oración por todos, que Víctor Hugo enseña a su hija inocente, parecido en su susurro al primer gorgceo del ave, al cáliz entreabierto de la violeta, a la estrella de la tarde en el desierto cielo, a la campanada del Ave-María en la alta torre de la iglesia. El cántico de Lamartine a Dios, reúne las sublimes ideas de Platón a la forma concisa de Isaías. Pero ¿a qué extenderme? Si los siglos tuvieran su valle de Josafat, como los individuos, bastarían estas obras sublimes para que muchas faltas le fueran perdonadas a nuestro siglo y pudiera recogerse y asentarse a la diestra del Eterno.

Señores: si abrazáramos de una ojeada los dos extremos de la historia, veríamos claramente como todos los esfuerzos del género humano se han reducido a pasar de la esclavitud, en que primeramente le avasallara la naturaleza, a la plena y entera libertad que le procura la ciencia. Esclavo en el mundo material de fuerzas fatales que no

puede modificar, encuentra el primer grado de su emancipación progresiva en la sociedad, cuyas leyes, aunque existan necesariamente, si no pueden ser destruídas pueden ser modificadas por nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero este grado de libertad no basta al hombre, y entra en el arte donde la naturaleza sirve de símbolo a la idea, y llega a la religión y a la ciencia, donde alcanza hasta lo infinito, hasta lo absoluto, por medio, ora de la fe, ora de la razón. Si queréis, negadle otros atributos al siglo; pero no le neguéis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho a la edad presente; bien al revés del arte en que son eminentemente individuales así la inspiración como el ingenio. Pero no dudeis que ciertos progresos bastan a engrandecer y sublimar a nuestra edad. Los telescopios, que llegan a quince leguas de la luna, los reflectores, que corrigen las impurezas del cristal, han abrillantado y engrandecido las regiones sidéreas. La unidad de la materia se ha visto descomponiendo hasta la última nebulosa, en las rayas del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha mostrado como se enlazan la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La química ha encontrado el alma del fuego como el alma del agua. Se ha

revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, parecida a la identidad de la nube lejana, que flota en la atmósfera, con la lágrima de dolor que rueda por nuestra mejilla. Si a otro siglo le ha tocado mostrar la gravitación universal y la armonía entre los astros, hále tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su cohesión misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestra edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales también nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes, a que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la série sistemática y armónica de todas las plantas. No digamos nada del conocimiento de la tierra y de sus especies animadas.

Cuán sublimes las historias de nuestros viajeros, movidos solamente por amor a la ciencia, sin auxilio de ningún Estado, exentos de toda codicia, como puros misioneros, recorriendo lo interior del Africa y explorando las ignoradas fuentes del Nilo. Cuán reveladoras las nociones de los tiempos prehistóricos y de las edades de piedra y de hierro. Así desde el Trópico al Polo, nunca fué como hoy escudriñado el planeta. Y lo mismo sucede con el hombre. Desde la fisiología hasta

la psicología; desde la relación que existe entre el arpa de nuestros nervios y la electricidad difusa por la atmósfera; desde la descomposición de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposición del pensamiento en sensaciones, nociones e ideas; desde la asimilación de las moléculas por el cuerpo hasta la asimilación de las creencias por el alma; desde el poder que tiene el medio ambiente en nuestra complexión fisiológica hasta el poder que tiene la raza y la patria en nuestra complexión moral; desde la física hasta la metafísica; desde la estética hasta la historia; desde la química orgánica hasta la geología; desde la clasificación de los seres hasta la clasificación de los sistemas; toda esta série maravillosa de conocimientos ha esclarecido los abismos encerrados en el alma y en el Universo iluminando al hombre que ve la idea de las cosas y que las eleva a lo infinito y las enlaza con lo absoluto y con lo eterno. Jamás tuvieron, pues, tantos materiales, ni la poesía lírica y dramática ni las artes plásticas. La misma metafísica ¡qué crecimiento ha obtenido! Ni Aristóteles supo señalar las diferencias que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, entre la inteligencia y la razón, entre la razón y el juicio, como la escuela crítica; ni Platón alcanzó la virtud creadora de las ideas y la realidad objetiva de la lógica como

la ha alcanzado la escuela hegeliana. Es verdad que las ciencias experimentales han pretendido invadir los dominios de las ciencias especulativas; pero también es verdad que nunca adelantó de la suerte que hoy ha adelantado el problema de los problemas, explicado antes por sistemas tan fantásticos como la armonía preestablecida o el mediador plástico, el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el agente que conoce y el objeto conocido. Nunca se vió tan clara la compenetración estrecha entre la idea y el ser. Nunca se comprendió tan verdaderamente que los hechos no caminan al acaso sino dirigidos por el pensamiento. La historia de la filosofía ha resultado, como anunciaba el más grande pensador moderno, la historia universal. La lógica creció al par que la mecánica; la metafísica al par que la física; el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la geología al par que la historia; la fisiología de las plantas, de los animales y de los hombres, al par de la fisiología de las instituciones, de las leyes y de los códigos; la vida entera, bajo todos sus aspectos, al inmenso y divino Universo. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo, y ahonda en las profundidades del espíritu: que si el universo material es como una

condensación del éther, el universo científico es como una condensación del pensamiento. Pero no olvidemos, señores, no lo olvidemos, como suele suceder con frecuencia, que así como no hay combustión posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad. O la ciencia no es nada, o la ciencia es la verdad alcanzada por las fuerzas de la razón. Si blasfema quien arranca del sentimiento la fe, blasfema quien arranca de la ciencia la soberanía de la razón. No hay acción moral sin libre albedrío; no hay idea científica sin libre investigación. Ninguna autoridad coercitiva puede, aunque funda el cetro de todos los reyes y la espada de todos los conquistadores, cosa alguna, ni contra la razón, ni sobre la razón. Nuestro siglo es siglo de la difusión de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento. Oigo murmurar en mi oído estas palabras: por lo mismo que es el siglo de la ciencia, no puede ser el siglo de la poesía. ¿Cómo? En todo tiempo han caminado juntas por la tierra estas dos hijas del cielo. En el mismo siglo nacieron Sófocles y Sócrates; Ciceron y Virgilio; Santo Tomás y el Dante; Garcilaso y Arias Montano; Pereira y Cervantes; Pascal y Racine; Shakespeare y Bacon; Kant y Goethe; Hegel y Víctor Hugo. Por lo menos, dirán otros, la ciencia moderna destru-

ye la idea de Dios, y destruyendo la idea de Dios, ciega la fuente de toda poesía. No lo creáis, señores, no lo creáis. Cada grande sentimiento, que mueve el corazón, lo impulsa el amor divino; cada idea que ilumina la inteligencia, la acerca a lo absoluto; cada estrella que columbramos en lo infinito, añade como una nueva letra al nombre incomunicable del Creador. En la aurora y en el ocaso, en el estruendo de las tempestades y en la música de las brisas, en el mar surcado por estelas forforescentes y en el cielo lleno de astros, Dios mío, la sensibilidad te adivina como creador; en el inmenso río de los hechos, en la escena cambiante de la historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en ese combate perdurable entre el bien y el mal, la intuición te presiente como providencia, en la ley moral, en la virtud, en la caridad, en el amor, en el misionero que desafía los elementos por llevar almas a la luz, en la hermana de la caridad que aparece sobre los campos de batalla, el corazón te ama como bondad suprema; en el arte, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en las reverberaciones de la inspiración, la fantasía te contempla como la eterna belleza; en los altares, bajo la bóveda de los templos, a través de las plegarias y las nubes de incienso, la fe te adora; y en la ciencia la razón te conoce, y el alma

entera desea vivir y morir en tus inmensos senos.

Nuestro siglo tiene su ideal. Y como tiene su ideal, tiene también su altísima poesía. Cada género poético nace en la edad que verdaderamente le cuadra y conviene. La poesía épica es la poesía de la fé. Por tal razón, no reaparece en el mundo antiguo, después del siglo quinto anterior a Cristo; ni en el mundo moderno, después del siglo décimo-tercio posterior a Cristo. La poesía dramática es la poesía de la acción. Por tal motivo florece en Grecia tras las primeras guerras médicas; en España, tras las primeras conquistas americanas; en Inglaterra, tras las primeras competencias religiosas; en Francia, desde las revoluciones de la Fronda hasta los últimos días del reinado de Luis XIV. Y la poesía lírica, personalísima por excelencia, es la poesía de la libertad, la poesía de nuestro siglo, el cual en este género puede competir con todas las edades y aún superarlas y vencerlas. ¡Poco poético el siglo décimonono! Sólo subiendo a los tiempos medios, a las luchas que se empeñaban allá en aquellas universidades llamadas por autonomasia escolásticas, entre nominalistas y realistas, hallaránse sentimientos tan fervorosos como los que despertaban aquí los combates entre clásicos y románticos. En Francia los clásicos sustentaban las antiguas tra-

diciones y los románticos la innovación revolucionaria; en Alemania, al revés, los románticos pugnaban por la reacción y los clásicos por la libertad: pero en uno y otro pueblo, el empeño mútuo y el mútuo contraste crecían hasta tomar las peripecias de una guerra épica, en que las ideas pugnaban unas con otras, como las legiones invisibles de genios y de ángeles en las antiguas teogonías. Nuestro siglo ha merecido llamarse el siglo de oro en la poesía germánica. Nuestro siglo ha visto nacer dos literaturas hermosísimas, en el extremo Norte de Europa las moscovita, que se envanece con los nombres de Pouckine, Gogol y Lermontoff; en el extremo Norte de América, la anglo-sajona, que se envanece con los nombres de Poe, de Emerson y de Longfellov. Nosotros mismos, en aquellas apartadas tierras, eternamente españolas por su historia, por su lengua, por su religión, hasta por su democracia, hemos oído a cantores como Bello que han aumentado, si cabe, la belleza de la lengua; como Caro, que han enardecido el amor a la libertad; como Heredia y como Plácido, que han derramado en nuestra fantasía la vida exuberante de los Trópicos. En el Oriente europeo, la resurrección de pueblos, antes dormidos y acallados en su servidumbre, ha hecho surgir una poesía popular, tan tierna y tan bella, como esas ramas brota-

das en añosos y cuasi secos troncos. El Norte entero ha brillado, a la manera de una de esas noches del Polo que relumbran al reflejo de las rojas auroras boreales en el cristalino Océano de apretado hielo. Una iglesia escandinava, la catedral de Land, ha presenciado un espectáculo como aquellos que nos ofreció el Renacimiento italiano desde el Petrarca hasta el Tasso, la coronación del gran poeta nacional de Dinamarca por las manos mismas de sus vencidos y eclipsados rivales. Y al igual de Dinamarca, su hermana de sangre y de raza, Suecia, ha visto nacer su poeta popular en este siglo, poeta cuya lira ha cantado desde la primera comunión de los niños en las iglesias de la aldea, hasta los combates de los héroes escandinavos en sus antiguas guerras. Y si nos acercamos al centro de Europa, veremos que la poesía nacional húngara ha tenido para engrandecer su historia antigua el poeta épico Yorosmarty, como para alentarse en los combates de la libertad su poeta lírico Poetefi, muerto en las batallas por la patria, el año cuarenta y ocho, de tan misteriosa suerte, que no ha reaparecido su cadáver, como si el genio de nuestro tiempo hubiera querido llevárselo en alma y cuerpo a la inmortalidad y a la gloria. Mas ¿a qué cansarnos? Pese a quien pese, no puede llamarse decadente una literatura que cuenta en Italia

a Leopardi y a Manzoni, en Francia a Lamartine y a Víctor Hugo, en Inglaterra a Dickens, en Portugal a Herculano, en España nombres que no escribiré por no herir la modestia de los que los llevan con tanta honra y con tan perdurable renombre los legarán a lo porvenir y a la historia. El siglo décimo-nono es un siglo poético. Por nuestras ruinas se oyen himnos tan cadenciosos como si habitara eternamente en ellas el tierno sentimiento de Garcilaso y la enérgica sublimidad de Calderón; por esa Francia, de suyo recta y un tanto fría, centellea sublime ingenio, que a las hipérboles de Góngora junta la homérica sencillez del Romanero; celeste legión de laureados ¡vates se alza sobre los bajos relieves de Italia; resuenan las orillas del Rhin con esas baladas, armoniosas como las ondas del río e indecisas como las gasas de sus nieblas; en las nieves de las regiones polares gorgcean nidos de ruiseñores que muestran la poesía, como el espíritu humano, habitando en todos los pueblos y extendiéndose por todas las latitudes. Las ondas del Danubio cantan como las ondas del Rhin; las crestas del Rhodopo repiten los acentos de la guerra y los acentos de la epopeya; los soldados servios corren a pelear contra los turcos, después de oír al rapsoda mantenido por la caridad pública, como en los tiempos antiguos,



el romance en que se cantan los sacrificios de sus padres en Kossovo, el Guadalete o el Alarcos de Oriente; las inmensas llanuras de Hungría y de Rumanía se pueblan a los conjuros del arte con las sombras de los héroes históricos; y mientras las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, henchidas de aromas embriagadoras, elevan la poesía de la esperanza, alimentada por la vida exuberante y por los ardores del trabajo, en el vasto cementerio donde nacieron los poetas y los dioses, en aquellas soledades de Grecia, exhaustas por el exceso mismo de su gloria, en el Pindo, en el Híbla, en las Termópilas se canta el heroísmo, como en los tiempos de Leonidas, y se combate y se muere por la libertad y por la patria.

No acabara nunca si dijera cuántas grandezas poéticas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruídos y gelatinas donde se encierra el gérmen de nuevos organismos. Así el empeño de cuantos amen a la patria con amor desinteresado y puro, debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! Para crecer las naciones necesitan servir a las ideas,

¿Y qué idea superior a las fundamentales y características de este nuestro tiempo? Acerquemos a ellas nuestra gran nación. España no puede dolerse de la parte que, en la distribución de sus dones, hánle de consuno reservado la Providencia y la naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares que la ciñen a porfía con sus hondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas y sus seguros puertos a todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda como Escocia, en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa como Italia, en sus provincias del Mediodía; idilio helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rías, juntándose los picachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopeya semítica el Sudeste, con sus arenales que el simoun abrasa y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y áuras esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran a color de zafiro y por asiáticos palmerales bordadas y griegas adelfas; fecundo el suelo, como pocos, en toda especie de frutos y rico el subsuelo, como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al Africa, cuyos vientos, si encienden sobremanera sus veranos, también

dulcifican sus inviernos; unida a América por esa cadena de islas, que empieza en Gades y concluye en Cuba, pasando por aquellas felices que debieron guardar la Atlántida de Platón; nuestra tierra reúne en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reúne el cerebro todas las raíces de la vida; y por tanto, eterna su grandeza, recobrará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá a traer en la futura historia la reconciliación a todas las razas, y vendrá a ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar; ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo; ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado a unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incomparable, como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y pródidas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias, pero siempre quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos horizontes pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la

industria en toda Europa y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fe dejará de latir en todos los pechos, cuando todavía engendre aquí legiones de héroes y de mártires poseídos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me habléis de esas sabias combinaciones místicas con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina también instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo a comprender la melodía, monótona y uniforme si queréis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, a los trenos del profeta en Jerusalén y a los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el Universo a su grandeza, y desea, en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios a su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no

me digáis que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota, que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortcico que recoge los ecos de la zampona en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta a la andaluza de su natural soñarrera, y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y jerez, a bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, extáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, a bailar uno de esos jaleos a cuyas cadencias y extremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la música, digo también de nuestras artes plásticas. Enseñadme espacio de planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas el arco de herradura que recuerda a los Califas; y junto a las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores se alcen las

agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudéjares; y la ornamentación sobrepuesta a las líneas cuasi helénicas, haya dado cosa que se parezca ni de lejos a nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cinceles rudos apenas debastan las piedras groseras, a los patios árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca, se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; recorra la imaginación una arquitectura más vária y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes a porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la majestad de tales edificios con las estátuas de Montañés, de Cano, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que tejían sobre las piedras los buriles de Berruguete y de Borgoña.

Mas, en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado.

Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad con Holanda y Alemania, en color con Florencia y Flandes, en idealismo con Asís y Pisa, aventajando quizá a todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes a las tiranías de la escuela, como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabéis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó a los discípulos de Rafael y la muerte de la república florentina hirió en el corazón a Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su númen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor a sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sincrética escuela de Bolonia, herida por irremediable

decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres en tropel aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado a la naturaleza los secretos de la encarnación y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentileshombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepajada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entraríais por los cuadros a recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, ves-

tida del immaculado candor y envuelta en el céruleo manto, a los pies la culebra del mal herida y en las sienas los resplandores de la luz increada, estáticos los ojos como embebidos en la gloria y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la vírgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad ya sin pecado su primitiva e immaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, a un género especialísimo y concreto del arte. Y a la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y napolitana imperantes en todo el siglo décimoséptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar a la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, a una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su

retina, abriendo a aquel pueblo, que a primera vista decaído emprendió la guerra de la independencia, los cielos del arte y los infiernos a la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, a la devastadora ambición de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece a nuestra pintura en su originalidad, en su independencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su carácter romántico. Así tiene tres obras colosales: el Romancero, el primer poema épico de los tiempos modernos; el Quijote, la primer novela; y los Dramas incomparables, que constituyen el primero sin duda alguna entre todos los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas, tenemos también, diga lo que quiera una crítica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el imperio romano, y la ciencia española constituía la moral práctica, cuyos preceptos se confunden casi con los preceptos evangélicos, por ser los días del espíritu a semejanza de esos días

boreales, que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en los mismos resplandores. Sucumbía la civilización latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos impercederos, los dos nuestros, a saber, un código sintético, el Fuero Juzgo, y un libro enciclopédico, las Etimologías de San Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terrores milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra, apagadas las pavesas de las ideas, por la pesadumbre de las ruinas, la ciencia anocheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogían la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron a la entonces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeración índica, que sustituyó a la pobre numeración latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado a las maceradas carnes monásticas por el limpio y fresco algodón; extendieron en el siglo noveno, en aquella oscuridad, la topografía y la estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astro-

nómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y zoológicas y botánicas, tan necesarias a los progresos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la química a la medicina; manejaron el bisturí con tal arte, que bien puede llamárseles sin exageración los fundadores de la cirugía; pusieron los globos terrestres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habían de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atracción; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refracción de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos antes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron no solamente la ciencia de las estrellas sino también la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron a nuestras universidades; los astrónomos de

las más varias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sábia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse antes que se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo décimo-cuarto refluyeron a la mente de Lulio, cima a la sazón del mundo intelectual, cima que dá vértigos; antes de Bacon llamaba Vives el entendimiento a la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases incommovibles de la certidumbre psicológica; precediendo a Harvey, descubría Servet la circulación de la sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenés, nuevos hemisferios, nuevos astros, nuevas constelaciones, en los inmensos espacios del cielo y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

A estos admirables timbres aún reuniremos otros mayores el día que pongamos todas nuestras virtudes a servicio de lo único que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, a servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardentísimos y fríos en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes; de igual

suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes a edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles a los rigores de la disciplina social y fáciles a los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares, apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles a la duda, nada duchos en el examen prolijo de las ideas y de las cosas; a cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningún otro pueblo; reunimos a la vehemencia la constancia; a la viveza del sentimiento la energía de la voluntad; a las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; a los instintos democráticos los instintos caballerescos; a la independencia personal afecto devotísimo por la patria; a la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspícua, el brillo de la fantasía, tan poderosa como fecunda; a la intuición soberana el carácter reflexivo; a los arrebatos y a los impulsos la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinación al sacrificio; al ardor de la sangre meridional la frugalidad más auste-

ra; a cierta complexión de penitentes, y a un orgullo que no mide obstáculos, como en el esplendor de nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias y a un idealismo tan etéreo que mantiene nuestra aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones a lo extraordinario, aunque raye en lo imposible y necesidades continuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo aunque sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algún día para enardecer en el sentimiento su corazón algo aterido, y caldear su razón, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fe y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado a la historia. Ni la captó el cartaginés, sino después de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano, sino después de un combate que durara centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar a los heroicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar a los pictos y a los britanos. Nuestros fuertes cántabros pre-

ferían el suicidio en las amargas ondas, a testificar con su terrible presencia, en la vía-sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencían los vencedores del orbe, dándole sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió antes que ninguna otra, los residuos de la cultura latina con la sangre de la gente goda y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo a los romanos, Asturias a los árabes, Galicia a los normandos, Navarra a los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en Barcelona, dilatáronse por el Ebro, por cuyas frescas riberas combatían y trabajaban, dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron a la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros a la más necesaria

de todas las libertades, a la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la inquisición y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, a pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonio de nuestra nativa grandeza. No podéis ir a la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageración puede decirse que la península ibérica ha redondeado el planeta y ceñídole, como de un zodiaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del Cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan a las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos férreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia a las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto a su patria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que, en la Edad Media supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras en la Edad Moderna despertarla al combaté por su independencia con la voz tonante de nuestras revolucio-

nes; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y el cántico de Teócrito, como vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena del Tirreno, la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, como le dimos la salud con los trabajos hercúleos que disecaron sus pestilentes lagunas y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron a los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven a la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático; en los brillantísimos cuadros, donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patrios republicanos, a los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuán, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelación de su ignorada existencia y exploraron ríos



como el Amazonas y el Missisipí, y subieron a cordilleras como los Andes, y confiaron por vez primera el nombre de su Criador a las selvas, cuyos árboles parecían pertenecer a los primeros días de la creación, y fundaron esos coros de ciudades extendido desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave Victoria surcó por vez primera sus senos; que el Estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India a India, redondearon el planeta y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazañas las cuales despiertan este amor exaltado a la patria, esta furia en defenderla contra toda agresión, de tal suerte sublime y heroica, que do quier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolhongui, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en París, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfange, pronuncian como un númen el nombre de España, y se evoca como un talismán la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar a los héroes en

sus terribles combates y consolar a los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir a la adivinación de las palabras antes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática, hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribución de las vocales y de las consonantes, que no há menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía ni los redobles de pronunciación exigidos a los labios y a los dientes del Norte; libre en su sintaxis, de tantas combinaciones que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; única en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas e iberas ha puesto el germano alguna de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas, que la hacen sin duda alguna, la lengua más pro-

pia, tanto para lo natural como para lo religioso, la lengua que más se presta a los varios tonos y matices de la elocuencia moderna, la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder a la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres e independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente a continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia. Señores académicos, creedlo, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de velar por la pureza de nuestra lengua. Quanto más vivimos, señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad

en el arte; necesitan y complétanse las instituciones indispensables a la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos a la espontaneidad de los individuos y a las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo a conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitación francesa, parecía condenada nuestra lengua a perder la libertad de su sintaxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa, por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros días blasonan con justicia de un renacimiento en el culto a la lengua nacional y de una sujeción voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos por que acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien o mal de nuestro grado en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nues-

tros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aún abrigamos afectos, en los cuales pueden confluir todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aún conservamos algo que nos acerca y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece a esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raíces del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para explayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningún sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca

podrá separarnos ningún suceso del común sentimiento, que a todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado, del eterno amor a nuestra patria.

HE DICHO.

LUCANO

SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA

DISCURSO LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Οἱ μὲν γὰρ σεμνότεροι, τὰς
καγὰς ἐμμοῦντο πρόζεις,
καὶ τὰς τῶν τοιούτων τύχας

ARIST.—*Poet.* c. IV. § 2.

Excmo. e Illmo. Sr.:

Roma era la última encarnación del genio del antiguo mundo. Roma representaba providencialmente la síntesis y el epílogo de toda la historia. A su frente se levantaban Méntis, Alejandría, Cartago, destinadas a revelarles los secretos del mundo de la naturaleza, del mundo de Dios, del Oriente; a su lado Atenas; a sus pies Sicilia, destinadas a revelarles los secretos del mundo del arte, del mundo del hombre, de Grecia; y las almas de estos dos mundos, que después de la total ruina de su poder y del ocaso de sus glorias, vagaban errantes, se confundieron como el aroma

de dos flores en el seno de la ciudad eterna. Esta idea trascendental es la ley de vida de la sociedad romana. Los patricios, raza avasalladora, que guardaba para sí el depósito sagrado de las leyes, la interpretación de las fórmulas del derecho, el sacerdocio y el gobierno, representan la idea oriental; y los plebeyos, raza expansiva, que anhelaba la igualdad política, la libertad civil, el esclarecimiento de las misteriosas fórmulas del derecho, el sacerdocio y el gobierno para todos, representan la idea occidental, la idea griega; y el equilibrio de estas dos fuerzas contrarias, la síntesis de estos dos principios antitéticos es la vida de la sociedad romana. Y esta idea se refleja en su religión que congrega todos los dioses, en sus leyes que funden todos los derechos, en sus artes que heredan el genio de todos los pueblos, en su parnaso que guarda laureles para todos los poetas.

El cetro de Roma es el eje de la tierra. Todos los pueblos son sus tributarios. Pero ninguno le ofrece tan ricos presentes como nuestra hermosa patria. Nosotros dimos al imperio su más gran Jefe, Trajano; su más ilustrado retórico, Quintiliano; su más amargo satírico, Marcial; su más profundo filósofo, Séneca; su más verdadero poeta, el inmortal Lucano, cuya vida, genio y obras son objeto de este mi discurso, para él

reclamo, excelentísimo señor, vuestra ilustrada atención y vuestra nunca desmentida indulgencia.

La vida del hombre influye decisivamente en la suerte del genio (1). Historiemos, pues, la vida del poeta que cruzó por los horizontes del tiempo, donde había de dejar eternos resplandores, fugazmente, desgracia que suele acontecer a los nacidos en esas épocas tempestuosas, en que el espíritu humano se renueva y florece a costa de la vida del hombre. Lucano nació en Córdoba (2). Aunque la historia callara su nacimiento, lo diría la naturaleza de su genio. La sávia meridional de su imaginación tan rica en flores como los patrios campos; la claridad de su mente, hermosa y serena como noche de estío de la Bética, que muestra el cielo rociado de estrellas y el campo cubierto de luciérnagas; la majestad y entonación de sus versos; el atrevimien-

(1) Præter vitam Lucani, quæ ad Suetonium auctorem refertur, aliam ineditam laudat Scaliger ad culicem Virgilio illam fortassis quæ editioni Schrevelianæ præmittitur, edita á Joane Britannico. Adire præterea iuvabit Martinum Hanckium de Rom. vet. scriptoribus C. XI, Nic. Antonium, lib, I, Bilbl. Vet. Hispanæ cap. 10, et Gaudium de scriptoribus non Ecclesiast. tom. 1.º, pág. 264. *Ab. Fabricii. Bibliotheca Latina. L. II. Cap. X.*

(2) M. Annæus Lucanus, *Cordubensis*, prima ingenii experimenta in Neronis laudibus dedit quinquennali certamine. *Suet. vit. Luc.*

to de sus metáforas; el alto vuelo de su alma que se cierne con el poder del águila en lo infinito; el lujo de su dicción, nos enseñan que Lucano es predecesor de Góngora, y que su cuna se meció en esa hermosísima tierra de Andalucía, adornada con todas las maravillas de la creación por Dios, como si la destinase desde la eternidad a servir de templo al génio del Oriente.

Lucano, a diferencia de Virgilio, no nació entre los apriscos, a la sombra de los olmos y los sáuces; ni su alma en la niñez voló como la mariposa de flor en flor por los campos; ni aprendió a cantar en los murmullos del arroyo y en los arpados trinos del ruiseñor; porque sus padres (1), en edad temprana le llevaron a Roma; y sin embargo, la tradición cuenta que las abejas de Bética volaban a su cuna a recoger la miel que destilaban sus lábios entreabiertos por la sonrisa de la inocencia (2).

(1) Le père de Lucain se nommait Marcus Anneus Mèla, et était le plus jeune des fils de Sénèque le rhéteur. Marcus Anneus Lunanus naquit á Cordoue en l'an 39 de notre ère. Des l'age de huit ans il fut amené à Rome par son père et mis sous la direction de son oncle, qui était déjà précepteur de Neron. *Hist. de la Lit. Rom. Alexis Pierron.*

(2) Le même commatateur ajoute qu'il arriva, ainsi que pour Hésiode enfant, que des abeilles voltigèrent autour de son berceau et se posèrent même sur

Tomóle bajo su protección Séneca, y fueron sus maestros Cornuto estóico, Remmio^o Palemon gramático (1), y Virgilio Flacco retórico, los cuales le amaestraron en las artes de la elocuencia, en los principios de la moral estóica, alimento de todas las almas generosas en Roma y con tal éxito (2) que niño aún, recitaba Lucano admirablemente versos griegos en los salones y academias, siendo pasmo y maravilla de la alta sociedad, y cosechando en flor prematuros triunfos (3)

ses lèvres... pour présager ses destinées futures. *Nisard, Etud. sur les poet. lat. de la décadence*. Hé aquí las palabras del antiguo comentario, a que Nisard se refiere: *Ac ne dispar eventus in eo narraretur ejus, qui Hesiodo refertur, quum opinio tunc non dissimilis maneret, cunas infantis, quibus ferebatur, apes circumvolarent, osque insidere complures, aut dulcem jam spiritum ejus inhaurientes, aut facudum, et qualem nunc existimamus, futurum significantes. Vit. Luc. ex ant. com.*

(1) Rheminus Palæmon et Flavius Virginius fuerunt ses maitres de grammaire et d'éloquence. Les principes de la philosophie stoïcienne lui furent données par Annæus Cornutos, philosophe grec qui professa a Rome jusqu'à ce que Neron, indigné de sa franchise, le relega dans une île. *Hist. Abr. de la Lit. Rom. Schæll*

(2) A præceptoribus tunc eminentissimis est eruditus; eosque intra breve temporis spatium ingenio adequavit; una vero studentes superavit profectibus. *M. A. Lucani vita ex coment. ant.*

(3) Hablando de los certámenes poéticos, dice el an-

Al lado de Lucano crecía un joven, su amigo, cuyo carácter, comentado por tan profundos historiadores, es aún hoy oscuro geroglífico: hablo de Nerón (1). Detengámonos un instante a contemplar este desgraciado que ha de apagar con su soplo la vida de Lucano. Elevado al trono; viendo a sus plantas rendido el mundo; estimando en poco la humanidad, su esclava; rodeado de riquezas, de placeres; lleno el abismo de sus deseos, ociosa su voluntad, Nerón se enamoró de un imposible: ardió en ansia de ser el más grande artista de su tiempo (2), anheló ceñir a su diadema

terior comentario: Declamavit et græce, et latine cum magna admiratione audientium. Ob quob puerili mutato in senatorium cultum, et in notitiam Cæsaris Neronis facile pervenit, et honore vixdum ætati debito dignus judicatus est.

(1) Neron le traitait en ami: il le nomma questeur, il lui conféra même la dignité d'augure; mais cette amitié ne dura pas. *Hist. de la Lit. Rom. par. A. Pierron.*

(2) Hi dies, ac notes plausibus personare, formam principis, vocemque deum vocabulis apellantes, quasi per virtutem clari, honoratique agere. Ne tamen ludicræ tantum imperatoris artes notescerent, carminum quoque studium affectavit, contractis, quibus aliqua pangendi facultas. Necdum insignis ætatis nati, considerare simul, et allatos vel ibidem repertus versus connectere, atque ipsius verba quoque modo prolata supplere: quod species ipsa carminum docet, non impetu, et instinctu nec ore uno fluens. *Tac. annal. libro. XIV.*

imperial coronas de laurel, vivir la vida del poeta, extasiarse en escuchar los aplausos de todas las gentes conmovidas por sus cánticos, encadenar a las musas como tenía encadenados a los reyes del mundo, arrancar su lira al divino Apolo; mas cuando su conciencia le decía en secreto que luchaba con un imposible, acostumbrado a verse siempre obedecido como Júpiter con sólo fruncir las cejas, no pudiendo sufrir el martirio de su deseo, desahogaba en crímenes el dolor de su oprobiosa impotencia. Nerón es antes que todo artista, y para convenceros, convertid los ojos a su vida. Nerón esculpe su propio busto en los edificios públicos ornado con la corona de laurel y los atributos de Apolo; mata a Trhaseas porque no gustaba de oírle cantar, y a Británico porque la voz de este príncipe era más dulce que su celeste voz; recibe a Tiridates, rey de Armenia, en el teatro que dora y orna para tal solemnidad, extendiendo ricas telas de púrpura que les resguardarān del sol, y bordando en el centro su propia imágen en actitud de conducir un carro olímpico, circundada de estrellas la altiva espaciosa frente; canta en los espectáculos acompañado de su arpa de oro que sostienen de rodillas los patricios romanos; representa frecuentemente el papel de *Oreste asesino de su madre*, y acaso por este artístico recuer-

do manda ahogar a la desgraciada Agripina en las claras aguas del Tirreno, en aquella serena estrellada noche, en que parecía que los astros velaban para testificar al cielo tan horroroso crimen; reduce a cenizas la antigua Roma por gozarse en contemplar un sublime cuadro, va de teatro en teatro, de circo en circo recogiendo premios; manda derribar un lienzo de muralla para que le reciba dignamente Roma cuando vuelve de los juegos griegos triunfador, envuelto en rozagante púrpura de Tiro, con la corona de oliva en la frente y el laurel pítico en las manos; se indigna de la rebelión de Vindex, no porque el pretor de las Gálias desconociera su autoridad, sino porque se mofaba de su divino génio; y en la hora suprema de morir no siente que se quiebre su cetro y se extinga su poder, sino que se quiebre su lira y se apague su melíflua voz; no llora en su muerte al emperador sino al artista (1).

Juntos Nerón, que deseaba ser poeta, y Lucano que lo era, ¿podía aquél consentir que un rival afortunado le disputara el laurel de la glo-

(1) Tác. annal. libro XIII. párr. IV; íd. íd. párr. VIII; íd. lib. XIV. párr. II; íd. lib. XV. párrs. VI, VII y VIII; libro XVI. párr. V. etc., etc. Véase también *l' Histoire de Rome a Rome par M. Amper.*

ria y el premio en los poéticos certámenes? (1). Un día se reunieron ambos en un certamen a disputar un premio. Nerón leyó una poesía consagrada a las transformaciones de Niobe; Lucano otra consagrada al descendimiento a los infiernos de Orfeo (2). Los aplausos de la multitud cubrieron la voz de Nerón. Pero en aquellas muestras de forzado entusiasmo faltaba el acento de la espontaneidad que nace del corazón (3). Presentóse después Lucano y recitó sus versos: el respeto, el temor contenía a los oyentes; más por uno de esos triunfos del arte que parecen milagrosos, el poeta suspende los ánimos, los arrebató y

(1) Néron, qui, dans les premiers momens où il préludait à ses crimes par toutes les fantaisies du pouvoir absolu, était acteur, musicien et poète, accueillit les talens de Lucain. Il le fit questeur, augure, le combla de faveurs, et voulut même l'honorer de sa rivalité. *Villemain, biographie universelle.*

(2) Y dans des jeux littéraires, que l'empereur avait établis, Luccain chanta la descente d'Orphée aux enferts et Néron le metamorphose de Niobé. *Ibid.*

(3) Quinquennali poetarum certamine ab Norone instituto, recitante quoque Nerone, in Pompeii theatro laureis coronatur ac ingenii fœtum extemporali opera edit Orphea, aliaque carmina, quæ Cæsarem præstantia sua offendunt, ambitio sius sibi principatum non modo hominum, sed et artium vindicantem. *Nic. Punc. De Imm. LL. senæctute tractatus XXXIII.*

consigue que olvidados de sí y del emperador, le decreten unánimes el codiciado premio (1).

¿Cómo era posible que Nerón dios, Nerón emperador, Nerón poeta, consintiera un genio superior a su genio? Salióse despechado del certamen y prohibió a Lucano que volviese a leer en público sus versos (2). El poeta, que vivía en la atmósfera de la gloria y del entusiasmo, desde aquél punto comenzó a ver de romper los hierros de su cárcel, y como el imperio era el eterno martirio de los patricios y éstos no perdonaban medio para sacudir su inmensa pesadumbre, Lucano se asoció a la conspiración de Pison. Un esclavo delató la conjuración y en premio de su crimen recibió largos honores y el título de conservador del imperio (3). Por esta causa murieron patricios, damas, guerreros, muchos hombres ilustres y entre ellos nuestro gran poeta. Cuéntase que vaciló algunos instantes en la hora de morir, pretendien-

(1) *Quare inimicum sibi fecit imperatorem. Quo ambitiose imitante, non hominum tantum, sed et artium sibi principatum vindicante, interdictum est etiam causarum actionibus. Lucani vit ex. Coment. antig.*

(2) *Ei, stolidi invidia, foro, teatro, omnique poetica interdixit. Clercquius van. Jever. not. ad titul. Phars.*

(3) *Tac. ann. lib. XV. p. VIII.*

do salvar su vida por malos y deshonrosos medios, que le rebajan a los ojos de la posteridad (1).

Sin que nosotros pretendamos abonar nunca malas acciones, consideraremos que debía ser muy triste para Lucano morir a los ventisiete años, designado cónsul; ceñida de coronas la frente, de ilusiones el corazón; sintiendo la sávia de la vida latir con fuerza poderosa en sus venas y el fuego de la imaginación arder con abrasadora llama en su mente; vislumbrando los horizontes inmensos de risueño porvenir; amado tiernamente de una joven en la cual competía la hermosura del alma con la hermosura del rostro; ¡ah! era muy triste dar el último adiós a la vida cuando la doraban el encanto de tantas venturas y tan deliciosas esperanzas. Mas si Lucano faltó en un momento de extravío, arrepintiéndose pronto, rehizo su ánimo: presentó serena frente a la muerte, extendió ambas manos con tranquilidad para que le abriesen las venas; su sangre joven corrió pura, llevándose tras sí la vida; y el poeta, nublado ya los ojos, faltó de aliento, espiró recitando unos versos de la Pharsalia, versos que describían la muerte de un joven picado por una víbora en un bosque de las Gálias, y que al espirar destilaba sangre por

(1) Tac ann. lib. XV. p. VIII.

todos los poros de su robusto cuerpo (1). Sobre su cadáver inanimado y frío se inclinaba llorosa una mujer que había recogido el postrer suspiro de los labios del poeta para guardarlo en su amante pecho, y las cenizas de sus glorias para ofrecerlas a las venideras generaciones. Esta mujer era Pola Argentaria, esposa de Lucano, a cuyo cuidado debemos su magnífico poema (2).

Examinar el genio de Lucano es empresa difícil, si desestimando el propio criterio apelamos a la autoridad de los doctos. Unos le han estimado orador (3), otros historiador (4), no pocos le

(1) Tacit. Ann. XV p. LXX.

(2) Uxor Lucani Polla Argentaria, post excessum mariti Pharsaliam ejus emendavit: imó et viventem in carmini dicitu adjutase. *G. J. Voss. de veter. poet. tempor. lib. duo.*

(3) Lucanus ardens et concitatus, et sententiis clarissimus, et ut dicam quod sentio, magis oratoribus quam poetis adnumerandus. *M. Fab. Quint. Institut. orat. X.*

(4) Officium autem poetæ in eo est, ut ea, quæ vere gesta sunt, in alias species obliquis figurationibus cum decorre aliquo conversa transducat. Unde et Lucanus ideo in numero poetarum non ponitur, quia videtur historiam composuisse, non poema. *S. Isid. Etym. lib. VIII. cap. VII.* Vossius en su *Tratado de historicis latinis*, lib. I, c. 26, «Inter historicos etiam locum damus M. Annæo Lucano, Cordubensi. Quippe qui poema

han creído gran poeta (1), otros han desprecia-

suum de bello civili Cæsaris et Pompeii fide historica scripserit.»

«Sulspitius Verulanos en su epístola a Antonio Palavicino dice: «Lucanus, quum puran historiæ fidem sequatur, etian historici sustinere personam videtur.»

(1) Entre otros de los que alaban por gran poeta a Lucano, se cuenta Alfonso García Matamoros, honor y gloria de la Universidad Complutense, que tanto contribuyó al renacimiento y difusión de las letras clásicas.

At Junius Gallio ex arte oratoria gloriam sibi petendam existimavit: quemadmodum ex poesi nepos Lucanus, qui si immaturo interceptus non fuisset obitu, non est quidem dubitandum, quin claros Virgili manes ad invidiam tanti decoris, quantum in ejus illuxit Pharsalia esset permoturus. Nan et ipse Nero Claudius carminibus tantæ sublimitatis commotus, ubique se dilatantem Lucani poesis famam invidiose premere voluit, prohibueratque ostentare vanus adsimulatione. Quod ita graviter et iniquo tulit animo divinus poeta; ut propter hanc unam causam in ejus exitium cum multis principibus viris conspirare non dubitaverit. *Alphons. Gar. Matam. De adseren. Hisp. erudit.*

Mi ilustre maestro, el señor Amador de los Ríos, dice:

Acaso no existió en la república de las letras otro ingenio que, en su primera juventud, haya recogido tantos y tan deslumbradores laureles: ninguno le ha aventajado después en sus grandes cualidades poéticas. Dotado de una imaginación prodigiosa, llena su alma de luz y de armonía, todo cuanto miran sus ojos cambia de forma y de naturaleza, tomando gigantesca

do su genio, tachándole de oscuro en las ideas, de ampuloso en las frases, de falto de inspiración

dimensiones; todo recibe más brillante colorido, desapareciendo instantáneamente las medias tintas y débiles matices. Bajo las huellas de su arrebatado pincel se convierten los arroyos en caudalosos ríos, crecen las mansas colinas, hasta erigirse en levantadas montañas, y aparecen los hombres animados de titánicas fuerzas. Cap. III, t. I. *His. crit. de la Literat. Esp. ined.*

Papiúo Stacio le alaba y pone hasta sobre Virgilio en su Genethliacon Lucani.

«Lucanum canimus: favete linguis.
Vestra est ista dies; favete, musæ,
Dum qui vos geminas tulip per artes
Et vinctæ pede vocis, et solutæ,
Romani colitur chori sacerdos...»

Sulpicio Vorulano, en su carta en otro lugar citada, comparándolo con Virgilio; dice: «Magnus prefecto est Maro, magnus Lucanus; adeoque prope part, ut qui sit major, possis ambigere Summis enim uterque est laudibus eloquentiæ cumulatus Dives est et magnificus Maro; hic sumptuosus et splendibus. Ille maturus, sublimis, abundans: hic vehemens, canorus, effusus Ille venerabilis pontificio modo quadam cum religione videtur incidere: hic cum terrore concitatus imperatorio. Ille cura et diligentia cultus: hic natura et studio perpolitus. Ille suavitate et dulcedine animos rapit: hic ardore et spiritu complet. Virgilius nitidus, beatus, compositus: Lucanus varius, floridus, aptus.

Marmontell, en sus *Poesies fugitives* le ha consagrado los siguientes versos:

y sobrado de palabras (1), pero todos han convenido en que poseía grandes y eminentes cualidades. Tal confusión se ha movido en el mundo

«Le seul Lucain cherchant une autre gloire
Sans le secours des enfers, ni des cieux,
D'un feu divin saitt animer l'histoire,
Et son génie en fait le merveilleux.»

El célebre Montaigne, dice:

«J'aime aussi Lucain, et le pratique volontier, non tan pour son style que par sa valeur propre et la verité de ses oppinions et jugemens.» *Essais* L. II. C. 10.

Voltaire le ensalza en estos términos:

«Lucain génie original, a ouver une route nouvelle. Il n'a rien imité; il ne doit a personne, ni ses beautés, ni ses défauts...» *Ess. sur la poes. epique*, ch. 4.

Morhofio nos dice lo siguiente respecto a la estima en que algunos hombres eminentes tenían a Lucano.

Hugo Grotius tanti cum fecit, ut, referente patino in Epistolis, illum perpetuo in sinu gestaret, et numquam sine Lucano ambularet. *Polyhist Liter. Philosof et Pract* L. IV. G. XII.

(1) Lucain avait été eleve dans les exercices oratoires: il avait retenu de cette éducation l'habitude de composer un discours, de chercher des traits, de viser a l'effet oratoire; de lá, en effet, dans les harangues qu'il fait tenir á ses personnages, un certain arrangement qui n'est pas sans habilité, des traits, des effets, une chaleur de pleidoyer: mais de la aussi, le declamation, l'emphése, le lieu comun, la multiplicité des monologues et des discours. *Nisard. Etd. sur les poet. lat. de la decad.*

literario al juzgar a Lucano, que apenas con los ojos puestos en el poeta y en su siglo se atreve la mente a dar un juicio decisivo y firme.

¿Puede dudarse que Lucano es poeta? La poesía es la fuerza creadora que reside en el hombre, la manifestación de su íntima naturaleza, la esencia misma del alma encarnada en la forma ingénita de la idea, en la palabra. La poesía es el resumen de todas las artes; como la música, combina el tiempo y produce admirables cadencias; como la escultura, graba y esculpe grandes ideas en los espacios; como la pintura, refleja la naturaleza; y así inspirada recorre las esferas de la vida, las escalas de la creación, los círculos de la inteligencia, la serie posible de las ideas, el tiempo, la eternidad, y es respecto al hombre lo que respecto a Dios es la maravillosa creación. La fuerza creadora: he aquí la primer cualidad del poeta, esa fuerza que puebla de seres ideales los espacios. Y admitido esto ¿es posible negar a Lucano los timbres de poeta? Léase la *Pharsalia*, examínense los caracteres que anima, las ideas elevadas que derrama como brillantes centellas, los sentimientos que mueve y levanta en el corazón, la magnificencia de sus descripciones, en que se ve circular la vida de la creación en su pristina pureza; léase la *Pharsalia* y se advertirá escondi-

da allí como la perla en su concha el alma de un poeta. Muchos críticos han por extremo encarecido sus defectos y han olvidado cuáles eran los defectos de su siglo. La libertad romana había muerto: el sagrado campo de Cincinato se había convertido en praderas y jardines de Nerón; el genio no podía volar libre por los espacios infinitos y ocultaba en pobre larva sus matizadas alas el antiguo ideal del arte romano; Grecia había perdido con su independencia su genio, como si la tristeza de la esclavitud hubiera ahogado su voz; Alejandría, maestra en aquella sazón del mundo al recibir el genio del Oriente, había desconcertado las armonías clásicas; la luz del Olimpo se apagaba, los dioses griegos y romanos se morían; la severidad del estoicismo infundía miedo a las artes; todos los sistemas filosóficos eran protestas vivas contra la religión, esa musa del cielo; el mundo antiguo estaba tocado del presentimiento y del temor de su próxima ruina y buscaba en la orgía del imperio un sudario de púrpura y un brillante sepulcro; hasta el fondo del Mediterráneo, ese mar tranquilo como la eterna alegría de los antiguos dioses, exhalaba quejidos de muerte; y la duda corroía todas las inteligencias y la desesperación secaba los manantiales del sentimiento en todos los corazones.



Esta edad era infeliz para el genio. Así, aunque Lucano fuera poeta. la inmensa pesadumbre de aquella atmósfera debía ahogarle. Él poseía en grado eminente la fuerza creadora. Si su siglo era estéril en creencias, si se habían agotado los manantiales de la inspiración, si el aire sofocante de los salones y certámenes académicos secaba la mente, si la esclavitud tornaba oscuros y sutiles a los más claros y grandiosos genios, cúlpese, no a Lucano, cúlpese á su siglo. ¿Es dado al hombre modificar con su aliento la atmósfera en que respira? Juzgar al poeta aisladamente, es achaque de una crítica falta de elevación y de grandeza.

Y dado que Lucano sea poeta ¿es un poema la Pharsalia? Nadie ignora su argumento. Su nombre lo dice. Pinta aquella gran ocasión en que murió a las plantas de César defendida por Pompeyo en los campos de Thesalia, la república romana. Como se vé, sin que yo lo indique; su argumento es eminentemente histórico. Y volvemos a preguntar, ¿es un poema la Pharsalia?

Para responder a esta pregunta convirtamos los ojos a las leyes fundamentales de la historia, y consideremos la naturaleza del poema épico (1).

(1) No puedo continuar sin declarar aquí que me sirven de principal guía en estos estudios las ideas que

Así como la poesía lírica es eminentemente subjetiva, la poesía épica es eminentemente objetiva: la primera es la voz de un hombre, la segunda es la voz de un siglo. El poeta lírico puede transformar en su mente y en su corazón todas las ideas recibidas de su siglo: el poeta épico no debe aparecer en su obra, a manera de esos sublimes arquitectos de la Edad media, que ideaban y construían una maravillosa catedral y no se curaban de escribir sus nombres ni en una sola piedra.

La Poesía épica tiene como la historia antigua tres momentos: es divina, es heróica más tarde y por último es humana. La poesía épica divina la componen los cantos cíclicos, la historia primitiva de los pueblos antiguos, cuyos actores son los dioses que llenan los espacios de la tierra. Esta poesía precedió a Homero y es la base de los primitivos mitos de Grecia. La poesía épico-heróica es el segundo desarrollo de este género literario.

he recogido en las cátedras de esta Universidad, de los lábios de mis dignísimos maestros los señores Núñez Arenas, Camus, Amador de los Ríos y Sanz del Río, a cuyas elocuentes lecciones debo mis conocimientos en literatura general, en literatura latina, en literatura española y en filosofía. Tengo un placer singular en tributarles mi admiración, mi respeto y mi eterno agradecimiento.

El protagonista ya no es un dios, sino un hombre; el sacerdocio es reemplazado por la monarquía; y aunque los héroes son hijos de los dioses, como la edad heróica es hija de la edad divina, una idea humana centellea en todos sus cánticos. Esta edad se halla representada por el divino Homero. La edad heróica procede de la edad divina, como la flor procede de la semilla; y la edad humana procede de la edad heróica, como el fruto procede de la flor. Esta última edad se halla representada por la Pharsalia del inmortal Lucano. En el período que la Pharsalia comprende, la poesía épica es muy difícil: existe ya una sociedad asentada sobre sólidas bases, y los acontecimientos dependen, más bien que de la voluntad del hombre, de la dirección que toman las fuerzas sociales; la historia severa quita al héroe humano el brillo de que está cubierto el héroe divino; y los preparativos, los medios de que se ha de valer el hombre para grabar la pura idea de su mente en la realidad siempre impura, siendo como son cálculos más bien que inspiraciones, no pueden compararse con los medios maravillosos empleados por un dios, que todo lo saca de su poder, o por un héroe que tiene misteriosas relaciones con el cielo y ve siempre flotar en los aires un genio superior, que le remueve los obstáculos, y le auxilia

en sus empresas, y le muestra el camino de la vida. Lucano, pues, no pudo exentarse de las condiciones de su siglo. Examínese la *Pharsalia*. La historia es su musa, sus héroes hombres cercanos al siglo del poeta; lo maravilloso apenas aparece en el poema; las pasiones humanas son su objeto, la lógica de los hechos su procedimiento, la política su maestra; la naturaleza no toma parte alguna en la acción sino como un gran teatro; y los pensamientos principales nacen del fondo de la sociedad de aquel tiempo más bien que de la arrebatada mente del poeta (1).

¿Deja por eso Lucano de representar de una manera objetiva su siglo? No; ningún poeta hay más fiel que Lucano al espíritu de su tiempo. El nos presenta la idea religiosa, la idea política, la idea filosófica de su siglo. Muchos críticos le han

(1) Así el eminente crítico Bähr ve en la *Pharsalia* un poema histórico. Durch die Behandlung des Stoffs in chronologischer Folge und durch die getreue historische Erzählung der einzelnen Ereignisse, welche alle Fiction ausschliesst, die der historisch beglaubigten Erzählung widerstreiten würde, entfernt sich freilich dieses Gedicht von der eigentlichen epischen Darstellung und nähert sich mehr der Art von historischen Gedichten, wie sie in Alexandria aufgekomen waren und später in Rom grossen Beifall gefunden hatten. *Geschichte der römischen Literatur.*

afeado que no presentara los dioses griegos, ni por regla general casi ninguna divinidad como elementos de acción en su poema (1).

Pero entonces, preciso es confesarlo, Lucano no hubiera representado tan admirablemente como representa su siglo. Al ahuyentar los dioses de su poema, nos muestra que se ahuyentaban del mundo. Y en efecto, los dioses griegos habían muerto; ya no resonaba entre los laureles y mirtos de Tesalia la lira de Apolo; de los sagrados bosques de Lyceo huían los resplandores de la corona de Júpiter; la copa de Ganímedes que encerraba el néctar de la vida divina se había quebrado; las praderas de la Arcadia no repetían los ecos de la

(1) Esta ausencia de las divinidades griegas que yo considero como uno de los principales méritos de la *Pharsalia*, ha sido váriamente juzgada por los críticos. Véase como se expresa Nisard, que en esta ocasión comprende mejor el espíritu del poeta, si bien siempre con notoria superficialidad.

Lucain á exclu les dieux de la Grèce: il faut lui en savoir gré. Virgile et Ovide les avaient pris à Homère; c'était déjà beaucoup. Ces dieux étaient usés, tout le monde en avait assez, si ce n'est Stace qui en eut toujours besoin pour donner des origines divines aux chevaux des eunuques de Domitien ou aux platanes de ses amis. Mais q'est-ce que Lucain a mis à leur place?—La Fortune.—Belle Découverte! *Etudes sur les poét. lat. de la decad.*

flauta del dios Pan, ni las orillas del Alpheo resonaban con los cantares de las ninfas; el mar de Corinto, al unir sus olas con el mar de la Jonia y besar las siempre floridas riberas, se quejaba de la ausencia de las Nereidas, que habían desaparecido como blancas espumas deshechas por el soplo de las brisas; Grecia, la citera de las naciones, la musa del mundo antiguo, su sacerdotisa, abandonada de sus poetas, de sus filósofos, de sus guerreros, agotada aquella imaginación que había producido el eterno ideal del arte, apagado su pensamiento, extinguida su inextinguible risa, caía entre ruinas, desapareciendo del mundo de la historia, desgarrada de dolor, herida como la divina Niobe por invisibles pero aceradas flechas.

Y si la religión griega había muerto ¿podía inspirarse Lucano en la religión romana? No; la religión romana es el culto de lo desconocido (1). Los más grandes repúblicos de Roma ignoran el nombre de sus dioses (2). El númen de la ciudad

(1) *Ipsi Romani et Deum, in cujus tutelà urbs Roma est, ut ipsius urbis nomen ignotum esse voluerunt. Macro Saturn. 111, 9. Nihil loquor de pontificio jure, nihil de religione, cæremoniis. Non dissimulo me nescire ea. Cic. pro domo. 46. Non sum in exquirendo jure augurum curiosus. Ib. 15.*

(2) *Verum Nomen numibus quod urbi Romæ præest.*

eterna yace oculto en su seno como un secreto inefable (1). Roma no tiene fé en sus dogmas religiosos (2). En el Panteón están reunidos todos los cultos, presos todos los dioses, y todos al dejarse esclavizar muestran su incurable impotencia (3). Las armas de Roma son el gran martillo que tritura y pulveriza el paganismo. Los bárbaros acabaron con los marmóreos cuerpos de los dioses; pero fué cuando Roma había acabado ya con sus almas. La religión romana, poseida de eterna duda derrama en el ánimo tristeza y pavor (4). Lucrecio, al ver que cada partido de Roma tiene sus dioses, duda de todos, porque no han abismado en lo profundo a la prostituída reina de la tierra. Al llegar el imperio, los Césares sólo quieren a los dioses para esclavos (5). ¿Qué debía

sciri sacrorum lege prohibetur; quod ausus quidam tribunus plebis enunciare, in crucem est sublatius. *Servius ad Æneid.* I 447. II. 198.

(1) Nunc vix nomen notum paucis. *Varr. L. L. V. P.* 50.

(2) Véase *Le génie des Religions par Quinet.* L. VIII.

(3) Peregrinos deos trastulimus Romam, et institui-mus novos. *Tit. Liv. V,* In Capitolio enim Deorum omnium simulacra colebantur. *Serv. ad Æn.* 11.

(4) Reliquio, id est, metus. Ab eo quod mentem religet, dicta religio. *Serv. ad Æneid.* VIII.

(5) Deos enim accepimus; Cæsares dedimus. *Ad. Tiberi Prol.*

hacer Lucano delante de este universal escepticismo? ¿Debía por ventura resucitar aquella religión muerta en la conciencia del mundo, aquella aniquilada teogonía? No. Cuando en las llanuras de Thesalia ciñe lauro vencedor César, el poeta busca en el cielo el rayo de Júpiter pidiéndole que destruya al destructor de la patria libertad, y al ver que Júpiter no le atiende, le maldice y le desprecia, mostrándole en son de burla el espectáculo ofrecido por el imperio, en que un hombre recibe, sin duda para castigar al cielo, el incienso y los honores guardados antes a los dioses (1). ¿No pinta así Lucano la conciencia de Roma? ¿Hubiera hecho algo más el Dante para pintar la conciencia del mundo en la edad Media?

Examinado ya como presenta Lucano la idea religiosa de su siglo, veamos como nos presenta al par su idea filosófica. La escuela estóica dominaba con gran preponderancia en Roma. Esta escuela, nacida en Grecia, unía Dios al mundo como el espíritu al cuerpo, lo racional a lo sen-

(1)Cladis tamen hujus habemus
Vindictam, quautan terris dare numina fas est,
Bella paris superis facient civilia divos;
Fulminibus manes, radiisque ornabit, et astris,
Inque Deum templis jurabit Roma per umbras.

sible, la vida fugaz del individuo a la vida universal de la especie, y tenía las acciones particulares por elementos de la ley total del mundo, y la actividad por el ejercicio más digno del alma; y enseñando que la razón regula el instinto, fuente de todas nuestras obras, y dividiendo la virtud en conciencia que nos avisa del bien y del mal, templanza que modera nuestros ímpetus, fuerza de voluntad que nos lleva a nuestro fin, y justicia que armoniza nuestra vida con la del mundo y con la de toda la humanidad, inclinaba al hombre a ser consecuente consigo mismo, le desligaba de las malas pasiones, le convertía a vivir vida feliz, y le preparaba para morir bienhadada muerte (1). Esta filosofía estaba destinada a ser la madre de ese gran río de ideas que recoge los caudales de toda la antigüedad, y que se llama derecho romano, La filosofía estóica de desarrollo en desarrollo llega a Séneca, que es su gran mantenedor en Roma, Séneca subordina la lógica y la física a la moral, ensalza la razón, condena la demasiada ciencia, crece fácil la virtud, difícil el vicio, truena contra los dioses paganos, traza el ideal del hombre virtuoso, y excita a la voluntad a tener por norte de sus acciones el bien, por fin

(1) Stob. ecl. II y Diog. Laer VIII.

la justicia que da paz al corazón, luz a la mente (1).

Lucano personifica la idea estóica en Catón (2), su más grande y sublime emblema. Catón lleva en su mente las tradiciones romanas, y en su pecho el fuego del amor a la libertad; vive antes que para sí para la patria; su razón sigue la virtud con pie incansable; su voluntad de hierro doma la naturaleza de su cuerpo; el dolor se estrella a sus plantas; las alegrías del mundo no tienen eco en su corazón; fiel siempre a su pensamiento, lo acaricia con más fe cuando le vuelve las espaldas la fortuna; únicamente su genio se atreve en el mundo antiguo a desafiar al destino; sus acciones, más que de un hombre, son de una clase social, más que la obra de un momento, la consecuencia de un sistema, y así, cuando la antigua

(1) Ep 64, 6, 53.

(2) «Le personnage le plus important de la *Pharsale*, après César et Pompée, c'est Caton. Il était facile de faire un portrait vrai de Caton. Le stoïcisme lui donnait je de sai quoi de guindé qui convenait à l'enfleure de Lucain. Aussi est ce le meilleur de ses portraits. J'aime mieux le Caton de Lucain que son Pompée et son César; il a du moins une certaine unité, et s'il est exagéré quelquefois, il n'est jamais faux. Il prononce quelques belles paroles qui lui font honneur comme stoïcien; sinon comme homme d'Etat, *Nisard. Etud. etc.*

libertad aristocrática ha muerto, cuando el gran demagogo, el compañero de Catilina, el sucesor de Mario se apercibe a subir cónsul, tribuno, dictador y sacerdote al Capitolio, Catón después de haber dormido dulcemente como si cobrara fuerzas para largo viaje y al despertar contemplara el cielo azul y el mar tranquilo, lee la república de Platón, en la cual había siempre vivido en espíritu, invoca el genio de la patria, mira con mirar sereno el abismo de la eternidad, se rasga las entrañas, y al morir se lleva al mundo de las sombras en su último suspiro el alma de la antigua Roma. El cielo estaba vacío de dioses, el mundo de dogmas religiosos, y Lucano llena el mundo con la sombra de Catón, y puebla el cielo con las ideas estóicas.

Pero revelada ya la idea religiosa y la idea filosófica en el poema, ¿qué debía hacer para coronar su obra? Revelar la idea política. Y bajo el yugo del imperio, vivos aún los recuerdos de la república, despertar la memoria del último día de la libertad era una gran empresa. La lucha entre César y Pompeyo es mas grande aún que la lucha de Príamo y Agamenon; es el combate del genio exclusivo de Roma, personificado en Pompeyo, con el genio expansivo de la humanidad, personificado en César. Contemplemos este acon-

tecimiento, y veamos como lo presenta Lucano.

Examinad, Excmo. Sr., el mundo, y lo encontraréis dominado por la ley de contradicción; examinad la conciencia humana y la vereis por la ley de contradicción regida; examinad la historia, y la encontraréis basada en esa misma ley. Querer acabar con la lucha de los principios y de las ideas, es querer acabar con la sociedad y con el hombre. Sólo así se desarrolla el espíritu humano en el tiempo, y sólo así es posible el progreso. Esta ley de contradicción eterna, invariable en la conciencia humana, se manifiesta en Roma por la lucha de patricios y plebeyos, que, como ha dicho Vico, es el ideal de la historia de la humanidad. Yo no diré si los patricios eran pueblo conquistador y pueblo conquistado los plebeyos; pero sí que los primeros eran la concentración de todos los derechos, y los segundos la concentración de todos los deberes. La esclavitud debía pesar al pueblo con inmensa e incontrastable pesadumbre, hasta que un día el anhelo del derecho se posesionó de su corazón. Entonces pidió intervención en el gobierno, y la obtuvo: sentóse a las puertas del Senado, e interpuso su veto; penetró como rey en los comicios; leyó el secreto de las leyes y su interpretación; logró el *jus connubium*; ciñóse la túnica de los augures; puso

sus manos en las aras de los dioses, y forjó para sus sienas, con sus lentas, pero continuas victorias, la corona del derecho.

Mas esta revolución no había llegado sino a la política, y tendía por una fuerza ciega a descender al profundo seno de la sociedad. Esta última consecuencia de la revolución romana era combatida tenaz y duramente por la aristocracia. La oposición entre los dos principios se manifestó de una manera terrible. El tribuno era el representante de la revolución, el senador, el representante de la resistencia, y esta lucha, que en la esfera política había sido fecunda en derechos y en progresos, al llegar a las entrañas de la sociedad, se planteaba de una manera triste, pavorosa; no había remedio, estaba próxima la muerte de la república. La libertad podía haber concedido dignidad al pueblo, pero no había marcado su hambre. El pueblo romano había de adorar al hombre que, aún a costa de la libertad política, resolviese el grande, el pavoroso, el inmenso problema social. Los plebeyos pedían participación en las herencias por los reyes legadas a Roma, y que los territorios conquistados no se acumularan sobre familias privilegiadas, y después de muchas leyes, de infinitas proposiciones de los tribunos, se había visto que la república

no podía llenar estas tenaces aspiraciones del pueblo; y su alma, desbordada, iba rompiendo, como una gran inundación, los valladares y diques fortísimos que la contenían y aprisionaban. Sí la quiso exterminar a los plebeyos, pero mataba a los individuos, y de sus restos renacía con más fuerza la idea social alimentada por torrentes de sangre. Mario perseguía a los patricios, y su espada destruía con sus golpes todas las columnas de la antigua república. En estas luchas crecía en influencia la clase de los caballeros, término medio entre patricios y plebeyos, y que ora volvía los ojos al pueblo, ora al patriciado, según las varias oscilaciones de la fortuna. Esta clase estaba representada por Cicerón, que al mismo tiempo que pide en la oración contra Verres que el derecho de juzgar no sea exclusivo del Senado, pide, oponiéndose a las proposiciones de Rulo, que la ley agraria sea condenada como el más gran mal que puede sobrevenir a la república (1).

Esta clase media era en aquella sazón para los patricios único amparo. Ella y sólo ella pudo ahogar en sus brazos a Catilina, imagen fiel de la idea social que hervía en el seno de Roma y desgarraba las entrañas de la república. Conservar

(1) In Verr. I. de Leg. Agraria, I.

la república: hé aquí el grito de los patricios y de los caballeros. Lograr la revolución social; hé aquí el instinto de los plebeyos. La primer idea, la idea de conservación de la república, engendró a Pompeyo; la segunda idea, la idea social, engendró a César. Pompeyo y César, Excmo. Sr., son los dos héroes de la Pharsalia. ¿Podía darse un principio más grande, una idea más poética, una lucha más titánica? No, la Pharsalia, pues, había escogido el más bello y más grande de los argumentos posibles.

Pompeyo es para Lucano el representante de la antigua libertad y el héroe principal del poema. Por eso le presenta grande. La historia no conviene con el sentir del poeta. Mas, ¿qué mucho que le presentara grande si Pompeyo personificaba la libertad, que perdida lloraba Lucano? Pompeyo había conseguido por fáciles victorias difíciles premios. Tenía desmedida ambición; pero ignoraba el camino por donde llega el repúblico al término de sus deseos. Sus guerras extranjerías podían consistir en grandes batallas; mas sus luchas políticas y sociales consistían en pobres aunque sangrientas escaramuzas. Quería que la ciudad le conquistara a él, como si fuese Pompeyo más gran conquista que Roma. Más gustaba de oír los aplausos de las gentes que de preparar el juicio

de la historia. En momentos en que toda Roma le aclamaba, por no chocar abiertamente con ninguna clase, las movía a todas a la guerra, y acababa por enagenarse todas las voluntades. Pompeyo se contentaba antes con el brillo que con la realidad del poder; por una lisonja abandonaba una victoria, por una fiesta popular, una conquista; por sus clientes y sus aduladores, la salud del pueblo; y se encerraba en fórmulas oraculares; y así era imposible adivinar el secreto de su pensamiento, ni conocer el vuelo de su voluntad. El destino, indignado de que la encarnación de la libertad romana fuese tan pobre, le preparó una muerte gloriosa. Pompeyo debió besar la mano que le hería, como dispensadora de la inmortalidad; porque al fin le hizo mártir. Reconociendo nosotros como reconocemos el carácter de Pompeyo, ¿debemos concluir de ahí una acusación contra Lucano porque le coronara héroe principal de su obra? No. Lucano no podía inventar un héroe. Quería cantar la antigua libertad romana, y se encontró con que la representaba Pompeyo. Y le exaltó como se exalta siempre una gran personificación. Y hay evidentemente resplandores poéticos en esa figura que corona como una estatua la república. De esos resplandores se aprovechó Lucano. y trasfiguró en su alma el alma del héroe.

Frente a frente de Pompeyo se levantaba César. Confieso, Excmo. Sr., que César cautiva la mente, como todos los recuerdos clásicos. Era grande por sus virtudes y grande por sus vicios. Llevaba la abnegación hasta el sacrificio, y la venganza hasta la barbarie. Nadie le aventajaba, ni en lo magnánimo, ni en lo cruel. Con los ojos puestos en su fortuna, fué matemático, porque necesitaba las matemáticas para la guerra, y la guerra para lograr el imperio; astrónomo, porque conocer los astros era dominar a los supersticiosos señores de la tierra, que se asustaban del canto de una cigarra, del vuelo de un cuervo, del brillo de una exhalación; historiador de sí mismo, porque, como todas las grandes almas, vivía con el pensamiento, más que en lo presente, en lo porvenir; orador, porque la palabra era en los comicios y en el Senado lo que la espada en los campos; poeta y dado al amor y en el vestir galano, porque con todas estas cualidades se ganaba el corazón de las mujeres, y con el corazón de las mujeres la mitad de Roma; espléndido, disipado, vicioso, cargado de deudas, porque así daba pan y gladiadores al pueblo, cuyos vicios y virtudes personificaba; y a pesar de su proverbial afeminación y de su natural delicado, en las marchas andaba a pie cincuenta millas por

día; en los sitios era el primero que llegaba a la brecha, y en los combates parecía feroz león de la Numidia. Este es el hombre; ¿y el guerrero? Como guerrero no tiene rival en el mundo antiguo. Pasea sus gloriosas enseñas por Grecia, destroza con sus hachas los bosques drúidicos de las Gálias, penetra en la nebulosa Bretaña, pasma a los reyes de Egipto, se corona vencedor en Alejandría como si quisiera eclipsar con la lumbre de su gloria la gloria de Alejandro, arrastra su carro triunfal por el Asia; y su genio inquieto le lleva a disparar el rayo de la guerra en las orillas del Rhin, en las selvas de la Germania, como si presintiera que en su seno ocultaba el destino a los ejecutores de las grandes sentencias divinas, a los futuros verdugos de su patria. ¿Y como político? Antes de su imperio, Roma pesaba sobre la tierra y él preparaba la ciudad eterna a todas las gentes y a todos los pueblos. El Senado gobernaba al mundo como el señor al esclavo, y él señala asiento en aquel asilo de las tradiciones sagradas a senadores extranjeros, que van apoderándose del espíritu de Roma para convertirlo en el espíritu del mundo. La aristocracia romana, orgullosa con sus tradiciones, se encierra en sus antiguas fórmulas y derechos, y él la modifica profundamente, creando nuevos patricios, nacidos en

humilde cuna, y rompiendo así la valla de los antiguos privilegios. El pueblo rey se moría de hambre, la mayoría de sus hijos no tenía una piedra donde reclinar la frente agobiada de laureles, y él resuelve la gran cuestión social, repartiendo entre el pueblo las tierras de la Campania, región dulce y fértil de Italia. La aristocracia no podía consentir tal política, e hirió a César; pero al caer, después de haberse defendido heroicamente, desarmado más que por el valor de sus asesinos por la ingratitud de su hijo, cae artísticamente, como apuesto gladiador thracio en el circo.

El alma de César no huye de Roma, porque eternamente permanece en el imperio. Mas para Lucano ¿qué era César? La personificación del despotismo. Y visto de cerca el gran dictador, ignorada del poeta la idea providencial por él cumplida, no es maravilla que achaque a su ambición el nacimiento del imperio, y no vea ni sus virtudes ni sus glorias. Lucano, en la *Pharsalia*, protesta contra el despotismo, y al protestar contra el despotismo, no puede presentar en toda su magnitud la figura de César. Para él, César es el iniciador del imperio, el que ha inaugurado las delaciones, el que ha puesto la primer piedra de esa gran cárcel donde yace cautivo su genio.

En algunos instantes siente su grandeza, la manifiesta sinceramente, y en tal grado, que algunos críticos han creído ver en la *Pharsalia* la exaltación de César. Pero compréndase que Lucano y la aristocracia romana diezmada, herida en sus derechos, expropiada, sujeta al carro de los emperadores, rodeada de zozobras, y esperando en cruel y perdurable agonía que a cada instante la mano del déspota les arrebatare sus mujeres, sus hijos, hasta su misma existencia, debían mirar al inaugurador del imperio con frío miedo en el corazón y eterno llanto en los ojos.

Y sin embargo, el mismo imperio, ¡qué idea tan grande, tan maravillosa cumple en la historia! El imperio déspota de Roma es salvador de la humanidad. El imperio, para realizar la idea de igualdad en el mundo, martiriza a la martirizadora de las naciones. El imperio abre su trono a todas las gentes. Así todas las razas de la tierra, los españoles, los galos, los italianos, los griegos, los orientales, los mimos godos, suben al trono del mundo a coronarse con la aureola del derecho romano. La ciudad no se queda aislada en sus siete colinas, la libertad no se cierne sólo en sus horizontes, el derecho de ciudadanía no vive en aquel su pequeño espacio, sino que se extiende a toda la tierra, a todos los hombres, y crea así

la humanidad, haciendo de ella un solo cuerpo, para que el soplo del cristianismo le infunda un solo espíritu. ¡Y qué presentimientos tan grandes agitan al mundo! ¡Cómo parece que la idea cristiana se respira en los aires! Examinad, excelentísimo señor, de qué manera preparan aquellos emperadores, deshonra del mundo, el advenimiento de la buena nueva, y os quedareis ofuscado por la luz que derrama en la historia la Providencia. Los emperadores que no conocen freno a sus pasiones, santifican la familia, endulzan la suerte del esclavo, levantan de su abatimiento a la mujer, protegen al gran tribuno de la libertad civil, al pretor; y así Tiberio establece el crédito territorial sin interés (1); Nerón distribuye gratuitamente la justicia, ese pan del alma (2); Domiciano iguala con los caballeros a los plebeyos; el imbécil Claudio hace inviolable la vida del esclavo como la del hombre libre (3) y protege a la madre privada de sus hijos; Conmodo, Alejandro, procuran liberar a la esclava de la prostitución y guarecerla en la ley contra las injurias de sus señores; Caraca-

(1) Factaque mutuandi copia sin usuris. *Tac. an.* 6. 17.

(2) Merced em pro subselliis nullam omnino darent, præ ærario gratuita. *Suet. Nero*, 17.

(3) Quod si quis necare quem mallet, quam exponere, cædis crimine teneri. *Suet. Claud.* 25.

lla, más innovador que Mario, más justo que Catón, da el derecho de ciudadanía a todos los hombres (1), y todos esos emperadores, deshonra del linaje humano, eterna afrenta de la historia, unen sus maldecidos nombres a la obra más gloriosa del pueblo rey, a la obra del derecho, ejemplo fiel de que la idea de un siglo es como el oxígeno de la atmósfera en que respira el alma.

El presentimiento de la verdad cristiana en filosofía por el estoicismo, es la sociedad por el derecho; hé aquí la ley de este siglo. Y este presentimiento general que el mundo tiene de la verdad cristiana ¿no resuena en el corazón del poeta? ¡Oh! sí. Parece que las áuras de la buena nueva circulan por sus versos. El destino no pesa ya sobre los héroes de la Pharsalia. La fortuna, genio más grato, más humano que el ceñudo destino, es una transformación de la idea tiránica que gravitaba sobre el arte griego. El hombre es dueño de sus acciones y de sus acciones responsable. Sólo ese presentimiento de la nueva idea explica que nos ofrezca el poeta a Catón vencido por el destino, y revolviéndose contra sus decretos en esta sentencia: «*Victrix causa Diis placuit: sed*

(1) In urbe romano, qui sunt. *Ulpia. Dig. tit. V. t. 2.*

vieta Catoni» (1); revelación de un nuevo pensamiento en la historia. La idea del destino se trasformaba progresivamente hasta llegar a la idea de la Providencia, que enseña la nueva religión.

La mujer, que ha sido doblemente redimida por la religión cristiana, se muestra ya rodeada de todo su esplendor en la Pharsalia. Cornelia, errante por las riberas de Lesbos, dando sus lamentos a las brisas del mar, para que los lleven a oídos de su esposo; sin más placer que mirar al horizonte para descubrir las velas de sus naves; profeta que presiente las desgracias del que ama; ángel de bendición que vierte el bálsamo de sus lágrimas en todas las heridas; pobre víctima que no anhela reinar en el mundo sino en un solo corazón; resignada mártir que busca en la tierra una pequeña gruta donde guarecerse como la paloma con su amada; Cornelia es el boceto de la nueva idea que va a levantarse en el mundo, de la mujer cristiana, fuente de virtud en el hogar doméstico, de dulce inspiración en el arte (2).

Pero donde veo la intuición divina del poeta, es en el momento en que presiente la suerte que

(1) Phar. C. I.

(2) Véase cuan tiernos y dulces son los siguientes versos:

vá a caber a la libertad después de la batalla de Pharsalia. No en vano los pueblos antiguos confiaron a los poetas el sacerdocio, descubrieron en ellos el don de la profecía. Esas almas que penetran en las profundidades más ocultas del pensamiento, deben, transfiguradas, por la inspiración, penetrar en los secretos de lo porvenir. Así Lucano, entristecido el corazón por la rota de Pharsalia, nublada la mente por el vapor de la sangre, se acuerda dolorosamente de Italia, y contemplándola entregada a perdurable esclavitud, vuelve por doquier los ojos en pos de la libertad herida, sin duda porque no puede creer en su muerte, y la ve alejarse de la civilización, atravesar el Rhin, perderse en los bosques de la ignorada Germania, y reanimar con su soplo vivi-

«...Sic est tibi cognita magne,
 Nostra fides? credisne aliquid mihi tutius esse,
 Quam tibi? nonne olim casu pendemus ab uno?
 Fulminibus me, sæve, jubes, tantæque ruinae,
 Absentem præstare caput? securâ videtur
 Sors tibi, quum facias etiam nunc vota, perisse!
 Ut nolim ser ire malis, sed morte parata,
 Te sequar ad manes; feriæ dum mœsta remotas
 Fama procul terras, vivam tibi nempe superstes.»

Phar. Lib. V.

ficador nuevos pueblos (1). Lucano, genio levantado entre dos mundos llora la muerte de la libertad en Roma, hecho que pertenece a la historia, y canta la renovación de la libertad en Germania, hecho que pertenece al presentimiento divino del poeta.

Pero donde más se conoce la revolución que iba minando el mundo antiguo, es en la manera con que Lucano pinta la naturaleza. Hasta su tiempo el paganismo había puesto en cada ser un aliento del alma del hombre. Lucano considera ya la naturaleza como un ser en sí, independiente del espíritu humano. Donde se presenta más plásticamente esta revolución es en la sublime pintura del druídico bosque de Marsella. La naturaleza ofrece todos sus tributos a esta selva: el rayo del sol no ha penetrado sus espesas ramas; dulce crepúsculo, semejante al resplandor de la luna, le ilumina de día, y las sombras se espesan en su seno por la noche; sus ramas entrelazándose, forman una bóveda que no dejan ver los resplando-

(1) «...Redituraque nunquam
 Libertas, ultra Trigrim, Rhenumque recessit.
 Ac, toties nobis jugulo quæsitâ, negatur,
 Germanum Scythicumque bonum; nec respicit ultra
 Ausoniam.»

res de la bóveda celeste; no es mansión de silveas ninfas sino de bárbaros dioses, cuyas aras cubren restos de hombres sacrificados y cuyos pedestales gigantescos destilan humana sangre. César, que lleva en sí el espíritu de renovación universal, penetra en el bosque, hiere los añosos árboles con su hacha; los dioses se quejan, mas huyen de aquel nido como manadas de cuervos, y los rayos de oro del sol rasgan las sombras y penetran en el antes húmedo y sombrío suelo derramando calor, vida y alegría (1). Esta es, al par de una descripción en que luce el genio de Lucano, una alegoría magnífica en que se ve al espíritu del hombre huyendo de la naturaleza que comienza a vivir de su propia vida. Por estos ejemplos se ve, no solo el genio superior del poeta, sino también la fidelidad con que guarda las ideas de su siglo.

Contar los bellos rasgos que encierra la Phar-

(1) «Lucus erat, longo numquam violatus ab ævo,
Obscurum cingens connexis æra ramis,
Et gelidas alte submotis solibus umbras
Hunc non ruricolæ Panes, nemorumque potentes
Silvani Nymphæque tenent sed barbara ritu
Sacra Deum, structæ diris altaribus aræ:
Omnis et humanis lustrata crueribus arbor.»

salia es empresa superior a mis fuerzas (1). El jui-

(1) Es sublime el rasgo del primer canto, que hemos citado «*Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*» que pinta admirablemente la fuerza de voluntad de un estóico.

Hablando de lo dispuesta que estaba Roma a conceder a César cuanto el gran conquistador hubiera pedido, expresa admirablemente el atrevido pensamiento que sigue:

...*Melius, quod plura jubere
Erubuit quan Roma pati.*

Lib. III. v. 111.

También, hablando del oficio de la espada, dice, con un sentido profundamente liberal:

Ignorantque datos, ne quisquam serviat, enses.

L. IV. v. 57.

Este pensamiento mereció que la revolución francesa, tan amiga de los recuerdos clásicos, lo grabara en 1789 en los sables de la Milicia Nacional.

Pintando las alternativas que sufre un hombre superior, cuando ya ha traspuesto la mitad de la vida, expresa el siguiente feliz y profundo pensamiento:

...*Sic longius ævum Destruit ingentes
animos et vita superstes imperio.*

Lib. VIII. v. 25.

Queriendo poner de relieve el desinterés de Catón, al abrazar el partido de Pompeyo, exclama:

*Nec regnum cupiens gessit civillia bella,
Nec servire timens. L. IX. v. 26.*

Bastan estos rasgos para comprender toda la trascendencia del alto genio de Lucano.

cio de los críticos podrá haber diferido en considerar el mérito del estilo, pero todos a porfía han ensalzado la grandeza de su génio. Su nombre va unido a los nombres más bellos de la historia del arte. El Dante, al pisar en el sublime descendimiento a los infiernos la región donde habitan los poetas, cuenta entre los cuatro más grandes del mundo antiguo a Lucano (1), uniendo así su espíritu al génio de la Edad Media.

He concluído, Excmo. Sr. Destinado en esta ilustre Universidad a guardar el glorioso depósito de nuestras veneradas tradiciones, he creído solemnizar este acto, evocando la memoria de un génio que es eminentemente nacional. En su riquísima sávia, en su esplendor, en el lujo de sus versos, en las flores de que siembra sus narraciones, se vé que nuestra patria ha necesitado del génio del Oriente para ser en sus obras poéticas grande y factuosa, Alejandro Humboldt dice en los *Cosmos* (2) que las descripciones en la naturaleza por

(1) Lo buon maestro cominciommi a dire:

Mira colui con quella spade in mano,

Che vien dinanzi à' tre si come sire

Quegli e Omero poeta sovrano

L'altro e Orazio satiro che viene,

Ovidio e'l terzo, e l'ultimo e Lucano.

Div. Com. Cant. IV.

(2) T. H. C. I.

Lucano tienen algo del esplendor de la naturaleza en el nuevo mundo. Basten estas consideraciones para probar la grandeza del poeta que en su obra nos presenta la idea religiosa, la idea filosófica y la idea política de su siglo con todos los colores de una imaginación que ha bebido en el cielo su divina esencia (1).

(1) Las obras de Lucano, además de la *Pharsalia*, son *Orpheus*, *Iliacón*, *Hectoris*, *Lytra Saturnalia*, *Catascomon*, *Silvarum X*, tragedia *Medea*, *Salticæ Fabulæ XVI*, *Hippamata*: todos estos escritos son en verso, y los siguientes en prosa: *Pro Octavio Sagitta*, et *contra eum*, de incendio *Urbis*, *Epistolæ excampania*, (*Castro Bibliot. Esp. T. II.*) En cuanto a ediciones, Lemaire cuenta en su magnífica edición de MDCCCXXX hasta ciento catorce preciosas ediciones. De traducciones cuenta nueve francesas, diez inglesas, siete alemanas, cinco italianas y dos españolas.

En cuanto a traducciones españolas, según mis noticias, poseemos la de *Juan de Jáuregui Hispalense*. Madrid, 1683 y otra 2.^a edición de 1790. Es la mejor de las traducciones.

Pellicer en su *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles* da la siguiente noticia: *Lucano traducido de verso latino en prosa castellana por Mateo Lasso de Oropesa, secretario del Ilustrísimo Cardenal D. Francisco de Mendoza, obispo de Burgos. Dirigido al Nuestro señor Antonio Pérez, secretario de la Majestad Católica del Rey Don Felipe Segundo en Burgos. En casa de Felipe de Frente. MDLXXXVIII.*

Castro en su *Biblioteca Española T. II*, dice:

De la *Pharsalia* en latín hay un precioso manuscrito

Cuando en el largo y escabroso camino de la historia encontramos un génio superior que levanta un pliegue del velo que oculta la naturaleza o desvanece una de las sombras que empaña el espíritu, nos detenemos extasiados saludándole con gozo, de otra suerte que el navegante perdido en tempestuosa noche saluda el amanecer, cuando aplaca y serena la tempestad y le muestra la orilla cubierta de flores esmaltadas con las gotas de lluvia, que descomponen los matices de la naciente luz; y como el navegante une su voz a la voz de la creación en loor del Ser que le ha salvado, unimos nuestra debil voz al cántico de todos los siglos, de todas las generaciones, para alabar a Dios, que nunca aparta su espíritu ni del mundo ni de la historia.

HE DICHO

en fol, menor en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, escrito primorosamente en pergamino avitelado, de letra del siglo xv, escrito en papel sin foliación con las iniciales en blanco y los títulos de encarnado, que contiene una traducción castellana de la Pharsalia. Esta traducción está en prosa y es bastante literal, sin embargo de que su autor, que es un anónimo, suele introducir alguna paráfrasis para aclarar ciertas transiciones, o para explicar la mente de Lucano en los lugares en que no queda bien perceptible, por ser la traducción en prosa. Empieza el códice con el índice del libro I, y a este índice sigue el prólogo del traductor.

EL SOCIALISMO

¿ES UN SIGNO DE DECAIMIENTO DE LA SOCIEDAD

O UN SISTEMA DE PROGRESO?

Señores:

Voy a resumir esta larga, esta importante, esta trascendental controversia. Nunca he sentido un dolor tan vivo y tan profundo al considerar la escasez de mis fuerzas y la debilidad de mi inteligencia, como esta noche, en que elevado a este sitio, ajeno a mi carácter y superior a mis merecimientos, por la benevolencia inagotable de la sección, debo resumir esta maravillosa controversia, signo seguro del progreso de los espíritus y del apogeo de nuestra revolución literaria, la cual es como el sazonado y regaladísimo fruto de aquella otra revolución política, que iniciaron al fragor de la guerra de la Independencia nuestros gloriosos padres; soldados, que recabaron el pátrio hogar por extranjera gente profanado; legisladores, que

rompieron la cadena de la servidumbre, caída sobre los hombros de nuestro pueblo, en el instante en que, saliendo del seno de la Edad media, encontraba en su mente fuego para iluminar un nuevo mundo, para vivificar una nueva creación; filósofos, que levantaron la pesada losa que aplastaba el cerebro de nuestra raza, para que nosotros, sus hijos, pudiéramos, sin temor ni a las persecuciones ni a los calabozos ni a las hogueras, consagrarnos a leer los enigmas de la ciencia, y a sondear los abismos del espíritu, conquista titánica, que exige de la generación venturosa que la posee y la disfruta un recuerdo, una lágrima de gratitud para aquella otra generación desgraciadísima, que supo alcanzarla, arrojando las iras de los tiranos, las inclemencias de la emigración y hasta la deshonra del cadalso, sin alcanzar más premio que inscribir su preclaro nombre en el eterno martirologio de la libertad y del derecho. *(Aplausos).*

Señores: El Ateneo, que cualquiera que haya sido su idea política, siempre se ha levantado con nuestras venerandas libertades, y con nuestras venerandas libertades ha caído; el Ateneo, que señala en sus cátedras, en sus bibliotecas, en sus academias, todas las fases del espíritu moderno; el Ateneo, la primer corporación científica de nuestra pa-

tria sin desdoro sea dicho de las corporaciones oficiales, que han perdido por las ideas de nuestro siglo gran parte de su poder y toda su antigua influencia, el Ateneo, con una tolerancia digna de los pueblos más libres de la tierra, convencido de que el progreso de la ciencia tiene por base la renovación constante, continúa de las ideas, ha abierto sus puertas a las nuevas generaciones; ha apercebido sus altares para recibir el fuego de la nueva vida; y nosotros debemos agradecérselo, demostrando que conservaremos, si es posible, la pureza del culto, y aumentaremos el respeto debido a este sagrado templo de la ciencia. (*Bien, bien*).

Señores: Mi situación en esta noche es dificultosísima. Yo no puedo hacer un resumen histórico de la discusión, porque no he asistido a todas las secciones, y tendré que limitarme a pronunciar un nuevo discurso. No necesito decir, porque mis ideas son conocidas, con quién está mi inteligencia en la tal controversia; pero sí necesito decir que con todos está mi corazón y que guardo muy especialmente para aquellos que han disentido de mis ideas, toda mi consideración y todos mis respetos. Señores: para resumir esta discusión, necesitaría tener las cualidades que se hallan en todos los que en ella han tomado parte; necesi-

taria ese respeto, ese amor filial que a los tiempos antiguos tiene el señor Malo, cuya inteligencia, como esas aves queridas y respetadas en la imaginación y en la memoria de los pueblos, sólo acierta a fabricar sus nidos en las sombrías bóvedas de los panteones, o en las caladas agujas góticas de las iglesias. (*Estrepitosos aplausos.*) Necesitaría el númen, la armonía que ostentaba en los períodos el señor Alcalá Galiano, digno individuo de una preclara familia de oradores; necesitaría el inagotable ingenio del señor Marichalar; necesitaría los profundos conocimientos históricos y literarios, el rigor científico del señor Maldonado Macanaz; necesitaría el claro conocimiento que de la economía tiene el señor Bona; necesitaría verme también hallado con los tiempos que corren, tan en paz con las instituciones que viven, tan dispuesto a reconocer el ideal de la justicia en los gobiernos representativos como el señor Capalleja, que ve la realidad del bien sólo en la realidad de la vida, privilegio reservado a las inteligencias positivas y plásticas; necesitaría haber entrado con gloria en nuestras academias y en nuestras asambleas, haber recogido larga cosecha de laureles en todas las discusiones que han ocupado por espacio de veinte años la mente de nuestra patria, abrazar las esferas de la vida y

de la ciencia como el señor Morón, cuya inteligencia es tan rica en ideas como en seres naturaleza: necesitaría poseer esa inmensa catarata de imágenes, de pensamientos, que todos hemos visto descender entre tinieblas a lo profundo, levantarse a las alturas en plateadas vaporosas gasas, descomponiendo en todos sus matices los rayos del sol, entrar en su lecho de flores reflejando la hermosura de los cielos, perderse en el inmenso Océano, catarata que todos hemos oído desprenderse de la rica mente del señor Moreno Nieto, con la misma religiosidad, con el mismo entusiasmo con que nos cuentan Chateaubriand y Heredia que oían la fragosa música de los inmensos caudales del Niágara (*aplausos*); necesitaría la táctica científica, el rigorismo dialéctico, la larga experiencia, la universalidad de conocimientos del señor Mata; necesitaría llevar en mi alma esa armonía que lleva el señor Echegaray, el cual enlaza las ideas con los hechos; las leyes de la economía política con las leyes del espíritu, con una elocuencia portentosa; necesitaría traer aquí la primera florecencia de la vida y de la imaginación como el señor Moret, cuyas ideas están perfumadas de un aroma tan puro como el que despiden las primeras olorosas flores que abren sus cálices al comenzar la primavera; necesitaría esa palabra dul-

ce, encantadora, del señor Sanromá, que deja una estela inestinguible en el alma; necesitaría la lógica inflexible del señor Rodríguez, lógica de dos filos, que aniquila a los enemigos, y, levantándose sobre los abismos de la ciencia, los ilumina como una espada de fuego; necesitaría conocer las leyes de la filosofía y de la historia como el señor Suárez, que parece haber conversado con los sabios de todas las edades, según la profundidad de sus pensamientos; necesitaría esa facultad que tiene el señor Moraita de hacer visibles, claras, palpables, las ideas más abstractas; facultad propia de las inteligencias brillantes y límpidas; necesitaría conocer el desarrollo de la idea del derecho en el espíritu por medio de la filosofía, y en el espacio por medio de la historia; la idea del derecho, que es la más alta y elevada de la ciencia moderna, como el señor Alzugaray; que ha consagrado a esa idea un talento sin sombras y una vida sin mancha; necesitaría ese inmenso, ese profundo espíritu del señor Canalejas, espíritu filosófico, que enlaza y sistematiza las ideas como la atracción enlaza los astros; y con todas estas cualidades, tan variadas, tan brillantes y multiformes, que no puede reunir un solo hombre, que acaso no reúna toda una generación, pronunciaría un discurso que fuera como la cente-

lleante corona de esta magnífica obra. (*Aplausos.*)

Señores: El problema del socialismo que habeis dilucidado, es el problema sin duda más grave de los tiempos modernos; es el problema de la ciencia, es la esfinge que Dios ha levantado al frente de la civilización, y que espera todavía la palabra que ha de descifrar sus enigmas. Yo, señores, creo que por el carácter particular del siglo XIX, el problema del socialismo no será resuelto por la inteligencia de un solo hombre, sino por el concurso de todas las inteligencias. Pasaron para no volver aquellos tiempos, en que un hombre resumía todo un siglo, personificaba una idea, condensaba una civilización, como Buddha representó la transformación de la India, y Zoroastro la teología y el gobierno de la Persia, y Moisés el tránsito del pueblo hebreo del estado nómada al estado civil, y Sócrates un cambio radical en toda la dirección de la vida y de la ciencia, y Alejandro la muerte de la Pitonisa de las naciones, que lega su alma al Oriente, y César el problema social de Roma, y Cicerón la incertidumbre de la filosofía de su siglo, y Constantino en el mundo pagano convertido a la nueva fe, y Juliano el gnosticismo griego, y Atila y Alarico la condensación de la barbarie, y San Isidro las pavesas que la ciencia antigua y de la civilización

clásica quedan en Europa después de las irrupciones de los bárbaros, y Santo Tomás, el Dante, Alfonso X, el arte, la ciencia y el derecho en la Edad Media, y Lutero el siglo décimo-sexto, y Voltaire el siglo décimo-octavo; grandes y absorbentes personalidades, que se alzan en los desiertos de la historia como esos inmensos colosos medio cubiertos de arena que el viajero encuentra en las soledades del Asia y del Africa, y que testifican los vestigios de civilizaciones borradas por el constante soplo de los siglos. (*Aplausos.*) Pero nuestra edad, señores, nuestra edad es esencialmente niveladora, y por el influjo de la imprenta diaria, esta gran institución que extiende y populariza la ciencia, por las asambleas políticas que han mostrado a los ojos más vulgares los secretos guardados antes en las academias; en las universidades y en las bibliotecas; por la consideración igual que van adquiriendo todas las clases; por las dilatadas esferas que la libertad ha abierto al pensamiento; por la virtud de estas discusiones en que los espíritus se chocan y despiden toda su luz para que no quede ningún secreto, ningún misterio en el fondo de la conciencia humana; por los maravillosos descubrimientos de las ciencias exactas, que han puesto en nuestras manos el vapor, la electricidad, y han rendido a nues-

tras plantas la antes indómita y rebelde naturaleza; por todas estas leyes de nuestra vida, que nadie puede ni olvidar ni desconocer, se igualan los derechos, se nivelan las inteligencias; y ya no hay hombres que representen un siglo, ya no hay monarcas intelectuales, ya no hay aristocracias científicas; pero hay lo que es más, lo que vale más que todo eso, hay la continua comunión de la ciencia en todas las almas, el eterno descendimiento del espíritu de la verdad sobre la frente de todos los hombres. (*Estrepitosos aplausos.*)

No esperéis que el problema social sea resuelto por ningún teólogo, por ningún filósofo, no; el problema social será resuelto por todos los hijos del siglo décimo nono. Esta es la importancia de la discusión que ocupa hoy la mente del Ateneo.

Vuestro tema ha consistido en averiguar si las escuelas socialistas son síntomas de progreso, o si lo son de decadencia. Yo creo que todos los que han hablado, o casi todos los que han hablado en esta discusión, han convenido en que, lejos de ser el socialismo un síntoma de decadencia, es una señal de progreso. En efecto, señores, no mueren las sociedades que se agitan y piensan mucho, no mueren las sociedades que se lanzan en pos de un ideal, por quimérico que parezca; no mueren las sociedades que hieren con su trabajo la

tierra, y con sus clamores el cielo, para encontrar nuevas fuentes de vida, no, señores; las sociedades que mueren y desaparecen son las que se entregan a estúpido fatalismo, las que no piensan ni sienten, las que se dejan caer en la indolencia, las que como cuerpos muertos interponen obstáculos insuperables en la carrera del progreso; las sociedades sobrecogidas por la atonía, como le sucedió al imperio griego en su última hora, como le sucedía al inmenso imperio español en tiempo de Carlos II. Y esto es tan cierto, señores, que los períodos sofísticos, en que abundan las escuelas quiméricas, vienen a preceder siempre a las grandes verdades religiosas, filosóficas, políticas, y sociales.

El espíritu humano no es absoluto, no es infinito, y para encontrar la verdad necesita trabajar, porque la verdad es el premio del trabajo. Así, antes de hallar la idea, que es el objeto de su actividad, el fin de su movimiento, cae, se levanta, toma sendas tortuosas, se pierde, se oculta en las ondas de los hechos más contradictorios, se desalienta, agota su idea, su esencia, como el labrador empapa con su sudor la tierra para que brote la semilla, y el industrial descompone mil cuerpos y agita sus fuerzas para formar una nueva máquina y encontrar en ella una nueva fuerza. (*Bien, bien.*)

Señores: Si dudáis de esto, poned conmigo los ojos en las épocas más grandes y más trascendentales de la historia universal, en esas épocas que señalan un cambio total en el espíritu de la humanidad.

El más gran movimiento filosófico de la historia, es el que personifica Sócrates; y el más gran movimiento religioso, el que inicia Jesucristo: y el más gran movimiento teológico, el que concluye con el concilio de Nicea, y el más gran movimiento científico, el renacimiento; y el más gran movimiento político, la revolución francesa. Pues bien: a todos estos movimientos han precedido grandes escuelas sofísticas, grandes escuelas utópicas.

La escuela sofística griega, señores, disolviendo todo lo que había de objetivo en la sociedad, las verdades más universales, los principios más admitidos, las costumbres más arraigadas, negando las cosas y los seres en sí, haciendo del hombre el número y la medida de todo el universo, presentando las contradicciones de la percepción sensible y la impotencia absoluta de los sentidos para llegar a la verdad, refiriendo todas las cosas al sujeto y todas las ideas a la opinión particular del individuo, envolviendo en el polvo de las ruinas por ellas hacinadas todos los antiguos ídolos,

negando con su fina crítica todos los anteriores sistemas, disolviendo hasta el mundo material, preparan aquel instante en que el espíritu se siente a sí mismo, se aparta de todo lo que es ajeno a su naturaleza, se conoce como ser en sí independiente del mundo, superior al mundo, centro de la vida, base de la ciencia; instante que personifica admirablemente Sócrates, el cual, después que predica la verdad y la justicia, y levanta la razón sobre todos los dioses, y la conciencia sobre todos los oráculos, cuando el génio de lo pasado, que se siente herido y lo quiere aniquilar, reclina blandamente la cabeza en el seno de la muerte como en cariñoso maternal regazo, seguro de que vá a dejar en los que han de sucederle, además del conocimiento de sí, con su doctrina y con su ejemplo la esencia más pura de su vida y de su alma. Y lo que sucede en el más gran período filosófico, sucede en el más gran período religioso. Al mismo tiempo que aparece Jesús, poco antes de aparecer en la tierra aparecen sectas que intentan despertar el amor al prójimo en el corazón de los pueblos orientales, matar el egoísmo de la raza semítica, abrir nuevas fuentes de consuelo a la humanidad en su conciencia, santificar el dolor y la miseria, caminar por la vida como por un sendero de espinas, allegar sus discípulos entre los

más humildes y los más pobres; y si bien, apartándose del sentido social y aún religioso de los hebreos, perdiéndose en el seno de los áridos desiertos, al buscar un nuevo Dios en la conciencia humana encuentra los errores de los seleúcidas, de los alejandrinos y de los gnósticos, preparan, sin embargo, con el aroma de las esperanzas mesiánicas, al corazón a recibir el consolador bálsamo de la verdad religiosa.

Y lo que sucede en el más gran período religioso, sucede en el más gran período teológico. Las escuelas gnósticas, mezclando todos los cultos, confundiendo todas las ideas, el Dios de Platón con el panteísmo materialista de la India; la kábala judía con el espíritu divino del Evangelio; las armonías pitagóricas de los mundos y las esferas con la sublime unidad del Dios bíblico, que se levanta sobre las esferas y los mundos: las mil formas ligeras, graciosas, que como transparentes gasas revisten los dioses paganos en la superficie de la naturaleza, con la encarnación del espíritu divino en el Verbo; las balbucientes palabras que desde sus trípodes pronunciaban los oráculos moribundos, con las verdades más claras y matemáticas de los estoicos; el asceticismo oriental, rígido y severo, que se esconde en el fondo de las cavernas, que toma por compañeros los brutos del

desierto, que se macera y se martiriza con el epicureismo griego, coronado de verbena, centelleante de alegría, tendido en lecho de rosas, rebosando de su copa de oro aromático vino y de su corazón el placer; el dios-naturaleza con el dios-espíritu, Grecia con Roma, Roma con Alejandría, Alejandría con el cristianismo, el cristianismo con todos sus propios delirios e ilusiones, mezclándolo, confundiéndolo todo, levantan a los ojos de la teología pavorosos problemas que la teología resuelve, y preparan aquel sublime instante de la historia, en que los mártires de la nueva religión, los perseguidos por todos los poderes, los atenaceados en todos los tormentos se reúnen triunfantes en un rincón de la tierra; y antes que el Capitolio, que ya cruje, se desplome, antes que los bárbaros, que ya ahullan, atraviesen el Rhin y el Danubio con sus teas encendidas en la mano (*bien, bien*), escriben el dogma de la nueva edad, el símbolo de la fé, que han de repetir todas las generaciones, que ha de resonar eternamente bajo las bóvedas de nuestras iglesias, que se ha de extender hasta los últimos horizontes del tiempo, hasta los últimos linderos del espacio. (*Aplausos.*)

Señores: Y lo que sucede en el más grande período teológico, sucede también en el más grande período científico. El espíritu humano al rayar

el renacimiento, anda errante, cayendo y levantándose, tomado de una embriaguez *divina* que decían los antiguos; y como fuerzas contrarias le solicitan, ora cae en la duda, ese sarcasmo del alma; ora se levanta al cielo en alas del misticismo; señores, del misticismo, que es la evaporación de nuestro espíritu; ora se hunde en el fondo de la naturaleza como piedra arrojada al seno de los mares; ora llevado de un sentido aventurero y romántico recorre todas las esferas en pos de un motivo de lucha y de combate; y siempre en la incertidumbre, siempre en la decisión, ya se abraza al pie del Crucifijo y permanece allí inmóvil como austero cenobita; ya se sorprende y se deslumbra al ver la estatua clásica medio desenterrada del polvo con el cántico de los antiguos poetas en los labios, y toma por su única divinidad tanta hermosura; ya explica en los jardines de Florencia, al dulce murmullo del Arno, la doctrina que el más sublime de los filósofos antiguos explicaba absorto bajo el plátano del Pireo, ya vuelve los ojos al Arsitóteles descubierto por los árabes y santificado por los doctores de las escuelas; y esta crisis extraordinaria, en que la ciencia es como una galería de espectros iluminada por fuegos fatuos, y el universo como un inmenso laboratorio de alquimia, en que todas las

substancias hierven y se evaporan, y se volatilizan (*bien, bien*), anuncia ¿qué digo anuncia? engendra aquella edad venturosa, verdadero Thabor del espíritu humano, en que el hombre desentraña los secretos de la naturaleza, oye el movimiento de la tierra, mide con el péndulo en la mano el camino que nuestro planeta lleva en su carrera triunfal por los infinitos espacios (*bien, bien*), descubre nuevos mundos ocultos en el seno del Atlántico, necesarios para la renovación de la vida en este instante de la renovación del espíritu, y aplicando la imprenta al pensamiento, lo eterniza y lo extiende sobre todas las frentes, y aplicando la brújula a la navegación, domeña los mares, y aplicando el telescopio a las estrellas, lee sus antes indescifrables enigmas, y aplicando la pólvora a la guerra, taladra con la bala del pechero la coraza feudal, y aplicando las matemáticas a la táctica, pone en vergonzosa fuga los ejércitos señoriales, y aplicando, por último, la libertad al espíritu, lo levanta, lo trasforma, lo engrandece y lo prepara para recibir en su seno la santa idea del derecho, que va a ser como el eje de toda la historia futura, como el resumen de toda la ciencia. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*).

Y, señores, lo que sucede en el más gran período científico, sucede en el más gran período po-

lítico. Aquellos filósofos ligeros, excépticos, que se burlaban de Dios y de sus manifestaciones en el tiempo; que creían mentira toda religión, engaño toda fe, que menospreciaban los sacrificios más nobles de la naturaleza humana, la muerte gloriosísima de Juana de Arco, el martirio de los primeros héroes del cristianismo; que tenían en poco lo que más debían apreciar, los descubrimientos de la química y de la geología, y hasta los progresos de la idea del derecho en su tiempo; aquellos filósofos, siempre con la sonrisa del desprecio en los labios y la duda en la mente, engendran una edad de grandes sacrificios, de heroísmo, de fe grandiosa, que rayaba en fanática, aquella edad, en que cae para siempre en el polvo el derecho divino de los reyes y se levanta el derecho humano de los pueblos. (*Aplausos.*)

Pues bien, señores; así como el más gran período filosófico de la historia está precedido por los sofistas, y el más gran período religioso por los esenios y terapeutas, y el más gran período teológico por los gnósticos, y el más gran período científico por los iluminados y los alquimistas, y el más gran período político por los enciclopedistas; el más gran período social; el que ha de resolver todos los problemas económicos; el que ha de grabar indeleblemente la idea del derecho en

la conciencia humana; el que ha de convertir el antiguo Estado, aquel monstruo que vivía de la vida de todos los hombres, en una institución destinada a realizar la justicia; el que ha de resolver la antigua contradicción entre el individuo y la sociedad en una armonía viva; el que ha de acabar la guerra de las clases en una paz perpétua; el que ha de encerrar cada individuo en su derecho y cada nación en sus límites; el movimiento que ha de obrar estas maravillas, se encuentra precedido por las escuelas socialistas, que si bien erróneas, son un esfuerzo, un trabajo para llegar a la verdad, y el esfuerzo del hombre nunca queda sin resultado, y el trabajo del hombre nunca queda sin premio.

Y si no, señores, mirad el largo camino de las ideas socialistas, y veréis cómo apartadas en un principio de todo ideal humano, van poco a poco, por su esfuerzo propio, por su natural desarrollo, acercándose a los eternos principios en que descansan las sociedades. La primer manifestación del socialismo en nuestro tiempo ha sido una teología. Comienza por donde han comenzado todas las ideas nacientes; por envolverse en el misterio, por ocultarse entre los resplandores del cielo. Una revelación era su esencia; una iglesia su forma; la jerarquía su organismo, la teocracia

su gobierno; la casta su principio social; la comunidad de las fuerzas, del trabajo y del producto, su principio económico; la sujeción de todos a la sociedad y de la sociedad a Dios, su principio político; organización, señores, que si bien se decía ideada y convertida al bien de los menores, de los infelices, de los proletarios, resucitaba aquellos antiguos imperios asiáticos en que la religión, descendiendo de la conciencia al gobierno práctico de los pueblos, señalaba a cada individuo su trabajo y a cada trabajo su premio, y reivindicando para sí todos los derechos y todas las propiedades y todas las fuerzas, ataba a unos a los pies de los altares, a otros a sus instrumentos de labranza, a otros a la cola de sus caballos de guerra, y quitaba al hombre la libertad, único elemento que conserva y purifica y engrandece la vida, como los vientos agitando y revolviendo las olas conservan pura el agua de los mares, que de otra suerte se corrompería y corromperían todo el universo.

(Grandes aplausos.)

El socialismo tomó una tendencia más positiva y más práctica, como toda idea que crece y se desarrolla; de una teología, pasó a ser una cosmología. Nada más armonioso a primera vista que esta reforma, que así tocaba al mundo material como al espíritu. Dios reparte su ser al

mundo, renovándolo con una nueva esencia; los astros se aumentan como un nuevo florecimiento de los cielos, como una renovación de la vida universal; la tierra se engalana y ciñe a sus sienas diademas de aureolas boreales; signos de su maravillosa transformación; la luna, ese astro muerto, resucita al beso del amor, y levantándose en el éther, y tomando más hermosos matices, inunda de una luz indefinible y pura a su eterna amiga la tierra; los desiertos se tornan florestas, los embravecidos mares, serenos lagos; las polares nieves se funden y se evaporan como una gota de rocío; las fieras doblan su cerviz y corren a lamer los pies de su dueño, el hombre, y huyen del globo que no puede abrigar el odio y la guerra; y, por último, el hombre, habiendo encontrado en el trabajo la ley del amor, que es la ley de su naturaleza, vive vida placentera en comunión con toda la humanidad, y si muere, muere para despertar en otro astro más luminoso, en otro planeta ¡más florido, hasta que, merced a esta continua perfección de sí mismo, llega a convertirse en el aroma en que se perfuman todos los seres, en el éther en que se bañan todos los mundos, en la impalpable esencia de que se alimenta todo el universo.

El primer instante del socialismo fué una teo-

logía, y el segundo una cosmología, y el tercero fué ya más humano, más positivo, fué una psicología. No se invocó a Dios para reformar el mundo, no se estudió la naturaleza para transformar al hombre; el socialismo descendió al estudio del alma. La nueva escuela examinaba la raíz de la vida, y allí encontraba la raíz de nuestras desgracias y el fondo de las grandes injusticias sociales. Se había dicho que el hombre es libre, se le había exigido la responsabilidad moral y material de sus acciones, y según estas escuelas, el mal estaba en la responsabilidad humana, porque el hombre es hijo infeliz de la naturaleza, su siervo, y a cada instante siente el mundo exterior sobre sí, que le aplasta como el tardo paso del elefante aplasta el insecto y lo reduce a polvo. Solo la virtud puede hacer feliz al hombre; pero la virtud no se consigue sin la educación, y la educación es hija de la sociedad. Para vivificar al hombre, es necesario matar su responsabilidad, según esta escuela. De aquí se concluía, por una lógica inflexible, como un corolario supremo, que era necesario modificar la educación para reformar al hombre, y tratar al bueno como a un sano, y al perverso como a un enfermo. Para el bueno, el trabajo igual, la recompensa igual, y para el perverso una enfermería, un hospital del alma. El socia-

lismo cada día se iba haciendo más positivo, más práctico, y descendía de su nube a la tierra.

Así como en su primer manifestación había sido el socialismo una teología y en su segunda manifestación una cosmología y en su tercera manifestación una psicología, en su siguiente transformación fué una ciencia económica, una economía política. Entonces el socialismo se limitó a tratar los grandes problemas económicos de la distribución de la riqueza, del crédito gratuito, de la organización del trabajo, de la armonía entre el capital y la producción, de todo aquello que podía mejorar la vida material y la condición de las clases pobres; de suerte que cada día el socialismo iba descendiendo más y más, y armonizándose con la tendencia práctica y positiva del siglo, entrando en la corriente de los hechos sociales, y levantándose a ser una escuela política.

Al llegar a este instante supremo, el problema del socialismo tomó un aspecto que nosotros no podemos apreciar aún, que apreciarán mejor los venideros. Apareció un hombre cuyo genio es como un enigma pavoroso, un hombre que no podemos comprender, que comprenderán las generaciones futuras destinadas a conocer el espíritu de los siglos que han pasado, mejor que las generaciones que en ellos viven. Este hombre es tal, que unas

veces semeja el ángel del Señor, que viene con su clarín a anunciar el juicio final de esta sociedad, y otras veces el mónstruo de la Apocalipsis, que tiñe con su sangre todos los mares de la vida. Este hombre, educado en el dolor y en el trabajo; oyendo siempre los lamentos del pueblo, cuya es su alma por su educación y por su cuna; conmovido con el espectáculo de esas revoluciones que pasan por el espacio, como el viento por las arenas del desierto; siguiendo todas las evoluciones del pensamiento moderno y condensándolas en su gigante alma; armado de una lógica tan grave y demoleadora como la maza de Hércules; artista maravilloso por su estilo, que así se levanta a la majestad de Bossuet, a la ternura de Rousseau y a la poesía de Lamartine, como descende a las burlas de Montaigne, a los equívocos de Rabelais, y a los ahullidos de Baboef; filósofo que condensa todas las sombras y todos los rayos rotos de luz de todas las escuelas; hombre positivo, que sólo se cree hijo de la tierra, y que no quiere oír hablar ni de Dios ni del cielo, porque el instante que consagra a pensar en lo que hay más allá de la muerte no le robe el tiempo que necesita para transformar lo que hay más acá de la tumba; sombra gigantesca, que penetra en el templo de todas las ideas divinas y humanas, y a todas las juzga en el tribunal de

su conciencia, y todas las pesa en la balanza de su juicio, y a pesar de que condena todas las religiones y todas las escuelas, el catolicismo porque lo cree teocrático y feudal, el panteísmo por absorbente y sofocante, el idealismo por vago y soñador, el misticismo por fantástico, el sensualismo por brutal, el protestantismo por aristocrático, la monarquía absoluta por tiránica, la escuela doctrinaria por inmoral, la escuela democrática por inocente y platónica; a pesar de que arroja tantos penates, tantos altares, tantas reliquias queridas y adoradas en las corrientes de la idea del movimiento de Heráclito, reproducida por la extrema izquierda hegeliana, transformación de un pensamiento capital del gran maestro; a pesar de que quiere amontonar tantas antiguas ruínas en el espacio y gravar tantas afirmaciones nuevas en la conciencia, la única ruína que hay verdaderamente a sus plantas, es la ruína de las antiguas escuelas socialistas, como la única afirmación que se levanta, cual una corona de luz sobre su frente cubierta de espesísimas tinieblas, es la afirmación de la libertad y de la responsabilidad del hombre. (*Estrepitosos y repetidos aplausos.*)

Señores, así como el socialismo en su primer momento fué una teología, y en su segundo momento una cosmología, y en su tercer momento

una psicología, y en su cuarto momento una economía política, en su última evolución comprendió que las organizaciones de las antiguas escuelas nada resolverían y que el problema pavorosamente planteado en el espacio, solo podrá resolverse algún día por la libertad, por el derecho. Así es, señores, que bien podemos decir que las antiguas escuelas socialistas se han disuelto, se han descompuesto a sí mismas, convencidas por un procedimiento racional y lógico de que sus problemas sólo pueden resolverse por la libertad.

Señores: Estudiada la descomposición del socialismo, vamos a investigar la causa de este fenómeno social de este gran fenómeno histórico. El Sr. Moreno Nieto, con ese profundo talento filosófico que tanto le distingue y enaltece a mis ojos, ha dicho que el origen del socialismo está en la tendencia que tiene el hombre a la unidad, como el origen del panteísmo en la tendencia que tiene la razón a lo absoluto. El Sr. Suárez lo ha considerado como un fenómeno, que se reproduce constantemente en todas las grandes épocas históricas. Los señores Echegaray, Rodríguez y Sanromá, especialmente este último, con esa elocuencia distinguidísima, que a todos nos ha conmovido tan profundamente. creen, siguiendo la escuela a que con tanta gloria pertenecen, que el socialismo es un resto del mo-

nopolio histórico, sostenido y conservado en pró de las clases inferiores, anteponiendo el criterio de utilidad al criterio de justicia. El Sr. Maldonado Macanaz ha creído ver el origen del socialismo en el contrato social de Rousseau. Y el señor Moret, resumiendo en una sola palabra su pensamiento, ha dicho: *lo pasado es el socialismo, lo porvenir es la libertad, lo porvenir es la economía política*. Yo voy a decir mi opinión.

Para esto necesito evocar dos épocas históricas: el imperio romano y la reforma religiosa; épocas capitales en la historia universal. ¿Habéis pensado alguna vez en el nacimiento del imperio? El pueblo romano estaba encorvado bajo el peso de la esclavitud, y si bien se sentía siervo, se conocía libre con su mano cargada de cadenas escribe un pacto con sus señores, y no contento con un pacto, quiere forjar en el yunque de la revolución un escudo y nace el tribunado; y no contento con el tribunado pide una ley suya, y surge a sus plantas el código de las Doce Tablas; y no contento con una ley, quiere saber el origen del derecho, y los velos sagrados se rasgan para revelar las fórmulas de jurisprudencia, y el antiguo derecho ciclópeo habla a los ciudadanos desde el fondo de sus oscuros jeroglíficos etruscos; y no contento con saber el origen del derecho, quiere una fa-

milia, un hogar, y la ley sella con un sello sagrado su casa como si fuera un santuario, y la matrona romana cae en sus brazos, llamando a su antiguo cliente, a su esclavo, esposo y padre de sus hijos; y no contento con un hogar, con una familia, quiere ser censor y es censor, quiere ser capitán y las legiones le llaman *imperator*; quiere calentar sus frías manos en el fuego sagrado, quiere besar con sus impuros labios el ara de sus antiguos dioses, y la aristocracia le ciñe la toga de los pontífices; y no contento con ser censor, *imperator* y pontífice, quiere ser causa, origen de la ley, y se abren de par en par las puertas del campo de Marte y entra triunfante en los comicios por tribus (*bien, bien*); pero ¡qué amarga decepción, qué cruel desengaño! Para ejercer el derecho, para ser soberano, para legislar, se encontró con que no bastaba ni su razón, ni sus tradiciones; que necesitaba oro, mucho oro; y del fondo de aquella injusticia nació lo que nace del fondo de todas las injusticias; una protesta, y aquella protesta que representan los Gracos, a pesar de su justicia y de su amor a la humanidad, la aristocracia la ahoga en sangre y se levanta Mario a salvar de la cuestión social la república, como había salvado a Roma de los cimbrios y los teutones, y la aristocracia arroja a Mario a las

ruinas de Cartago, solitario, desnudo y hambriento; y se levantan Saturnino y Druso, y la aristocracia apedrea a Druso y Saturnino; y se levanta la última transacción posible entre la república y la cuestión social, Catilina, y la aristocracia le persigue, le calumnia, le aniquila en los campos de batalla, y entonces, cuando en el movible mar de los acontecimientos aparece el hombre de la Providencia, el hombre del castigo, el hombre del génio, César, el pueblo que adivina su destino en la frente de sus predestinados y de sus elegidos, le entrega su libertad, sus derechos, en cambio de oro y de venganza; y nace aquella dictadura horrible que por espacio de cinco siglos estuvo machacando las generaciones de la nobleza sobre los campos amasados con las lágrimas y la sangre del pueblo... (*Grandes y unánimes aplausos interrumpen por algún tiempo al orador*).

Señores: Si no me hubiérais interrumpido, hubiera completado mi pensamiento, diciendo que nunca queda en la historia sin un gran castigo una gran injusticia. (*Bien, bien.*)

Señores: Y lo mismo sucedió en Alemania con la revolución religiosa; Lutero emitió un pensamiento, que yo no puedo, que yo no debo juzgar en este sitio. Y como la historia está regida

por la lógica, cual le sucede al espíritu y a la mente, no se sienta ninguna premisa sin que de ella se deduzca inmediatamente una consecuencia. Y aunque se crea una lógica íntima y propia solo de nuestra naturaleza espiritual, es tan objetiva tan incontrastable como la ley de gravedad en los cuerpos, como la ley de atracción en las esferas, y por consiguiente, siempre que se arroja una idea, deben medirse todas las conclusiones que esa idea encierra, que esa idea contiene, en la seguridad de que ningún esfuerzo humano pueda contrastar la inflexibilidad de la lógica. Así que Lutero arrojó su principio, inmediatamente las clases inferiores dedujeron todas las ideas contenidas en su doctrina. Lutero entonces se puso de parte de los reyes y de los nobles, contra el pueblo, que pedía su libertad. Y de aquí nació aquella terrible tragedia social, escrita con sangre en una ciudad célebre por un profeta, célebre también por sus errores y por sus desgracias.

Pues bien, señores; de las mismas ideas y de los mismos hechos se deducen siempre conclusiones idénticas, conclusiones armónicas. Miremos ahora con igual imparcialidad un día no menos transcendental en la vida de la humanidad; el día en que se organizó la revolución francesa, ese

día en que pasó de su período demoledor a su período dogmático y de armonía. Juzguemos este hecho en Francia, porque en Francia nace el socialismo. La revolución se había consumado; el feudalismo se había hundido en el polvo; los reyes absolutos habían dejado sus coronas de derecho divino en los campos de batalla, arrancadas de sus sienes por el viento que al agitarse levantaban las banderas del pueblo (*aplausos*); las hogueras de la Inquisición se habían extinguido; las cadenas de los siervos se habían roto; las aristocracias antiguas se habían desplomado con estrépito; el trabajo había dejado de ser un signo de envilecimiento; el derecho había sido escrito con caracteres de fuego en la conciencia humana; la propiedad; redimida del censo y de la tasa; la libertad declarada universal; la igualdad consagrada al par de la libertad: y cuando el pueblo, que había derramado su sangre en los campos de batalla; el pueblo, que había dado la vida de sus hijos para escribir la iliada de la revolución, fué a pedir la libertad de su razón, de su voluntad, su derecho, en una palabra, vió que para alcanzar ese derecho que se había creído esencial de su ser, ingénito a su naturaleza, atributo natural de su vida; le decían: «si quieres tu derecho cómpralo;» y entonces nació de esta injusticia la

protesta del socialismo, que espantó a la clase media francesa, y puso terror en su corazón, y fué como el espectro de su conciencia y la negra sombra de su vida, porque el socialismo era la consecuencia de sus ideas, el socialismo el castigo de sus crímenes. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*).

Pero, señores, por el desenvolvimiento natural de esta discusión, se ha llegado, después de examinar su origen, a esta pregunta: ¿en el fondo del socialismo hay algo aprovechable? El Sr. Moreno Nieto decía que el socialismo había traído la ventaja de llamar la atención hacia el problema del pauperismo. El Sr. Mata decía que el socialismo es útil como una crítica de la sociedad y de las ideas económicas reinantes, como un quejido lanzado por la sociedad en el lecho de sus dolores. Yo voy a llamar la atención hacia otro linaje de consideraciones. Señores, el socialismo, entendiendo por socialismo la absorción de nuestra personalidad en el Estado, tendrá siempre cierto encanto a los ojos de la raza latina, por su tendencia a la unidad, que está en el fondo de la civilización, en el seno de nuestro espíritu. Tres grandes ideas muestran y señalan toda la vida de la raza latina, y estas tres ideas tienden a la unidad humanitaria. Esta raza ha tenido su manifestación histórico-so-

cial en el imperio romano; su manifestación religiosa en el catolicismo; su manifestación política en la revolución francesa. Pues bien; el imperio romano tendió a dar a la humanidad un solo cuerpo, y el catolicismo una sola conciencia, y la revolución francesa un solo derecho. (*Bien, bien.*) Tres grandes ideas muestran y señalan la vida de la raza germánica, y estas tres ideas han tendido siempre al individualismo. La raza germana y anglo-sajona han tenido su manifestación histórico-social en el feudalismo; su manifestación religiosa en el protestantismo; su manifestación política en la revolución de Inglaterra. El feudalismo aislaba al hombre en su castillo, al revés del imperio romano, que disolvía al hombre en la sociedad; el protestantismo aislaba la conciencia en sí misma, al revés del catolicismo que depositaba la conciencia en la Iglesia; y la revolución de Inglaterra se quedó aislada en una sola nación y en una clase, y al revés de la revolución francesa, que llevó su espíritu a todos los pueblos y derramó su fuego en todo el continente. (*Bien, bien.*) ¿Pero la raza del Norte no puede ser humanitaria? Sí, señores, ahí están los Estados Unidos, que se acercan, aunque imperfectamente, a esa idea. ¿Y la raza latina no puede ser individualista? Ahí la raza española de América, nuestra hermana, que en el suelo vol-

canizado de América escribe los eternos principios del derecho.

Y sin embargo, la lucha de las razas es evidente, es indudable. Así como en el mundo antiguo hubo aquella sangrienta lucha entre la raza semítica y la raza indo-europea, que cubrió de sangre los mares y las campiñas; así en el mundo moderno hay una lucha constante, perpétua, entre la raza latina y la raza germánica. Si lo dudais, poner los ojos en las orillas del Adigio y del Tessino. (*Sensación.*) Y esta antinomia; esta contradicción, ¿es insoluble? No, mil veces no. La eterna contradicción del mundo antiguo se resolvió en una síntesis suprema, que se llamaba Roma. Lo mismo sucederá en los tiempos modernos. Para llegar a una armonía entre la raza latina y la raza germánica ¿qué se necesita? Que la raza germánica y anglo-sajona admita en su idea de libertad la idea de igualdad, trabajo titánico que hoy está verificando Inglaterra con su reforma electoral, y al mismo tiempo que la raza latina anime su idea de igualdad con la idea de la libertad, trabajo que están hoy haciendo la mayoría de las naciones latinas de uno y otro continente. Y aún se necesita más; se necesita que la idea del derecho, se extienda a todas las manifestaciones de la vida. Nosotros hemos tenido libre la voluntad,



pero esclavo el pensamiento. La raza germana ha tenido, especialmente en Alemania, libre el pensamiento, pero esclava la voluntad. Este antagonismo, pues, no se resolverá, sino extendiendo la libertad y el derecho a todas las esferas de la vida, y a todas las manifestaciones del espíritu. Pronunciemos, pues, una palabra, que resuelve todas las contradicciones, todos los antagonismos pronunciemos la palabra «derecho». El derecho es individual, porque quiere que sea libre la voluntad, libre el pensamiento, libre el trabajo, libre el crédito, libre la enseñanza; pero el derecho es humanitario, general, porque quiere la libertad de todos los hombres, la autonomía de todas las nacionalidades, la confederación, primero por razas, después por continentes, el cosmopolitismo económico, la libertad de comercio, que ha de destruir las fronteras, que ha de volver el equilibrio entre la producción y el trabajo, que ha de destruir el egoísmo de las razas, que ha de fundir todo el género humano, auxiliada por la electricidad, por el vapor y la imprenta, para que se cumpla el bien de la humanidad en toda su grandeza, y se realice en toda su plenitud la santa idea de justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Después de examinado el socialismo en todas sus fases, habéis venido a tratar de las

soluciones políticas. Cuatro grandes escuelas hemos visto aparecer aquí, representadas todas por ilustres campeones; la escuela antigua, que en su sentido transcendental y religioso ha sido sostenida por el Sr. Alcalá Galiano, y en su sentido histórico por el Sr. Malo; la escuela filosófico-histórica, sostenida por los Sres. Morón, Capalleja, Moreno Nieto; la nueva escuela, sí, la escuela, que llamaré moderna, en contraposición al absolutismo, cuya negación radical es dividida en tres grandes fases: la fase económica, representada por los señores Bona, Sanromá, Echegaray, Rodríguez, Moret; la fase filosófica, representada por los Sres. Suárez y Moraita, y la fase política, que sin excluir la económica y la filosófica, representan más pronunciadamente los Sres. Alzugaray y Canalejas. Trataré brevísimamente de esta cuestión.

Señores: La escuela monárquica antigua ha expuesto sus doctrinas de esta o parecida manera. La razón del hombre es débil, y necesita de un auxiliar superior que le sostenga, y este auxiliar es la Iglesia, que tiene solución para todos los problemas; que resuelve el problema filosófico por medio de la fé, y el problema político por medio del derecho que del cielo han recibido todas las potestades terrestres, por el derecho divino, y el problema económico por medio de la tasa del in-

terés del dinero, que mata la usura y el problema social, predicando la caridad [a los ricos y la resignación a los pobres, enseñando a los ricos a ser misericordiosos y a los pobres a ser sufridos y pacientes. Y después de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en un discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sabios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Brocense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de las *Querellas*, del *Laberinto*, del *Quijote*; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderón; en que nuestros pintores arrebolaban los cuadros históricos de Velázquez; los penitentes de Rivera, los cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el concilio de Trento, y nuestros lectores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrían en Asia Filipinas, encontraban una nueva creación, premio de su arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribían con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimían contra su corazón a Nápoles, a Palermo, a Milán,

y sostenían en el monte Tauro, en el Eta, en el Bósforo con sus robustos brazos el vacilante imperio bizantino, y cubrían con sus banderas sin rival, el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto y vencían a Francia, y amenazaban a Inglaterra, y dominaban a Flandes, y extendían sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y grababan la idea cristiana en la frente de África y América; aquellas épocas en que nuestro imperio era más inmenso que el imperio romano, y nuestras conquistas más fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una alfombra arrojada a nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy a decir muy pocas palabras. Vuestro sentido religioso, al confundir la religión con la política, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; vuestro criterio filosófico, si es solo la fe, puede aniquilar la ciencia, que necesita también de la razón; vuestro criterio político, si

es el derecho divino, anula al hombre; porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos; vuestra solución económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad de que os declararéis defensores; vuestra solución social si es la solución del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho a la asistencia; pero será el derecho a la ociosidad, el derecho a la vagancia. (*Ruidosos aplausos interrumpen por algunos instantes al orador.*)

Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles: vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortización, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia a provincia, de pueblo a pueblo, después de ser la injusticia absoluta, es el empobrecimiento universal. (*Grandes aplausos*). Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes e Islolacio eran jefes de tribu, jefes de familia, y Sagunto que protestó contra Anníbal, y Numancia que protestó contra Escipión, eran ciudades democráticas; y un pastor el primer jefe de nuestra nacionalidad; y pobres

campesinos aquellos astures que aterraban a Agripa y a Augusto, entonando cánticos de libertad desde la cima de sus cruces, y se arrojaban al Océano por no arrastrar en extranjeras playas la vil cadena de esclavos; yo no veo el absolutismo en el imperio romano, porque lo que veo son colonias levantadas en el reino de la ciudad eterna, libres municipios levantados en las tradiciones del país; yo no veo el absolutismo en tiempo de los godos, porque lo que veo es una aristocracia militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristocracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pueblo haciéndose católico cuando sus señores son arrianos, e idólatra cuando sus señores son católicos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga hasta León, porque lo que veo es un pueblo que busca un refugio en el universal naufragio, reyes levantados en el escudo de los soldados, esclavos recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces que protegen bajo su manto las nacientes monarquías, condes que arrojan desde sus trotones de batalla claros fueros a sus pueblos; yo no veo el absolutismo desde León hasta Toledo, porque lo que veo es el nacimiento del municipio cristiano en 1020, fecha que todo buen español debe llevar aquí en el pecho; la semilla de nuestro jurado, la transformación del Concilio en Cortes, la idea feudal

penetrando por el Pirineo con Sancho de Navarra, y extendiéndose invasora como toda idea hija de su tiempo hasta los llanos de Castilla; no veo el absolutismo desde Toledo hasta las Navas, porque lo que veo es nuestra legislación municipal florecer, nuestros ayuntamientos robustecerse, nuestras Cortes reunirse al pie de Cuenca, nuestros ejércitos señoriales y feudales salvar la cristiandad en las Navas de Tolosa; yo no veo el absolutismo desde las Navas al Salado, porque lo que veo es la Universidad levantarse para educar en la libertad al estado llano, los jurisconsultos forjar la unidad de la justicia, los siervos de la gleba dejar los eslabones de sus cadenas en los propios de los pueblos, el derecho romano surgir como un nuevo astro sobre el caos feudal de la Edad Media; yo no veo el absolutismo desde el Salado hasta Granada, porque lo que veo es don Pedro el Cruel bañarse en sangre de la nobleza, la casa bastarda inaugurar una política señorial también bastarda, Juan I sellar nuestro movimiento político democrático, don Álvaro de Luna recoger del polvo la autoridad herida de los reyes, la monarquía enflaquecida e impotente en don Enrique IV, la gran revolución social concluida en la gran Isabel; yo no veo que fueran educados en el absolutismo aquellos soldados aragoneses que

conquistaron a Nápoles y Sicilia y sostuvieron a Atenas y Constantinopla, porque aquellos soldados habían sido educados a la sombra del privilegio general; ni que fueran hechuras del absolutismo los descubridores de América, porque todos habían visto nuestras Cortes, habían respirado gozosos el viento de nuestras libertades. Cuando veo las consecuencias del absolutismo es cuando veo nuestras escuadras anegadas en el mar, nuestros ejércitos rotos en los campos de batalla, la bandera morada de Castilla en el lodo, Lanuza en el cadalso, nuestras Cortes mudas, nuestros municipios destrozados, la amortización extendiéndose como una lepra por nuestros campos, el rey de dos mundos, el amo del Perú, convertido en un mendigo, yendo de puerta en puerta a pedir limosna; absolutismo extranjero, traído a este suelo por gente extraña, la misma que hoy atormenta a nuestra raza en Italia (*Profunda sensación*); absolutismo sostenido por familias extranjeras; absolutismo de que la nación se limpió cuando fué dueña de sí misma en 1812, y que si más tarde restauraron bayonetas extranjeras, fué para demostrar a todas las generaciones, para decir a todos los siglos siempre, que el absolutismo ha sido y será un eterno extranjero en nuestra patria. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores: Después de haber examinado la escuela monárquica, debo examinar la escuela doctrinaria, pero voy a ser muy breve, porque ya estoy cansado de hablar, y la sección debe estar cansada de escucharme. (*Muchas voces, ¡no, no!*) Señores, yo siento mucho que el tiempo no me permita extenderme, pero siento mucho más que no me lo permitan mis fuerzas. Estoy fatigado, y creo que el público lo estará también. (*¡No, no!*) De todos modos, doy gracias a los señores que me escuchan por su benevolencia: pero les ruego encarecidamente que me dispensen si paso de muy ligero por todo lo que resta. Yo señores, no podré ser muy fiel a definir la escuela doctrinaria, porque, francamente, no alcanzo bien a entender las armonías doctrinarias, (*Risas.*)

El Sr. Moron nos decía que él no quería oír hablar de libertad absoluta, porque en el mundo todo es contingente y todo es práctico. Yo creo, señores, que en la conciencia toda idea es incondicional y absoluta; creo que las sensaciones y las nociones puedan ser relativas, fraccionarias; pero la idea es incondicional, o no es idea. ¿Qué política es esa que no tiene ideas? ¡El Sr. Moreno Nieto! Han sido tan varias, tan ricas tan profundas las ideas del Sr. Moreno Nieto, que no

acertaré a compendiarlas, y anticipadamente le pido perdón por mi impericia. El Sr. Moreno Nieto quería que la filosofía moderna se reconcilie con el catolicismo, que éste se abra sus moldes para recibir las nuevas ideas, elaboradas por la conciencia, como las abrió para recibir a Aristóteles en la escolástica, a Platón en los Jardines de Florencia, a Descartes en Bossuet y Malebranche. El Sr. Moreno Nieto dice que el criterio de libertad es también su criterio, más no para hoy, para lo porvenir. El Sr. Moreno Nieto quiere que le hablemos al pueblo de libertad, pero no de igualdad, porque teme que la igualdad sea como un incentivo a las pasiones del pueblo. El señor Moreno Nieto se aparta del pensamiento absoluto que nuestra escuela ha presentado como un ideal próximo a realizarse, y se abraza a esa escuela que sostiene que los principios se desarrollan por series, a esa escuela que no quiere que se presente una nueva premisa hasta que se agoten las consecuencias de las premisas presentadas por las generaciones anteriores, porque un ideal absoluto arrojado de pronto a un pueblo, puede, según el señor Moreno Nieto, romper toda la trama de la vida, enturbiar toda la corriente de los hechos. Yo, señores, siento no poder examinar esta escuela tan brillantemente presentada. Yo creo que su

criterio, sin hacer más filósofos a los religiosos, ni más religiosos a los filósofos, puede dañar a la religión y a la ciencia; yo creo que esa libertad para lo porvenir, siempre esperada, nunca recibida, es como esos espejismos del Africa, que a lo lejos finjen rios y mares y lagos, y provocan la sed y la aumentan, y cuando llega el viajero, solo encuentra las abrasadas arenas quemando sus labios y acrecentando su martirio. (*Aplausos.*) Yo creo que la libertad sin la igualdad no puede existir, porque esa libertad es una espada más larga en manos del fuerte, y un yugo más duro sobre la garganta del débil; yo creo que la desigualdad trae consigo un elemento exterior para valuar el derecho, y que este elemento ha de ser el censo, y el censo convierte los comicios en mercados (*Bien, bien.*) yo creo que esa doctrina hiere mi personalidad, porque si el Estado es mi pensamiento, si el Estado es mi voluntad, si el Estado es mi maestro, doy en el absolutismo, porque el Estado me roba mi alma. (*Aplausos.*)

Señores: La última fase de la discusión la han representado mis amigos, si, amigos por el corazón, amigos por la comunidad de ideas. Mis amigos me dispensarán que no resuma sus ideas. El Sr. Rodríguez, el Sr. Echegaray, el Sr. Moret, el Sr. Bona, el Sr. Sanromá, han dicho nuestra idea

económica; el Sr. Suárez y el Sr. Moraita, nuestra idea filosófica; el Sr. Alzugaray y el Sr. Canalejas, nuestra idea política. Nuestra religión es la religión cristiana, la religión de los desheredados, de los pobres, de los desvalidos; nuestra filosofía es la filosofía espiritualista, que empieza en Sócrates y concluye en Krausse, pasando por Descartes y por Kant; nuestra idea fundamental es el derecho, si, el derecho que traduce las leyes de la personalidad humana, las leyes de la conciencia a la sociedad y a la vida política; nuestro ideal es la libertad, si, la libertad, esa palabra que han pronunciado todos los héroes, esa idea que han acariciado todos los sabios, ese sentimiento que han tenido todos los mártires; la libertad, esencia de nuestro ser, fuente de la vida; nuestra idea social es acabar con el antagonismo de las clases, y elevar a la libertad y a la vida política los últimos restos de la servidumbre, las últimas sombras de la casta; nuestra idea económica es la libertad del crédito, del trabajo, del comercio, de la industria; la expansión de todas las fuerzas humanas, y el ideal que entrevemos es la paz perfecta, los pueblos reconciliados, la justicia sonriendo como el sol en un cielo sin nubes, toda la tierra reconociendo por único Señor,

como decía Jesucristo, a nuestro Padre que está en los cielos (*Aplausos*).

Señores, he concluído. Yo no querría que nos separáramos en distintas ideas, o al menos en sentimientos enemigos. Todos cuantos han hablado en esta brillante controversia, han merecido bien de la ciencia. Unamos nuestras inteligencias en unas mismas ideas, nuestros corazones en los mismos sentimientos. Donde quiera que los hombres se reúnen para buscar la verdad, encuentran el auxilio de Dios. Todos somos religiosos, levantemos nuestra alma al Creador. Como hombres, pidámosle el bien de la humanidad, la verdad para su inteligencia, el amor para su corazón; como hijos de una misma raza, pidamos que la eterna artista de la historia, la eterna musa de la civilización y del progreso, nuestra gran raza latina, se salve en esta crisis suprema de su vida (*Aplausos*); como españoles, como hijos de esta nación querida, tan grande y tan heroica, pidamos que se unan bajo un pabellón, bajo una idea todos sus pueblos; tendamos nuestros brazos al través de los mares a nuestros hermanos de América para formar la gran confederación ibérica; grabemos la idea cristiana, la idea de la civilización en los desiertos de Africa, que al sudor de nuestras frentes y al suspiro de nuestros pechos

se tornaran fecundos, y así seremos dignos de llevar el nombre inmortal de nuestros padres, y levantaremos nuestra España a ser una de las primeras naciones de la tierra. (*Prolongados aplausos*).

LA LIGA DEL PROGRESO

LA IDEA DEL PROGRESO

Señores:

Puesto que es necesario resumir, y la necesidad tanto obliga, a pesar del estado de mi ánimo, resumamos. Fatal estrella, en verdad, la de esta sección, que después de haber elegido por su presidente a uno de los oradores más grandes, a uno de los republicanos más ilustres del país, se ve por su mal forzada a escuchar mi palabra, humilde, pobre, falta de elocuencia y de doctrina; palabra que de ninguna suerte podría resonar aquí, si los que me escuchan no me prestasen la única inspiración que puede alentarme, la única fuerza que puede sostenerme; la corriente eléctrica de sus simpatías, que pido, no a su justicia, sinó a su benevolencia, para con algún ánimo rematar esta larga, esta importante,



esta trascendental controversia, en que se han tocado todos los problemas que traen hoy más o menos conturbada a la razón humana, y se han oído sonar las cuerdas de todos los sentimientos que vibran en el corazón de las presentes generaciones, venidas, no a reposar en paz bajo la grata sombra de las instituciones seculares plantadas por sus progenitores, sinó a trabajar día y noche, sin descanso, entre los desencantos de la crítica, entre los torcedores de la duda, entre la explosión de las revoluciones; a trabajar sin descanso; que sólo a este precio se alcanza la libertad y se consigue arrancar al tiempo que está por venir su secreto, la idea, que es el preciado vellocino de oro del progreso.

Pero de esta discusión sólo tenemos motivo para felicitarnos, porque en todos los que en ella han tomado parte, por uno o por otro camino, bajo uno o bajo otro ideal, han convenido la idea del progreso, armonía tanto más grande, cuanto que no hace mucho tiempo dominaba en los ánimos el dogma del retroceso, signo seguro de inevitable decadencia. Todos recordareis a que tiempos aludo. Cuando la revolución de Febrero, obra de un poeta, desvanecida como el sueño de oro de la poesía, se inclinaba al sepulcro a sus piés abierto por su misma indecisión, por sus mismas faltas

y por los traidores que olvidaron toda idea de justicia, todo sentimiento de derecho, y que hoy se ven oprimidos y castigados por la Providencia para nuestra enseñanza y nuestro ejemplo; en aquellos instantes en que la desolación era universal, y no se veía asomar por los bordes oscurísimos del horizonte ni siquiera el lejano albor de nuevo día, un filósofo ilustre, que en esta misma cátedra, y si no en esta misma cátedra en esta misma corporación, había explicado el espíritu del siglo y defendido las leyes de la naturaleza humana, con elocuencia verdaderamente grande y apocalíptica anunció a la faz de Europa, trémula y asombrada, impotencia de la razón para llegar a la verdad, la impotencia de la voluntad para llegar al bien, la impotencia de la humanidad para salvarse, mostrándonos entre dos pliegues de las tinieblas que a mas andar había venido sobre nosotros, como siempre que se apaga la libertad, el ángel del Señor con la trompeta del juicio en los labios, pronto a llamar al postrero tremendo castigo a esta sociedad descreída que no había acertado a levantar sobre sus basílicas arruinadas, sobre sus altares destruídos, sobre sus antiguos ídolos rotos, ni siquiera una nueva idea; sociedad azotada por un diluvio mucho más pavoroso que el antiguo diluvio bíblico, por un di-

ludio de errores y sofismas, en que se pierde no solamente la vida del cuerpo, sinó la vida de la conciencia, la vida del alma; palabras que de tal suerte movieron los ánimos, que los ancianos renunciaron a sus recuerdos de libertad, y los jóvenes a sus trabajos por la libertad; y todos convirtieron los ojos a la idea satánica del gran Danton teórico de la reacción, a la idea del conde de Maistre, apercibiéndose a sacrificar en los altares, ya harto ensangrentados de la naturaleza, derecho, conciencia, libertad, la humanidad entera si se creía preciso, para desagraviar al Dios de los cielos, que en realidad debía apartar su luminoso rostro de una regeneración enferma, parálitica, que había perdido el aroma de toda virtud, la luz de toda vida, la obra más pura del cristianismo, la santa, la consoladora esperanza. (*Ruidosos y prolongados aplausos*).

Comparad, señores, aquellos tiempos en que corrían con gran aplauso y boga los más grandes errores: en que se decía que la razón y el absurdo se aman con amor invencible; que todos los caminos, hasta los más opuestos, conducen a la perdición; que no hay en Europa un varón eminente, o si le hay, Dios disuelve para él, con su dedo inmortal, un poco de veneno en los aires; que las vías están preparadas para un despotismo

gigantesco, universal, como nunca lo conocieron las edades; que no se trata de elegir entre la dictadura y la libertad, sinó entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable; que nuevos bárbaros aperciben su tea para quemar el cadaver de esta podrida civilización; que el angel de las ruinas va a dar la señal del último día del mundo, desde las nubes preñadas de la cólera de Dios; comparad aquel desfallecimiento, que a haber prevalecido hubiera hecho de la humanidad un Job, pero un Job perverso, podrido, canceroso, inmóvil al pie del estercolero de sus errores y de sus vicios; comparadlo con el soplo de vida y de poesía que ha corrido por nuestra sociedad, como el aliento creador por el caos; que ha enjugado el sudor del trabajo en nuestra frente, las lágrimas del dolor en nuestros ojos, y pronunciando misteriosas y divinas palabras en nuestros oídos, nos ha dicho que, lejos de perderse la conciencia en las ideas nuevamente concebidas, hay gérmenes de nueva vida para nuestros hijos; que lejos de perderse la sociedad en los torrentes de las revoluciones, hay gérmenes de nuevos derechos para los pueblos que lejos de perderse la naturaleza en esas nubes de materia cósmica que brillan en los confines del espacio, hay gérmenes de nuevos mundos para el universo; y decidme si no es más ra-

cional, si no es más cristiana esta esperanza que nos enseña la prometida tierra, buscada por todas las generaciones en su camino; que nos anuncia el reinado de la libertad y de la justicia, y que nos asegura que después del combate y del trabajo, si cumplimos fielmente nuestro destino, que es el bien, nuestra alma se espaciará y se perderá nuestra vida en el inmenso seno del Eterno.

Pero, señores, resumamos brevemente las principales ideas que se han presentado en esta larga discusión, para que pueda después ofreceros mi idea en cumplimiento de [mi deber. El Sr. Mata, privilegiado talento que a manera de Anteo crece y se agiganta cuando toca en la realidad de la vida, nos ha dicho con esa fácil y poderosa palabra, que es el secreto de su popularidad y la revelación de su peregrino ingenio, que el progreso consiste en ir realizando y cumpliendo las leyes de la naturaleza. El Sr. Leal, espíritu antitético al del Sr. Mata, espíritu que se goza en volar por las etéreas regiones del pensamiento, sostenido en las matizadas alas de su brillante fantasía, nos ha dicho que el progreso antes de Cristo, consistió en preparar a Cristo y que después de Cristo, consiste en realizar la idea de Cristo; magnífica fórmula expresada en magnífica elocuencia. El señor Alegre, cuya inteligencia brilla como la luz del nuevo día, cuyo

corazón es generoso como el corazón de todos aquellos que aman la buena nueva religiosa o social, dulce esperanza de los pueblos, nos ha mostrado admirablemente el progreso arrancando la conciencia a las garras del Estado; la libertad a las garras del destino; el derecho a las garras del privilegio. El Sr. Rayon, pensador dotado de grandes facultades, rico en nuevos y originales pensamientos que se resisten a entrar en el troquel de la palabra, nos ha predicho que las ideas de justicia y libertad, propias de nuestra civilización, unirán a los pueblos en un ideal superior de la humanidad, que a su vez tendrá cada día un conocimiento más claro de Dios. El Sr. Saavedra, valiente soldado, hábil orador, profundo matemático, fiel reflejo de aquellos caballeros de los siglos décimo-quinto y décimo-sexto; que así manejaban la pluma como la espada, ha puesto con gran acuerdo el fin del progreso en la armónica aplicación de todas nuestras facultades a la vida. El Sr. Becerra, con su incontrastable dialéctica, con sus conocimientos universales, ha presentado en series lógicas, propias de la ciencia de nuestro siglo, que tan profundamente posee, las ideas por cuya virtud la razón se ha levantado desde el bárbaro fetichismo hasta el conocimiento de sus facultades, y los hechos por cuya fuerza el hom-

bre ha pasado desde pária hasta ciudadano de las grandes democracias futuras, con todas las cadenas rotas a sus pies, todos los derechos coronando su frente, y el rayo del cielo, arrancado por el genio a las nubes, y el rayo del cielo en sus manos, como en señal de que solo el hombre libre es verdaderamente rey de la naturaleza. Los Sres. Malo y Merry y Colón, inteligencias clarísimas, profundísimas, que yo respeto y admiro, y contemplo con aquella religiosidad con que suelo contemplar las estatuas yacentes que duermen sobre los sepulcros góticos de nuestras catedrales de la Edad Media, han proclamado el progreso, aunque han creído que debía cumplirse bajo el ideal político y científico de nuestros padres; porque imaginan que aún ese ideal no ha muerto, como los antiguos druidas creían al pié del tosco *dolmen*, con sangre de víctimas humanas manchado, que nunca dejaría de resonar en las ráfagas del viento y en las ramas de las sagradas selvas el gemido del espíritu de sus progenitores. El señor Ester, cuyo corazón poético ama lo pasado, pero cuya inteligencia viril y joven ama lo porvenir, ha expresado en brillante discurso, que todos habéis aplaudido la idea de que, merced al progreso, la autoridad deja de ser fuerza para ser razón, y la libertad deja de ser el privilegio de los menos para conver-

tirse en el derecho de todos. El señor González Llanos, que ha traído de allende el Atlántico el tesoro de su experiencia, los maduros frutos de su privilegiado talento, nos ha exhortado a buscar la norma del progreso en una legislación primitiva, en un derecho primitivo, en una edad primitiva, representada por la ciencia y las virtudes patriarcales. El señor Carrascón, talento profundísimo, de gran severidad en las formas, de gran fondo en el pensamiento, ha reconocido la humanidad como un ser total y armónico, idea luminosísima en que ha fundado todo el progreso. El señor Moreno Nieto, erudito, sabio, orador que posee una de las palabras más fáciles, galanas y floridas que se pueden oír en esta tierra tan abundante en grandes oradores, ha reivindicado la idea del progreso para el cristianismo, y la realización del progreso en su más alta universalidad para nuestro siglo. El señor Rodríguez San Pedro, que piensa con madurez, que habla con notabilísima facilidad, que hace el proceso de las ideas contrarias a la suya con toda la lógica y toda la minuciosa habilidad de un jurisconsulto, ha fundado el progreso en un criterio científico y lo ha reconocido en la vida con un criterio histórico, presentándolo como una verdadera serie. El señor Nogués, joven de gran porvenir, cuya palabra varonil y elevada nos promete

un nuevo orador, cuyo corazón, que late en su palabra, nos promete un nuevo defensor de la libertad, ha reconocido necesaria la reconciliación del espíritu religioso con el espíritu moderno, y necesario también el movimiento creciente del progreso. Y por último, el señor Berzosa, el dialéctico por excelencia; el habilísimo discutidor, nuestro buen lógico, que se parece al Cid en que gana batallas, y batallas gloriosas, pero con ideas muertas, ha escrito en la profunda oscuridad de la metafísica anterior a Descartes, con el fósforo que produce la descomposición de los huesos de las antiguas escuelas, grandes verdades, como la de que el progreso consiste en identificarnos con Dios en cuanto sea posible, sin traspasar el límite que separa la criatura del Creador, para que no vayamos a dar en el nefando panteísmo. Palabras todas que, ecos de distintas escuelas, expresadas por pensadores diversos y aún contrarios, forman un cántico unísono, como esas armonías que los grandes maestros producen con instrumentos distintos y cadencias diferentes, cántico unísono del progreso, que es el gran *Te-Deum* que el hijo del siglo diecinueve, del siglo del vapor y de la electricidad, del siglo de la libertad del pensamiento y del trabajo, eleva al Creador, diciéndole: soy más digno que mis predecesores de llevar en la conciencia tu eterna imá-

gen, porque soy más grande; y soy más grande porque soy más libre. (*Estrepitosos aplausos.*) ▶

Y comprended, señores, mirando la historia, que es la conciencia de la humanidad, cómo trasciende esta idea del progreso a la vida, y comparad los pueblos que la alcanzaron con los pueblos que no la tuvieron. Hace pocos días pintaba yo en solemne festividad, consagrada a una de las instituciones más altas de nuestro tiempo, los terrores incomparables del mundo cristiano al aproximarse el año 1000, época que creían las gentes del aquel siglo prefijada para fin de la tierra y el cumplimiento de las visiones del Apocalipsis. Quisiera poder recordar aquel cuadro que los continuados estudios históricos a que mi deber me fuerza, presentan siempre con viveza ante mis ojos. El recuerdo histórico, decía yo, que dilata la vida en lo pasado, se perdió; la luz de la ciencia, que dilata la vida en lo porvenir, se apagó; el hogar doméstico tornóse como sepulcro, la sociedad como vasto cementerio; el trabajo dejó de ser la ley de la actividad, y cayeron de todas las manos los instrumentos con que el hombre domó la naturaleza; la tierra, siempre fecunda, se tornó ingrata y estéril, como un montón de frías cenizas; el hambre fué tal, que los humanos comieron carne de sus semejantes; y la peste tanta,

que regiones enteras quedaron yermas, pues hasta las aves del cielo caían sofocadas por los miasmas de la universal podredumbre; señales terribles por do quier movían a espanto, pues el emperador Othon vió palidecer el sol; y el rey Roberto, en vez del hijo de su amor que esperaba, recibió en sus brazos un mónstruo; y un papa, mago, hechicero, según vulgar decir, subió al Capitolio, y en el mismo altar eternamente consagrado al sacrificio, encendió la mistura alquímica, aprendida en las escuelas árabes, a cuyo calor venían, no los rubios querubines que escucharan antes con las manos plegadas el sacratísimo sacrificio de la misa, sino brujas y endriagos; y los príncipes cristianos de la Península, los vencedores de Clavijo y de Simancas, volvieron a todo correr a refugiarse en los despeñaderos de donde habían descendido, asustados por el redoblar del atambor árabe, que turbaba hasta el sueño de Santiago en su sepulcro de Galicia; y el siervo se hundió en la gleba, y bajo el peso de sus cadenas esperó, bien hallado con su servidumbre, que sonará su hora; y los señores feudales, alzados en las cimas de las montañas para defender aquella sociedad, corrieron como bandadas de aves nocturnas a refugiarse en los claustros (*bien, bien*); y los monjes abandonaron los civilizadores

trabajos con que desecaban lagunas infectas y abrían bosques inexplorados y fecundaban tierras estériles, aguardando que se viera aparecer en las enrojecidas nubes el mensajero de la terrible sentencia; y perdidos todos los resortes de la vida y acabada toda esperanza, Satanás subió al vacío trono del mundo a regir aquella desgraciada sociedad, de la cual no podemos formarnos aproximada idea, sino mirando esas esculturas que se levantan en las catedrales bizantinas del siglo diez, horribles como la desesperación, demacradas como la muerte, que parecen exhalar de sus labios de piedra un cántico de ira, cuyos ecos, añadía yo, se pierden horrísonos en los tercetos del gran poeta del siglo trece, del gran desterrado, del hombre de mirar torvo que las mujeres de Verona creían huído del infierno; y que sobre aquel mundo de ahullidos, de rechinamiento de dientes, de ayes lastimeros, de lagos helados, de ríos de lava, de ruedas donde se quiebran los huesos y se deshila horriblemente la carne, sobre aquel mundo pone algo más espantoso que el dolor físico y el tormento, y es el «dejad toda esperanza», escrito en sus puertas: verdadera sentencia de muerte grabada por la mano de un mártir de las injusticias sociales sobre la pálida frente de la Edad Media. (*Estrepitosos y entusiastas aplausos*) ¿Quereis,

por el contrario, ver lo que vale una esperanza, aunque esa esperanza sea ilusoria? Hay un pueblo en el mundo que no es ni tan místico como el indio, ni tan guerrero como el persa, ni tan audaz navegante como el cartaginés y el fenicio, ni tan sábio como el egipcio, ni tan artista como el griego. ni tan político y astuto como el romano, y que, sin embargo, domina todos los pueblos con sus ideas metafísicas; y abatido, abate a los Faraones de Egipto; y esclavo, escribe sentencia de muerte en los festines de los Baltasares de Asiria; y desarmado, desarma a Ciro, en cuya presencia enmudeció el Oriente; y aislado en su santuario, desoye el cántico de la sirena griega que llevaba en sus labios Alejandro; y que a tantos pueblos cautivó, turbando el recuerdo de sus antiguas teogonías; y caído bajo el yugo del destino, bajo el yugo de Roma, sube las gradas del Capitolio, tintas en sangre de todas las razas, y sobre el Júpiter Capitolino, sobre el panteón, levanta su Dios, escapado de las ruinas del templo, como el anciano Anquises de Troya; milagros obrados, aparte de la Providencia divina que nunca abandona, la historia, por el sentimiento que tenía aquel pueblo de la renovación de su raza, de la venida de su Mesías; sentimiento que nunca le abandona, ni en el desierto, ni en la tienda del patriarca, ni

en las amarguras de su vida, ni en la esclavitud, ni entre los seleúcidas, ni bajo los romanos; sentimiento con que ha salvado toda la historia, con que ha recorrido toda la tierra, con que ha salido incólume de todas las hogueras atizadas por todas las intolerancias en su daño, sentimiento cuya virtud ha sido tan eficaz, que mientras los pueblos, sus dominadores, han pasado, han muerto, sin dejar de sí ni siquiera la huella que deja el reptil en la arena, ese pueblo privilegiado está aún de pié viendo indiferente como se estrella la catarata de los siglos contra su invencible esperanza. (*Aplausos.*)

Señores: Puesto que la idea del progreso tiene en sí tanta virtud, historiémosla, que su historia acaso nos dé la clave para conocer muchas épocas. Desde luego no busquéis esa idea en la antigüedad, porque o no existe, o si existe no existe con claridad. El indio creía que esta tierra es un lugar de expiación, donde el alma viene a purgar delitos anteriores a su vida terrestre; el persa imagina que en un principio el bien dominó al mal, y después lucharon mal y bien, y después el mal venció al bien, y para que el bien vuelva a vencer al mal, será necesario que pase como una sombra este nuestro mundo; el órfico, que une el Oriente con Grecia, proclama toda existencia una dege-

neración y un tormento, el pitagórico piensa que cuando los astros vuelvan a tocar en ciertos puntos del espacio ya recorridos, volverán los hombres, las instituciones, las sociedades que se tragaron los pasados tiempos; Platón, el espíritu más grande sin duda de su siglo, al querer encarnar la idea de su mente en una sociedad tipo y maestra de sociedades, resucita la bárbara casta destruída ya en su patria; Aristóteles, aunque en su filosofía de la naturaleza presiente una serie progresiva, dice que el bien y la luz y la armonía están en las regiones del cielo, mientras en la tierra solo existe el mal, las tinieblas, el desconcierto; Lucrecio, uno de los poetas más grandes que guardan los anales del arte, al ver a Roma en el lodo de las guerras civiles, y a Júpiter con el rayo apagado en la mano, reniega de los dioses y de los hombres; Ovidio, como Hesiodo en su teología pagana, ofrece primero una edad de oro, a la que sucede una edad de plata, y a su vez suceden a esta otras edades malhadadas y de sucesivas degeneraciones; Horacio, el republicano Horacio; descendiente de esclavos, y sin embargo libre, cree que las entrañas de su generación tan solo pueden engendrar el mal y la servidumbre; Catón, que la antigüedad nos legó como uno de sus más perfectos tipos de virtud, al oír

el cántico de las legiones de César, vencedoras, se parte aquel corazón en que no resta ni una gota del bálsamo de la esperanza; y Bruto, el último Romano, Bruto, que había llevado su amor a la libertad hasta el olvido de todo sentimiento, en aquella última noche de la república, cuando los soldados de los triunviros le cercan, de rodillas, a los pies de un esclavo, le pide con anhelo la muerte, y al recibirla y expirar como el cielo sonriera sereno, y los astros brillaran tranquilos cual si nada sucediese en la tierra, exclama: «¡Virtud, nombre vano, engañosa palabra, esclavo del destino! ¡ay! ¡y he creído en ti!» grito de maldición horrible, escapado, más que del pecho herido de aquel hombre, del seno de una sociedad falta del sentimiento del progreso.

Sin embargo, una sociedad no puede vivir si no hay en su seno alguna esperanza. Aunque el sentimiento de la degeneración humana sea el sentimiento de la antigüedad, no dejareis de encontrar en filósofos y en poetas algunos destellos de esperanza. Sobre todo, al aparecer el cristianismo, la poesía florece anticipadamente. La conciencia humana late como la yema del árbol cuando se acerca la primavera. Hay en este tiempo un poeta que parece ya cristiano. Todos, absolutamente todos, estáis ya murmurando el nombre de Virgilio, y

trayendo a las mientes su *Égloga IV*, uno de los cánticos más dulces y mas bellos que la antigüedad nos ha legado. El poeta ruega a las musas de Sicilia que levanten su cántico; pide amparo a Lucina y Apoío, porque va a rasgar los velos que envuelven los misterios de las Sibilas, a señalar un nuevo orden que nace del seno alterado de los siglos, una nueva progenie que descende de los altos cielos, un redentor, en virtud de cuyas leyes la tierra perderá las manchas de sus crímenes, y la conciencia la sombra de sus errores, y el león su fiereza, y la engañadora serpiente su astucia, y la adelfa y demás plantas venenosas su ponzoña; y por tan misteriosa manera lo purificará todo, que el campo se llenará sin necesidad de trabajo, por si mismo, de doradas espigas, y la vid de purpurinos racimos, y la dura corteza del roble destilará regalada miel, y el vellón del cordero se teñirá con las matices del iris, y la juguetona cabra irá de grado con sus tetas cargadas de leche al aprisco, y la tarda vaca al establo, y la yerba no sentirá la mordedura de la hoz, ni el buey el peso del yugo, y las colinas se coronarán de lirios, y los valles se ornarán de plantas aromáticas de Asiria, y la tierra en sus fundamentos y el mar en su inmenso lecho, y el cielo en sus concavidades, saludarán este nuevo reino de Sa-

turno, este nuevo día de Astrea, cuya gloria será tanta, que no podrá ensalzarla ni Lino, ni el Tracio Orfeo, y el mismo Pan arrojará lejos de sí el caramillo y la flauta con que despertaba a las ninfas de los arroyos y hacía resonar las azuladas montañas de Thesalia, dejando a otro poeta más grande que cante este florecimiento de la naturaleza y del espíritu con cántico sublime que asombre al universo. (*Entusiastas y repetidos aplausos.*)

Señores: Jesucristo, que debía cumplir esta esperanza de la antigüedad, abre con su celeste doctrina horizontes infinitos a la idea de progreso, y en el sermón de la montaña, verdadera transfiguración de la conciencia, dice, si no estas, parecidas palabras: «Vuestros padres os dijeron: ojo por ojo y diente por diente, y yo os digo, al que os abofetee en la mejilla derecha, presentadle la izquierda; vuestros padres os dijeron; no mancheis con la concupiscencia el cuerpo, y yo os digo, ni el corazón ni el pensamiento; vuestros padres os dijeron: amad a vuestro prójimo y odiad a vuestros enemigos, y como esto también lo hacen los paganos, yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os hacen mal, orad, por los que os persiguen y os calumnian;» y para que esta doctrina de absoluta moral fuera coronada con

un ideal de progreso para toda la vida, añade: «y sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto;» y como nuestro Padre que está en los cielos es verdad, bondad y hermosura perfecta. Jesucristo da por vez primera a la humanidad, como obligación moral y religiosa, el perfeccionamiento infinito y progresivo, en cuanto es dable a la naturaleza humana; y por eso yo, que tengo el cristianismo por la religión de mi vida moral y la libertad por la religión de mi vida política, creo, a pesar de que se haya intentado ungir con la idea cristiana la frente de todos los tiranos y legitimar con la idea cristiana la humillación de todos los esclavos, creo que Jesucristo abre al extender los brazos en la cruz la nueva edad de la justicia y del derecho, y que las gotas de su sangre caídas en nuestra conciencia, nos han dado ese anhelo de lo infinito. que es nuestro martirio y nuestra gloria, nuestro dolor pero también el signo de nuestra inmensa grandeza. (*Aplausos.*) Esta doctrina de progreso debía ser comentada y extendida por los grandes maestros de la verdad cristiana, por los Padres de la iglesia. Se necesitaría más tiempo del que yo puedo emplear, y más conocimientos de los que yo puedo poseer, para expresar toda serie de ideas. No os hablaré, pues, del reino de Dios, según San

Pablo, porque ese reino está fuera del tiempo y del espacio, ni de la acción del verbo sobre el mundo, según San Juan, aunque es la ley de perfeccionamiento; ni de las palabras de San Clemente, que ve dos preparaciones a la verdad, una religiosa, obra de los profetas hebreos, y otra científica obra de los filósofos griegos; ni de Lactancio, que nos enseña de qué suerte el paraíso, perdido en nuestros recuerdos por la culpa de Adán, renace en nuestras esperanzas por los méritos de Cristo; ni de Tertuliano, que señala tres revelaciones progresivas, la revelación de lo pasado hecha por el Padre en el Sinaí, la revelación de lo presente hecha por el Hijo en el Calvario, la revelación de lo porvenir que hará el Paracleto, el espíritu, cuando extienda sus alas de luz sobre los mundos; como en el primer día de la creación; ni os hablaré; por último, del gran defensor de la nueva idea, del que llevó su ascetismo hasta suicidarse para todo placer, del que quiso resucitar con el regocijo de la buena nueva hasta los huesos de Sócrates y Platón, ya confundidos con la madre tierra, del que reunió en su ciencia el espíritu de Oriente a las ideas platónicas, y las ideas platónicas al gnosticismo, y el gnosticismo al sueño magnético de lo infinito, que era el carácter de la escuela de Alejandría; no os hablaré de Orígenes, en fin, cuyo celo, a veces exa-

gerado, le llevó a ideas condenadas por la iglesia; de Orígenes, que después de habernos mostrado las almas unidas a Dios en la creación primera por el lazo de la inocencia, y de llorar su caída por la culpa en la materia, tiene fe tal en la eficacia de la idea cristiana y en la virtud de la redención, que nos muestran las almas todas volviendo en progresión continua a bañarse en el éter divino de la gloria, sin que de esta salvación universal se exceptúe ni el mismo genio de las tinieblas, que muchas veces, al leer las palabras de este exaltado y elocuente doctor, he creído ver allá en mi fantasía, sacudiendo la ceniza del infierno, restaurado en su primitiva inocencia y en su hermosura perdida, volando en las esferas, ceñido de luz, sembrado de mundos los surcos del espacio, arrobado delante del Eterno, cuya misteriosa esencia veía yo sobre los abismos de la creación, sin alumbrar ni una gota de hiel ni una lágrima, eterno sol de verdad y de justicia. (*Aplausos.*) Mas no he menester decir que estos principios que expongo y no juzgo, dieron gran impulso a la idea del progreso, impulso que se conoció cuando en los amargos trances de la irrupción de los bárbaros, el mundo no tuvo ni más consuelo ni más refugio que la visión beatífica de la ciudad celeste levantada por San Agustín sobre aquella pavorosa tormenta.

La idea del progreso durmió durante la Edad Media en aquel gran caos, hasta que se despertó en el renacimiento. En efecto, cuando la humanidad comenzó a limar muchas de las cadenas que la ataban a la tierra, y la naturaleza a reivindicar muchos de los derechos que había perdido, y la conciencia a sacudir muchos de los terrores que la habían paralizado, uno de los hombres que primero se arma contra la escolástica, Bacon, conoce que no hay esfuerzo de la humanidad que se haya perdido, ni idea de la humanidad que no haya fructificado, y presenta el gérmen de la historia tal como [hoy la conocemos, historia de todos los adelantos, de todos los esfuerzos, de todas las luchas, historia de la cual resulta una serie de hechos en el espacio, y una serie de ideas en la conciencia, que son el testimonio vivo del progreso. Y así como al concluirse el fatalismo religioso apareció la idea del progreso en la esfera de la religión, y al concluirse el fatalismo científico aparece la idea del progreso en la esfera de la ciencia, al concluirse el fatalismo político aparece con el gran Condorcet el progreso en la esfera política, y la humanidad entrevé que el derecho no está ni en las castas, ni en las teocracias, ni en las aristocracias feudales, ni en las monarquías absolutas, sinó en el seno de la conciencia. (*Bien, bien*). Y

así desde el renacimiento la idea del progreso es la idea de todos los pueblos europeos.

Señores: He dicho que la idea del progreso es la idea de todos los pueblos europeos, y he dicho mal. Hay un pueblo que todos admirais por sus grandezas, que todos compadeceis por sus desgracias. Italia, Italia, patria de nuestro espíritu, cuna de nuestro pensamiento, madre de nuestra habla, templo de nuestra religión (*bien, bien*); Italia, la más grande pero la más infortunada de las naciones; Italia cuya vida ha sido un eterno tormento, cuya historia ha sido un prolongado calvario; desgarrada, al comenzar la Edad moderna, por los bárbaros que no encontraban ni Mários ni Escipiones en su triunfal camino; suspensa de una sombra de imperio, cuyo trono se alzaba en las oscuras selvas del feroz Arminio; dividida entre sus castillos feudales y sus turbulentos municipios, sin acertar, ni con la libertad, ni con la autoridad, ni con la aristocracia, ni con la democracia; enamorada de un ideal de gobierno perdido en lo pasado, amor tan puro y tan estéril como el amor de Petrarca; abierta a todos los vientos de la tempestad y a todos los pueblos de la tierra por su teocracia cosmopolita, ora desesperada y sumida como austera penitente en el polvo con Savonarola, ora alegre y risueña como

una Bacante con Bocaccio y Ariosto, pero perseguida y violada siempre por los reyes de la tierra, que iban a buscar un rayo de sol a su cielo y un rayo de inmortalidad a su historia (*aplausos*); obligada a cubrir de cuadros, a ornar de estatuas, a poblar de armonía desde el potro del tormento sus mismos calabozos, es decir los palacios de sus verdugos; como el ruiseñor prisionero regala con sus endechas el oído del bárbaro que le ha arrancado a la libertad de los bosques (*frenéticos aplausos*); siempre desgraciada, aunque reparte su corazón entre todas las regiones de la tierra para que le perdonen su grandeza, y da a Francia el pensamiento de Santo Tomás, a Alemania el pensamiento de Giordiano Bruno, a España el alma de Cristóbal Colón, al cielo el comentario de Galileo (*frenéticos y re-retidos apaludos*); Italia, que vé a sus hijos o errantes, o muertos o esclavos, así como en literatura nos ha dejado el cántico de la desesperación desde el Dante hasta Leopardi; y en música el sollozo del destierro desde Palestrina hasta Bellini (*bien, bien*); y en pintura, al lado de tantas imágenes rientes, el Jeremías de la desesperación, trazado por la titánica mano de Miguel Angel, en historia nos ha legado el dogma de la retrogradación con Maquiavelo y el dogma del fatalismo

con Vico: venganza que toma de todos los siglos; por las injusticias de que ha sido víctima ese Lázaro de los pueblos, cuya resurrección mostraremos a nuestros hijos como el milagro que prueba el poder y la santidad de nuestro siglo. (*Estrepitosos y unánimes aplausos que interrumpen por algún tiempo al orador.*)

Señores: Me había distraído contemplando el espectáculo de la historia de Italia; volvamos a reanudar el hilo de la historia de la idea del progreso. La habeis visto presentida en el arte de Virgilio, enseñada en la religión por Jesucristo, comentada en la teología por los Padres, explicada en filosofía por Bacón, extendida a la política por Turgot y por Condorcet. Pero puede asegurarse que la universalidad de la idea del progreso no se ha conocido hasta nuestro siglo, y que este es su carácter. Cada siglo, si lo estudiáis a fondo, tiene un carácter preeminente que le separa de los demás siglos. El siglo primero es el siglo del imperio de Roma y de la revelación del cristianismo; el siglo segundo es el siglo de los estóicos en el imperio, de los gnosticos en la filosofía, de los apologistas en la religión (*bien, bien*); el siglo tercero es el siglo de los filósofos alejandrinos y de los Padres de la iglesia (*bien, bien*;) el siglo cuarto es el siglo de la definición del dog-

ma, de Iliberis, de Nicea, de Constantinopla, de San Atanasio (*aplausos*); el siglo quinto es el siglo de los bárbaros, de Ricimero, de Genseric, de Odoacro, de Atila; el siglo sexto es el siglo de la reconciliación de los bárbaros con la Iglesia por Clodoveo; y de la reconciliación del derecho romano con la idea cristiana, por Justiniano (*aplausos*); el siglo séptimo es el siglo de los árabes; el siglo octavo es el siglo del encuentro de los árabes con los godos en España, y del encuentro de los francos con los longobardos en Italia, el siglo de la guerra de todas las razas; el siglo noveno es el siglo en que desaparece la última sombra del imperio con Carlo-Magno, y aparece la primer sombra del nuevo feudalismo con los normandos (*bien, bien*); el siglo décimo es el siglo en que se fortifica la idea feudal, y en que el califato de Córdoba trae al seno de Europa un soplo de orientalismo (*bien, bien*); el siglo undécimo es el siglo de la gran lucha del pontificado y el imperio, el siglo de Gregorio VII; el siglo duodécimo siglo de las Cruzadas; el décimo-tercio es el siglo de la teología, que tiene su pensamiento en Santo Tomás, su poesía en el Dante, su arquitectura en las catedrales de Colonia y de Toledo, su código en las Partidas, su política en San Fernando y San Luis, su personificación en

Inocencio III (*aplausos*); el siglo décimo-cuarto es el siglo en que los jurisconsultos comienzan a combatir el predominio político del Papa, la idea general de la Edad Media, y los reyes a combatir el predominio social de la nobleza, la idea particular de la Edad Media, el siglo en que más se pelea por la unidad de la monarquía, el siglo de Felipe el Hermoso, de Francia, de Pedro IV de Aragón, de Alfonso XI y Pedro el Cruel de Castilla; el siglo décimo-quinto es el siglo del despertar de la naturaleza y del arte, el siglo de los grandes descubrimientos; de la brújula, de la imprenta, del viaje épico de los portugueses a Oriente, del viaje mitológico de los españoles a América (*aplausos*); el siglo décimo-sexto es el siglo de las luchas teológicas en la conciencia, y de las guerras religiosas en el espacio, el siglo de Lutero y León X, el siglo de Carlos V y Francisco I, últimas personificaciones de la caballería de la Edad Media, el siglo de Enrique VIII, el maquiavelismo de los protestantes, y de Felipe II, el maquiavelismo de los católicos; el siglo décimo-séptimo es el siglo de la filosofía, en que el espíritu se conoce a sí mismo en Descartes, y se dilata en la naturaleza con Espinosa y con Loke, y en Dios con Bossuet y con Leibnitz (*bien, bien*); el siglo décimo-octavo es el siglo de la crítica de todas las antiguas ideas en

la conciencia y de la revolución contra todas las antiguas instituciones en la sociedad, el siglo que comienza con la *Enciclopedia* y concluye con la *Critica de la razon pura*, que comienza con Voltaire y concluye con Kant; el siglo de Rousseau, la idea; de Mirabeau, la palabra; de Danton, la acción y el siglo décimo-nono es el siglo en que la humanidad tiene conciencia de sí misma y de su larga vida, el siglo de la armonía de todas las facultades, de todas las direcciones del espíritu, el gran siglo de la filosofía de la historia y de la idea del progreso. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Podemos, pues, decir, que la idea reflexiva del progreso pertenece de derecho a nuestro siglo. Segura la conciencia en el primer momento de esta idea en nuestro siglo, de que la tierra no envejece, se volvió a mirar el espíritu subjetivo; pues si la tierra envejeciera, la haría rejuvenecerse el hombre, empapándola con el sudor de su frente. Tres soluciones pueden darse a la cuestión del progreso: o la humanidad retrocede, porque perdería la experiencia, lo cual es absurdo; o la humanidad se para, porque perdería la actividad, lo cual es imposible; o la humanidad anda hacia adelante, lo cual es verdadero y legítimo. Como en la naturaleza nada representa ni nada vale el acaso, en la historia nada significa lo fortuito. Es-

tudiando maduramente la historia, se encuentra primero la libertad del hombre, después la humanidad como un ser que tiene vida propia, y por último, una ley general histórica. El hombre tiene facultades y aptitudes, y en la aplicación de estas facultades y en el cumplimiento de estas aptitudes se encierra la determinación verdadera de la idea de progreso. Mas no vive el hombre sólo como individuo, sino también como humanidad; y así siente su vida en todo lo pasado, se reconoce a sí mismo en sus padres, y dilata su esencia a lo porvenir, sin ser injusto con ninguna de las manifestaciones del espíritu en la historia, porque en cada una de esas manifestaciones hay algo de su propio ser. Por último, limitando el horizonte del progreso a la historia y vida presente, su objeto es una sociedad en el derecho; respetando todas las facultades humanas, les deja espacio para moverse y para realizar en su totalidad y en su armonía la vida del espíritu. Observando las tendencias de la religión, de las artes, de las ciencias, se ve que además del carácter propio y de la ley íntima de su ser, tienen por objeto crear un hombre mejor y una sociedad más perfecta. El espíritu, pues, en este instante, había encerrado el progreso en sí mismo, en la propia subjetividad.

La naturaleza no puede ser menospreciada, y

en frente de este progreso subjetivo se plantea la idea del progreso objetivo. Y no se puede negar que al menos el conocimiento de la naturaleza ha progresado esplendorosamente en nuestro tiempo. La bóveda de cristal en que la ciencia de la Edad Media encerrara, como bajo inmensa máquina neumática, nuestro sistema planetario, cayó hecha trizas cuando el lente de Galileo exploró los espacios; la tierra, tenida antes por plana e inmóvil como la losa de un sepulcro, comenzó a sentir que se movía, y a impulsar con su propio movimiento el movimiento de la humanidad; y si bien perdimos el imaginario centro de las esferas, y dejamos de referirlo todo a nuestra misma existencia, en cambio pesamos en el pensamiento de Newton la gravitación universal; anotamos con Keplero las notas misteriosas del concierto de los orbes; conocimos con Laplace las leyes de la mecánica celeste; contamos los planetas que se acercan al sol a enrojecerse como mariposas de oro, en sus ardientes llamas, los grandes mundos, que fuera ya casi del alcance de la atracción, andan con tardo paso acompañados de sus lunas, que amorosas les van siguiendo en su carrera triunfal por lo infinito; perdimos el temor que nuestros predecesores tuvieran a los cometas, y donde ellos vieron la espada de fuego pronta a expul-

arlos del edén de la vida, vemos nosotros, o una débil gasa de materia cósmica, o la esperanza y el presentimiento de un nuevo mundo; adivinamos que más allá del alcance de nuestra vista, de los telescopios y de nuestras observaciones, acaso hierven nuevos planetas, renovándose todos los días el milagro de la creación; y lejos de caer abrumados con la idea de nuestra pequeñez bajo la inmensa pesadumbre de tanta grandeza, como la materia misma se espiritualiza en nuestras manos con el gas, la electricidad y el impalpable magnetismo, aunque perdidos en las ondas de orbes y de soles, prorrumpimos en himnos de triunfo, conociendo que la inmensidad y el cielo son también la patria de nuestro organismo, y que por habitante del gran cosmos, nuestro cuerpo tiene, como nuestro espíritu, lo infinito por sagrario y luminoso santuario. (*bien, bien*).

Mas era necesaria una síntesis de estas dos determinaciones subjetiva y objetiva del progreso, síntesis que dió la filosofía que ha sido llamada filosofía del siglo décimo-noveno. El ser es el primer principio de esta filosofía, primer principio como el universo índico, el dios platónico, la materia aristotélica y la unidad alejandrina; y el llegar a ser o el suceder, es el trabajo del ser para realizarse, y es respecto al ser lo que la energía es

respecto a la causa en Aristóteles y los peripatéticos, y lo que el acto es respecto a la potencia en Santo Tomás y los escolásticos; y la esencia del ser es la idea tan abstracta y tan indeterminada en su principio, que se confunde casi con el no ser; y la idea tiene tres términos, generación, destrucción, reproducción, esencia, noción, juicio, tesis, antítesis, síntesis: y el llegar a ser de la idea, o el movimiento de la idea, es la dialéctica que encarna estos tres términos en todo lo existente y en todo lo posible, y los encarna en serie progresiva; y la primer encarnación de la idea es la naturaleza, donde la trilogía, tesis, antítesis y síntesis, se reproduce en la naturaleza mecánica, química y orgánica, y la naturaleza mecánica es cohesión, repulsión y armonía o atracción; y la naturaleza química es ázoe, carbono y oxígeno; y la naturaleza orgánica es mineral, vegetal y animal; y la idea concreta de la naturaleza es la tierra que reproduce los tres términos en su vida: primero, vida solar cuando está confundida en el caos del gran todo; segundo, vida de cometa cuando comienza, desprendida del sol, a errar por los espacios; tercero, vida planetaria y esférica; y como planeta reproduce los tres términos en los terrenos primarios, secundarios y terciarios; y en el *humus* brota ya un nuevo progreso de la idea, el ve-

getal, que reproduce los tres términos en la lignificación, la circulación de la sávia y la reproducción, por la flor, el fruto y la semilla; y sobre el vegetal se levanta el animal, que reproduce los tres términos en su sistemas bilioso, sanguíneo y nervioso, y que se desarrolla en série progresiva desde el infusorio al zoófito, desde el zoófito al pólipo, desde el pólipo al molusco, desde el molusco al pez, desde el pez al anfibio, desde el anfibio al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al mamífero, desde el mamífero al hombre, donde la naturaleza se agota y comienza el espíritu (*bien, bien*); y el espíritu no muere porque no es orgánico, y no se descompone, antes vive por sí, por su libertad, y encierra también la trilogía como sujeto, objeto, y sujeto-objeto o absoluto; y el espíritu como sujeto se encarna en tres términos: en la familia, en el Estado, en la humanidad; y la humanidad vive en la historia que tiene su trilogía en el Oriente, el mundo greco-romano y el mundo moderno; y como objeto, el espíritu se encarna en el arte, que es simbólico, clásico y romántico; y del arte pasa a la religión, que es primero religión de la naturaleza, desde el culto fetichista hasta el culto de la luz; religión del espíritu, del arte en Grecia, del entendimiento y la política en Roma de la idea metafísica en Judea; y por último, la

religión es religión de lo absoluto en el cristianismo; y de la religión el espíritu pasa a la filosofía, donde tiene plena conciencia de sí mismo; ¡sistema asombroso, que podréis negar, en el cual no querréis arrojar vuestros penates, ni confundir vuestra personalidad; río sin riberas, movimiento sin término, sucesión indefinida, série lógica, especie de serpiente que desde la oscuridad de la nada se levanta al ser, y del ser a la naturaleza, y de la naturaleza al espíritu, y del espíritu a Dios, enroscándose en el árbol de la vida universal (*bien, bien*); sistema asombroso que podréis rechazar, pero que no podréis de ninguna suerte desconocer como el esfuerzo más grande que la razón humana ha hecho para dar conciencia de sí a la gran idea del siglo, a la idea del progreso! (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores; el escollo de esta filosofía se vió bien pronto. Al pié de ella brotó una escuela que era, respecto a su fundador, lo que los sofistas respecto a Heráclito, y los cínicos respecto a Sócrates. La extrema izquierda negó todo principio absoluto; no reconoció más ley moral que el desarrollo de esta idea en la conciencia que ha sacrificado al anciano inútil y al niño deforme; ni mas derecho que el guardado en los Códigos, justificando así toda tiranía y toda servidumbre: ni mas

arte que los monumentos esparcidos por la humanidad en su camino, desde el templo troglodita que se hunde en las entrañas de la tierra, hasta la aguja gótica que se pierde en los arreboles del cielo; ni más ciencia que la serie de sistemas por donde ha pasado el hombre desde el excepticismo al dogmatismo, desde el materialismo al idealismo, ni más sustancia que el fenómeno, ni más esencia que el accidente, ni más principio que el movimiento; ideas que en todos tiempos rechazará la razón humana, pues en nombre de la eterna moral aprobará el bien y condenará el mal; y en nombre de la eterna verdad anatematizará el error; y en nombre de la eterna hermosura comprenderá el arte, y pondrá todas sus ideas en lo incondicional y en lo absoluto, y separando los movibles y transitorios hechos, buscará en Dios, en ese primer principio, el sér que preside toda la vida, y el motor inmóvil que impulsa todo el movimiento de la historia.

Y en verdad, señores, el progreso sin Dios, sería un efecto sin causa, una consecuencia sin principio, un movimiento sin impulso, una vida sin fundamento, porque Dios es la palabra que todo lo explica, el ser que todo lo contiene, el eterno sol de la naturaleza y del espíritu. (*Bien, bien.*) Y así como el progreso sin la idea de Dios sería un efecto

sin causa, el progreso, la idea de humanidad como ser, el progreso, sin esta idea, sería una série sin principio lógico, sin unidad sin explicación, sin vida. En la gran idea de humanidad se unen todos los pueblos y todos los individuos, se destruyen todas las antimonias de la historia, se acaban todas las limitaciones de la vida, se encuentra todo lo que hay de fundamental en nuestro carácter y de esencial en nuestra naturaleza, se ve la unidad de nuestro derecho, la consustancialidad de una edad con las demás edades, la interioridad de nuestra vida, y se explica, por consiguiente, el progreso. Ahora bien: la humanidad no es sólo naturaleza; la humanidad es también espíritu, o mejor dicho, la humanidad es la armonía de la naturaleza y del espíritu. Y la humanidad tiene facultades para ir realizando su esencia, extendiendo su vida. Tiene la actividad del trabajo, que la une a la tierra; la actividad del sentimiento, que la une con sus semejantes; la actividad de la imaginación, que le da su primer obra, el arte; la actividad de la inteligencia, que le revela todas las leyes generales del sentimiento de la vida; la actividad de la razón, que le da la ciencia y la une a Dios, y por último, la actividad de la voluntad, que bajo forma de libertad impulsa a todo su ser a realizarse, a existir, a cumplir su esencia y a llegar al bien, término último

de todos los esfuerzos de su prodigiosa naturaleza. Las facultades son el medio del progreso; el bien es el fin del progreso. Cada ser realiza en su esfera el bien, cuando cumple el destino providencial que le está determinado en las varias escalas de la naturaleza. El hombre es el foco donde todos los rayos rotos de la vida se concentran; es la única personalidad que existe en la creación; es el único ser creado que realiza su esencia con libertad completa. En la realización libre de la esencia, está el secreto y la determinación de la idea del progreso. Ahora bien: estudiemos el progreso en la naturaleza, en el trabajo, en el sentimiento, en el arte, en la ciencia, en la religión y en las dos ideas, que son leyes de las demás ideas, en la moral y en el derecho. Para recorrer tan largo espacio, bien necesito que no me abandone ni un instante vuestra benevolencia. Busquemos todas estas ideas en su desarrollo y en su serie lógica. El progreso está manifiesto en la naturaleza. La geología, la ciencia que ha revelado la vida del planeta y su historia, os dirá que la tierra en su primer momento era como ignea masa que ocupaba con la dilatación de sus varias sustancias inmensos espacios; masa que llevaba en su corona de fuego materias disueltas, agua evaporada, tonante electricidad, y en sus entrañas, pro-

fundas e incandescentes como un horno, el hervidero de los gérmenes de los minerales combatidos por diluvios de llamas, por tempestades gigantes, en que cada rayo era como una tromba de electricidad, cada estallido como la explosión de mil volcanes, cada hilo de lluvia bituminosa y roja como inmensa catarata que al estrellarse y chocar con otras corrientes, con nuevas ebulliciones de la materia, elevaba en remolinos a las alturas lava encendida, aerolitos abrasados, oscuros gases en cuyas alas impalpables y etéreas iban ya escondidos los gérmenes químicos de los seres que habían de coronar más tarde, con sus varias y brillantes organizaciones, el entonces enrojecido planeta. Pero poco a poco el planeta, por la rotación y por el movimiento, se enfría; las aguas se condensan y caen; el mar, solitario y majestuoso, se extiende por los espacios vírgenes; las materias que lleva disueltas en sus profundas entrañas, se juntan; las islas flotan; los continentes se determinan, merced a las graníticas montañas cinceladas por el fuego creador; de los amores del agua con la tierra, surge ya el terreno vegetal, y mientras el líquen palpita en las entrañas del Oceano, el humus engendra la mohosa pelusa, las yerbas, y el calor anima grandes arborizaciones; y poco a poco el infusorio se vivifica,

el zoófito nace, el pólipo crece, el pez se mueve, el antifibio pugna por traspasar su atmosfera y respirar en otra atmósfera más pura y más etérea, el reptil se arrastra en el polvo, el ave quiebra su huevo y se pierde cantando en los cielos, como una aspiración de la tierra a lo infinito; los grandes mamíferos, tipos monstruosos y gigantes, engendrados por las entrañas de titánica naturaleza, como el megaterio y el mastodonte, andan al borde oscuro de los abismos; a la orilla de los lagos profundos, entre selvas adornadas por una flora exuberante e iluminadas por el reflejo de los volcanes que se apagan, hasta que toda la naturaleza toma líneas más bellas, formas mucho más puras y graciosas para celebrar sus nupcias con el espíritu (*bien, bien*), para recibir al hombre, el último que viene a elevar un pensamiento sobre tanto ser dormido, una conciencia sobre tanto ser inconsciente, a dar dirección a tantos instintos diseminados; el hombre, que completa esta obra cuyas edades aún podéis ver hoy si subís al árido cráter de los volcanes; si os perdéis en el seno solitario del Océano, suspendidos entre dos infinitos; si visitáis los bosques tropicales en que la tierra parece agitada aún por la fecundación primitiva; si os paráis a contemplar nuestras graciosas campiñas; y así conoceréis el eterno Plutón de los geólogos,

que aún ilumina y abrasa; el eterno Neptuno, que aún os besa con sus brisas y os seduce con sus fosfóricas estelas; el eterno Pan, que aún deja huellas de flores al hollar con su pezuña hendida los campos; y conoceréis la edad de fuego, la edad de agua, la edad de la vegetación y de los animales, la edad del hombre; y todas estas edades tan admirablemente encadenadas, escribirán a vuestros ojos con lavas, con líquenes, con carbones, con varios organismos el gran poema del progreso en la naturaleza. (*Aplausos*). El progreso, pues, de la naturaleza consiste en acercarse a ser digna habitación del espíritu.

El primer esfuerzo del hombre es el trabajo, por el cual se apropia la vida de la naturaleza, Decía un sábio que si Dios le dijera: «en una mano tengo la verdad, y en la otra el camino para llegar a la verdad, elige;» elegiría el camino de la verdad. Y yo creo señores, que si os dijera: «en una mano tengo el dominio de la naturaleza, y en la otra el camino para llegar a ese dominio,» elegiríais el camino, aunque lo sembrárais con vuestro sudor y vuestra sangre; pues si el hombre ama mucho el goce tranquilo, ama mucho más las obras que son hijas de su dolor y de su esfuerzo. La ley del trabajo es la ley más noble, la ley más santa de nuestra naturaleza. Los an-

tiguos tenían la teoría de que el trabajo era una señal de miseria y degradación, y de aquí la práctica de dejar el placer, el goce indolente para el poderoso y para el afortunado, y el esfuerzo, el trabajo, para el miserable y el humilde. ¡Ah! señores; el corazón se oprime, los ojos se nublan al recordar la historia de los trabajadores, que son nuestra prosápia, nuestra estirpe; historia que hemos olvidado, y que está escrita con la sangre de nuestros padres. Individuos de la clase media sois todos o casi todos los que me escuchais. Pues bien; inclinuos al abismo de los tiempos pasados; buscad en el polvo las cenizas de vuestros padres; que no encontrareis, porque para los desgraciados y los pobres no hay sepulcros en la tierra (*Ruidosos y redoblados aplausos*); reunid algunos de sus huesos que se hayan salvado de las catástrofes de la naturaleza y de las catástrofes de la historia, y los veréis taladrados por el clavo vil de la servidumbre (*Profunda sensación*); porque vuestros padres eran escrescencias de la creación, y lo emponzoñaban todo con su maldita sombra en la teocracia índica; servían de víctimas en los sacrificios consagrados a Astarte y a Baal; dioses bárbaros que habrían sus narices para aspirar el olor de la carne humana; iban atados a las guerras pérsicas a pelear con los enemigos de sus eternos enemigos; levantaban

con un grillo en el pie y una cadena en la mano sus propios calabozos en los palacios gigantescos de sus déspotas; servían de animales de carga a los comerciantes cartagineses y fenicios; peleaban en Marathon por la libertad, y sólo encontraban la libertad de sus verdugos; enrojecían con su sangre los circos, las naumaquias, para divertir los ocios de un pueblo rey de la tierra; eran aplastados por los carros de los bárbaros; trabajaban día y noche empapando con sus amargas lágrimas, con su acre sudor, la gleba, y recogían frutos y flores para los caballeros feudales, clavándose ellos tan solo las espinas de la tierra (*Bien bien*); y si vosotros, sus descendientes, sus hijos, tenéis la propiedad de vuestra persona, de vuestro hogar, de vuestro trabajo, de vuestra patria, lo debéis sin duda a esta electricidad revolucionaria que ha grabado la idea de la justicia en vuestra conciencia, y os ha dado aliento para recabar la libertad, si, libertad que debéis transmitir incólume a vuestros hijos, como la más preciosa herencia, y que debéis pedir y obtener para los desgraciados que aún viven fuera de la ciudad santa del derecho, para que no seáis reos de las mismas injusticias de que han sido víctimas vuestros padres. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*) El trabajo ha tenido tres momentos en su larga historia. En la antigüedad do-

minó el egoismo; después del cristianismo la caridad, que emancipó religiosamente al trabajador; pero después de la revolución, que aplica la idea cristiana a la política, debe reinar la justicia, la libertad del trabajo, que emancipará políticamente al trabajador.

Examinado el trabajo, examinemos el segundo grado de la vida, el sentimiento y la institución augusta que más vivamente encarna el sentimiento, la familia. La misma idea egoísta que reinaba respecto al trabajo, reinaba también respecto a la familia. De la desigualdad moral y religiosa de los sexos, nació el serrallo oriental, en que la pobre mujer vivía esclava, falta del dulce calor del sentimiento; nació la hetaira griega, que acompañaba al ciudadano a la plaza pública, al teatro, coronada de flores, mientras la esposa legítima en el fondo del hogar velaba por la tranquilidad de la familia; nació la concubina legal de los romanos, menospreciada siempre por la matrona; y nació por último, la barragana de la Edad Media, que también tenía esta excelencia, entre otras muchas la Edad Media (*Risas*); manchas todas de la santidad del hogar, de la pureza de la familia y de la educación de los hijos. El tipo de la familia antiguo es la familia romana. El patricio, que se esfuerza en resucitar la casta asiática, es

rey y tiene su trono en el hogar; legislador, al vibrar su lanza en las curias; propietario, al poner la pesada losa del sepulcro en el campo; pontífice, al ofrecer culto y holocausto a los dioses lares; genio misterioso que no manda, encadena; no personifica, absorbe la familia. Desde el momento en que trata de cimentar sus hogares, busca una joven, la compra, o la une a sí por los misterios de la confarreación, le parte la cabellera con la punta de su lanza, la hace pasar dentro de la casa sin que toque el dintel de la puerta con sus plantas, y la destina a ser su esclava y a darle hijos. Y a su vez los hijos vienen a la vida sin personalidad, sin representación legal, sin derecho. Y más allá del hijo está el cliente, que necesita hasta para presentarse en juicio de su aristócrata patrono. Y más allá del cliente está el esclavo, sin religión, porque los dioses serviles no son más que un espejismo religioso que el ardor del alma levanta en la conciencia, dioses sin culto y sin poder; y no sólo no tiene dioses, sino que no tiene familia, porque la compra y la venta se la arrebató de su lado; y no sólo no tiene familia, sino que tampoco tiene dignidad; siempre herido por el látigo, contado siempre entre el perro y el caballo de la casa, obligado a beber aquel brebaje, compuesto de agua del mar y vinagre,

y algunas gotas de miel que el severo Catón, el censor, propinaba como muy idóneo para mantener sus fuerzas y refrescar su sangre. Y sobre la piedra negra y maldecida de aquel sombrío hogar, mujer, hijos, clientes y esclavos, se perdían en la misteriosa personalidad del patricio, verdadera reminiscencia histórica del déspota de Oriente. (*Apiausos*).

La familia moderna es una por la confusión de todos los espíritus en el amor. El padre es la razón que manda, el pensamiento que enseña, la autoridad que dirige, la providencia que ampara, la fuerza que protege, el nombre que simboliza toda la familia; al paso que la mujer es la hermosura que en todo sonríe, la caridad que todo lo cura, la fe que se comunica perpétuamente con el cielo, la virtud benéfica, la santa poesía del hogar, el ángel que se inclina sobre la cuna y sobre el lecho del dolor, y deposita con sus lágrimas el rocío del cielo en nuestra vida, el espíritu de orden, de economía, el consuelo de todos los dolores, la sonrisa celeste, el bálsamo que quita toda su ponzoña a las heridas de la existencia, la oración que de continuo levanta la familia a Dios y llena de armonías y de virtud todo el hogar; y el pensamiento y el amor, la razón y la fe, la ciencia y la poesía, el valor varo-

nil y la virtud femenina se concentran en la tercera persona de esta trinidad misteriosa, en el hijo, que es la realidad de todos los ensueños, la concentración de todos los amores, el alma donde se pierden dos almas, la promesa de la dilatación de la vida, el ser destinado a llevar a otra nueva familia, a la patria, a la sociedad, a la humanidad, con los resplandores de la educación que ha recibido, y que trasmite a sus hijos, la esencia más pura de la vida y del espíritu de sus padres. (*Bien, bien.*) El espiritualismo, el amor puro, es el progreso en la familia, y la excelencia de la familia cristiana sobre la familia oriental reunida por el instinto, o la familia romana reunida por la espada de la ley.

Pero el hombre no es sólo sentimiento, sino también imaginación. El arte ha tenido su cuna donde la tuvo el hombre, y tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre. La hermosura es una de las leyes del alma; el arte, una de las necesidades más vivas de la humanidad. Seguidlo en la historia, y veréis un progreso ascendente: su continuo camino es un ideal que abraza toda la vida. Veréis el arte magnífico y colosal en la tierra de los misterios; en la región de los templos monstruosos, en la patria de los puranas, el arte sublime, cuando el semita separa a Dios del mundo, convierte

la naturaleza en un altar, la vida en un sacrificio, y el lenguaje en una perpétua oración; el arte hermoso, armónico, clásico, cuando la vida del hombre y la vida del mundo se confunden y se identifican en el lecho de amores de Grecia, y surge la estatua, el símbolo de aquella edad, con el cántico en los labios y la radiosa inspiración en la frente; el arte elegíaco, satírico, de los romanos, verdadera descomposición del clasicismo; arte profético en Virgilio, triste en la amarga sonrisa de Horacio, trágico en Tácito, el Shakespeare de los historiadores, arte que es el último suspiro del Dios-naturaleza; el arte místico, descuidado en las formas, pero tierno y purísimo en el fondo, arte asceta y macerado de los primitivos cristianos; el arte feudal en los juglares y en los sirventesios provenzales; el arte nacional en el Cid y en la canción de Roldan; el arte teológico en Dante y en las catedrales góticas; el arte que pugna por unir la idea cristiana con la forma clásica, desde Petrarca hasta Rafael y Leonardo de Vinci; el arte filosófico en Shakespeare, que aleja todos los antiguos ídolos del teatro, y los sustituye por el eterno protagonista de la naturaleza, el hombre; en Rabalais que parece un sileno esculpido al pie del bajo relieve del Renacimiento; en Cervantes, que talla la inmensa losa, bajo la cual se encierra la Edad Media; el arte revoluciona-

rio, arte de oposición, desde Moliere hasta Beaumarchais, que destruían la antigua ciudad del privilegio, y arte de afirmaciones, desde el *Emilio* de Rousseau hasta el *Telémaco* de Fenelon que mostraban la nueva ciudad del derecho; el arte, en fin, humano, universal, propio del siglo diez y nueve, que ha cantado la ciencia con Goethe, la duda y el dolor con Byron y Espronceda, el sentimiento con Shiller y Lamartine, la humanidad entera en esa obra de gigantes, monstruosa, pero inmensa y grandiosa, que ha levantado el cíclope de nuestra literatura, en que nos ha mostrado a Dios en su soledad; la primera luz brotando inmaculada en lo infinito; el Eden de la inocencia; la retina del remordimiento, comiéndose los sesos de Caín; el despotismo asiático, dormido en brazos de sus esfiges; el Salvador despertando de su sepulcro a Lázaro; el mundo romano coronado de yedra y de azafrán en la orgía del imperio, que vierte mezclados vino y sangre; el castillo feudal y los hambrientos buitres que lo cercan; el cruzado que corre a Jerusalén; el sátiro del renacimiento, que se ciñe la tierra como una túnica, los mares como un manto, los astros como una diadema, la cadena de los seres como un collar, y absorbe por sus poros todos los dioses; la revolución moderna, el vapor y la electricidad tomando posesión de la tierra, el Leviathan



del mar, el globo del aire, nuevos mundos, descendiendo, si es preciso, a dilatar nuestra vida; y así se oye en este templo, en que cada columna es una montaña como el Atlas, la voz tonante de todas las generaciones, y se ve la conciencia de toda la humanidad, la vida de toda la historia. (*Entusiastas aplausos*).

Pero la ley general de la vida se determina en la ciencia que abraza todas las esferas del sér, todo el conocimiento, y que da al hombre conciencia de sí mismo y eleva la naturaleza hasta enrojecerla y eterizarla en el espíritu. La base y la cúspide de la ciencia es la metafísica; la metafísica no puede nacer sino en los pueblos donde el espíritu individual se aparta del espíritu general, y la conciencia se emancipa del Estado. Por eso la ciencia oriental es puramente religiosa, y Grecia, en que la ciencia es humana, será saludada por todos los siglos, como la patria del pensamiento filosófico. El primer principio de la ciencia es: primero el agua, lo que está más cerca del sentido de los jónios; después el fuego, ya más espiritual; después el aire, ya más espiritual que el fuego; después el número, noción que es un término medio entre lo real y lo ideal; después un infinito indeterminado; después la conciencia humana, cuyas leyes se aplican al mundo

divino y más tarde al mundo de la naturaleza, hasta que esta filosofía, tan penosamente elaborada, tiene dos grandes tendencias, la una práctica y moral, la otra ideal y mística; la una positiva, la otra teológica; la primera, que se va a perder con los estoicos en el derecho romano, epílogo de la antigua civilización; la segunda, que se va a perder con los alejandrinos en la teología cristiana, prólogo de la nueva civilización. La filosofía antigua puede decirse que en resumen plantea el problema de la naturaleza. La filosofía de la Edad media estudia principalmente la idea de Dios traída a la ciencia por Philon, explicada por San Agustín, comentada por San Anselmo, encerrada como en su templo en la Suma Teológica de Santo Tomás. Así como la ciencia de la antigüedad plantea el problema de la naturaleza, la ciencia de la Edad Media plantea el problema de Dios. Y la ciencia moderna desde Descartes hasta Kant; tiene por objeto principal el estudio de la conciencia, del alma, de sus facultades, del conocimiento, y y de las categorías o leyes del conocimiento. Así como la filosofía de la antigüedad planteó el problema de la naturaleza, y la filosofía de la Edad Media el problema de Dios, y la filosofía moderna el problema del espíritu humano, la filosofía novísima ha unido Dios, el hombre y la natura-

leza, no en las profundidades oscurísimas del panteísmo, sino en una armonía viva y eterna, que es la luz de la ciencia, y la honra de nuestro siglo, y la clave para resolver todos los problemas que en su seno guarde lo porvenir.

Pero no llenan toda la vida las determinaciones que acabamos de señalar; el hombre es un ser sensible, un ser racional, y es también un ser religioso. Subid con el pensamiento al principio de los tiempos, y al lado de la cuna del hombre encontraréis su templo. La idea religiosa no se pierde, no se puede perder nunca, como no se pierde, como no se puede perder, ni el sentimiento, ni el arte, ni la ciencia. Yo, señores, finjo en mi imaginación el instante en que las razas se apartan, azotadas por la tempestad, desposeídas de la primera inocencia de la infancia, y emprenden el camino a los cuatro puntos del horizonte; y confundidas con la naturaleza, como el feto que duerme en el vientre de su madre, e imposibilitadas de levantarse a una concepción metafísica de Dios, vivo tan solo el sentimiento, oyen el estruendo de las olas, y adoran el mar que refleja al cielo, que resuella como un gigante, que se pierde en lo infinito como la idea religiosa; miran al cielo, observan los astros que las han guiado al través de los desiertos, y les llaman sus dio-

ses, y les consagran las flores cogidas en el oasis, contemplan la aurora que luce tras noche tempestuosa, y divinizan la pura luz que sonríe en todas las cosas; gozan con su propia vida, sienten esa voluptuosidad que inspiran la vida joven, la naturaleza exuberante, y levantan templos en que el culto es un festín, una orgía; conocen los servicios que les han hecho ciertos animales, el elefante que las ha llevado en sus espaldas y las ha defendido con su trompa, el can que guardó sigilosamente el dueño de la caravana, el cocodrilo que limpió las orillas de los ríos, y los alzan a los altares, hasta que después de larga meditación religiosa, ven que todos los rayos de la vida se concentran en el hombre y adoran la organización humana, el primer reflejo del espíritu; progreso religioso muy parecido al progreso filosófico y que se conoce por esos dioses que se han salvado del olvido, por el Indra índico, el dios de las aguas, que lleva el rayo de la primera luz del universo en la frente, la copa de rocío en la mano, el arco iris en las espaldas, y las nubes por alas en los piés; por el Mitrha persa, el dios de la luz, todo ojos, todo oídos, que vé desde el sol de los soles hasta el insecto dormido en una hoja de rosa; por Mirllitta asiria, diosa del amor, que encendió con un beso de sus labios el

fuego en la naturaleza; por el Melkart fenicio, dios de la fuerza, que nació en el mar de Eritrea, que holló la cima del Líbano, que arrojó el tronco del cedro al agua, donde se celebró el primer milagro de la unión de las razas; por la Shotis egipcia, diosa de la naturaleza orgánica, que guarda los astros en el cielo como el perro el ganado en la tierra; por Vénus, la diosa de la hermosura humana; por Apolo, dios del arte humano; dioses todos que se reúnen cuando Roma los lleva en su carro de guerra al Panteón y congrega allí los genios del agua, los númenes protectores del aire, las divinidades pérsicas de la guerra que llevan por espadas sangrientos cometas, los toros fenicios de áureos cuernos, los serafines medas que despiertan con su clarín los orbes, los colosos egipcios que hunden la tierra bajo su inmensa pesadumbre; dioses todos, decía, que se reúnen allí en el panteón para morir, y que mueren cuando aquel Divino Hombre, que llevaba en sus labios la hiel de todas nuestras dudas, y en sus heridas la sangre de todos nuestros dolores, entra allí con su Cruz, y obliga al Dios-naturaleza a que arroje por la Roca Tarpeya su áureo tirso y su corona de verbenas, para dejar el trono del mundo, el Capitolio, al Dios-espíritu, que en su eterna y santa palabra va a dirigir a otras regiones más limpias

y serenas el revuelto río de los tiempos. (*Aplausos.*) Hablemos ahora, señores, con todo el respeto y toda la fe de que somos capaces, hablemos del cristianismo. Mucho se han dolido los enemigos de la libertad de pensar de que aquí se haya tratado la cuestión religiosa. ¡Qué terror, señores, qué terror! Ellos que lo dominan todo, gobierno, prensa, escuelas, hogar doméstico, hasta las conciencias, temen que una voz sea la trompeta que arruine los muros de la Jerusalén celeste: tan débiles los creen esos escépticos (*Aplausos.*) Yo, señores, y no temo decirlo, he dado aquí toda la expansión posible al pensamiento; porque el Ateneo ha sido siempre la Holanda pacífica de España, donde se reúnen todas las escuelas, y se oyen todas las opiniones. (*Aplausos.*) Hablemos del cristianismo, eterna fe de nuestras almas. Yo no creo progresivo el dogma religioso. Lo que es absoluto, no progresa. Pero yo creo que puede progresar el sentido del dogma, y lo creo con San Pablo y San Agustín, y lo creo con la iglesia, que ha reunido concilios para definir dogmas oscurecidos u olvidados en la conciencia. Contemplad cómo ha caminado la idea cristiana. El paganismo clásico fué religión, primero sencilla, inocente, personificada por los dioses pelásgicos: teocrática, oriental, misteriosa, cuando apareció el sacerdote Orfeo

y el Dios Apolo: semi-teocrática, y semi civil en Baco, que sustituye al culto del sol, el culto de los campos, culto que combatió con tanta tenacidad la teocracia; completamente humana, en el Lutero del paganismo, que en su Iliada encerró los antiguos dioses en nuestras formas, y dió el cántico de los poetas por toda teología. Mas la razón humana se fué apartando del paganismo, y Xenóphanes arranca a los dioses homéricos la lira de las manos, y la corona de verbena de la frente; y Empedocles proclama la unidad en que todas las divinidades antiguas caen confundidas; y Sócrates declara que la conciencia humana está sobre los dioses, y al llamarle la Pitonisa de Delfos el hombre más sabio de su tiempo, da la señal de que la teología griega abdica sus privilegios ante los derechos de la ciencia; y Platón eclipsa el Olimpo con su metafísica, y Aristóteles arroja los dioses de la naturaleza, y Evehemero del espíritu, y Lucrecio de la historia, y Cicerón de los símbolos, y hasta que los disea Varron; y cuando ya han huído de la ciencia, y se han acabado todos los resortes de la religión, de la naturaleza, baja del cielo la religión del espíritu, la religión cristiana que predica la unidad de Dios, la caridad y el amor entre los hombres; idea que salva de todos los grandes peligros: del egoismo semítico por el dogma

de la unidad del género humano; del misticismo gnóstico, que proclamaba jerarquías en las almas, por el dogma de la igualdad fundamental de nuestra naturaleza; del maniqueísmo, que suspendía la vida de dos fuerzas iguales y contrarias, por el dogma de la libertad; del pelagianismo, que separaba el mundo de Dios, por el dogma de la Providencia y de la gracia; del arrianismo, que al quitar al Hijo la consustancialidad con el Padre, quitaba al hombre una norma de perfección absoluta, por el dogma de la Trinidad; de los montanistas, por el dogma de la virtud de las obras; y al mismo tiempo reúne todo lo que hay de grande y racional en la obra de la ciencia y en el desarrollo de la vida humana; y toma las verdades de la filosofía griega con San Basilio y San Juan Crisóstomo; las verdades del Oriente con Orígenes; las verdades de la ciencia romana con Tertuliano y San Agustín; el Aristóteles de la Edad Media con Santo Tomás; el Platón del renacimiento con la escuela de Florencia; las formas clásicas con Rafael y Miguel Angel, el cartesianismo con Bossuet y Mallebranch; y mañana el jefe augusto de esa religión, el que representa la unidad de su doctrina y de su espíritu, al sacudir el polvo de la Roma pagana que está pegado a su corona de rey, verá, como los apóstoles veían el reino de Dios sacudir los áto-

mos de ceniza de la Jerusalén terrestre, que la libertad, la igualdad, la fraternidad, predicadas por el siglo diez y nueve, son consecuencia tan lógica, tan indeclinable, como la emancipación de los esclavos, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, selladas con la sangre de Jesucristo en el sublime sacrificio del Calvario. (*Vivos y repetidos aplausos*).

Pero, señores, todas las ideas han de tener una ley interior, que es el bien, y todas han de desarrollarse necesaria, precisamente, al salir a la vida, por una determinación objetiva, que es el derecho. Reflexionad, señores, y veréis todas las ideas de progreso ligadas a una idea fundamental, a una idea madre, a la idea sagrada del derecho; pues sin derecho no hay, no puede haber libertad y sin libertad, el trabajo desciende al instinto del bruto o al movimiento ciego de la máquina (*Bien, bien*); sin libertad, el arte es irreflexivo como la naturaleza, es la imitación de lo pasado, es el vuelo del ave prisionera, que se ensangrienta contra los hierros de su cárcel (*Aplausos*); sin libertad, el hogar doméstico, que el ángel de la familia debe guardar, está expuesto a la delación del espía y a las violaciones del esbirro; sin libertad, el pensamiento, alma de la ciencia, cae en el silencio, y muere; sin libertad, toda discusión de escuelas es burla; sin libertad, toda justicia es mentira, todo

castigo es infamia, toda religión hipocresía (*Aplausos*); sin libertad, no existe el espíritu, no existe el hombre; y por eso el movimiento de la historia, el anhelo de todas las artes, el secreto de todas las investigaciones científicas, el alma de toda revolución, el ideal de todo progreso, los deseos de todas las generaciones, van encaminados infaliblemente a romper las cadenas, a sacudir las tiranías, a recabar esa libertad, sin la cual es triste, es odiosa, es imposible la vida. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*). Mirad, señores, los esfuerzos que el hombre ha necesitado hacer para alcanzar esa libertad sagrada. Ha necesitado abrir la naturaleza en que estaba encerrado, como la flor en su capullo; superar la casta teocrática que suprimía su conciencia; vencer la casta guerrera que suprimía sus fuerzas; hundir en el polvo la casta mercantil que esterilizaba su trabajo; romper con mano fuerte los muros de la egoísta ciudad antigua, que aislaba al hermano del hermano, al pueblo del pueblo; quebrar la coyunda de hierro de Roma; hacer que el bárbaro vencedor le reconociera su igual en presencia de Dios y de la ley; arrojar su propias cadenas enrojadas al castillo feudal, para sepultarlo en el polvo; henchir sus ideas y elevarlas al santuario donde se ocultaban los reyes absolutos, para arrancarles la co-

rona del derecho divino que ellos creían forjada con un rayo de la aureola de Dios, camino de amarguras, señalado por el tormento, por el potro, por la copa de cicuta, por la hoguera donde se achicharraban las carnes y se calcinaban los huesos del pensador, pero no su pensamiento, cuyas alas no podían ser oprimidas en el calabozo ni abrasadas en el fuego; y así, señores, los que sabemos cuanto puede el pensamiento, no tememos las últimas nubes de humo de la apagada hoguera de la inquisición que aún quedan en los aires (*Bien, bien*), y miramos con menosprecio las maquinaciones que contra el pensamiento, vencedor del hierro y del fuego, arman en su odio a la libertad, no los tiranos, que ya no existen, sino los imponentes sofistas. (*Vivos y repetidos aplausos*).

Para continuar esta obra de progreso, pedimos que se realice la doble naturaleza individual y social del hombre; que la personalidad sea inviolable, la propiedad inviolable, el trabajo inviolable, el hogar doméstico inviolable; que la conciencia pertenezca al hombre y no al Estado; que el pensamiento pertenezca al hombre y no al censor; que el trabajo pertenezca al hombre y no al señorío o al gremio feudal; que la palabra sea tan libre como el pensamiento, y la imprenta y la tribu-

na tan libres como la palabra; que no se desaproveche ninguna actividad y todas las voluntades concurren al bien común por el sufragio universal; que el jurado y en él la conciencia, la voz de Dios en la vida, juzgue a los hombres y temple la severa inflexibilidad de las leyes; que el derecho encarne en el Estado la naturaleza del hombre; que la asociación libre y voluntaria realice los fines morales, religiosos, artísticos, científicos del hombre; que la enseñanza sea libre y el comercio libre, sin que tema ni la sombra de la aduana ni la garra del fisco (*Aplausos*); que toda vida política se funde en la libertad, y toda libertad en igualdad, para que no degenera en privilegio (*Aplausos*); que la sociedad sea para los espíritus lo que es el espacio para los cuerpos, una necesidad, sí pero una necesidad que no dañe la impenetrabilidad de nuestro derecho (*Bien, bien*); para que lleguemos a los tiempos en que los hombres libres se reúnan en pueblos libres, los pueblos libres en razas afines, las razas en sus continentes, los continentes en la humanidad, la humanidad se aproxime por la justicia y el derecho a Dios. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Señores: El progreso en la naturaleza, consiste en acercarse al espíritu; el progreso en el trabajo, consiste en apropiarse libremente la natura-

leza; el progreso en la familia, consiste en unirse más estrechamente cada día en el mútuo respeto y en el mútuo amor; el progreso en el arte, en hermostrar toda la vida humana: el progreso en la ciencia, en extender y dilatar las relaciones del espíritu con la humanidad, con el universo, con Dios; el progreso en la religión, en asemejar nuestra existencia en virtud, hermosura y verdad a Dios; el progreso social, en la realización del derecho, y el progreso total, en el desarrollo de nuestra esencia y en el cumplimiento del bien. Seguramente, señores, ya estáis cansados de oirme. (Muchas voces: *No, no.*) Y si no estáis cansados de oirme, a lo cual os obliga vuestra caballerosidad, lo que os aseguro, y no podéis negar, es que yo estoy cansado de hablar. (Muchas voces: *Que descanse, y que siga, que descanse.*)

Agradezco infinito vuestra benevolencia. Puesto que se ha tratado la cuestión también históricamente, daré algunas pinceladas históricas para terminar esta controversia, que ha durado, señores, todo el año. Veamos. Mirad el Oriente, y observaréis el principio de la historia y la infancia de la humanidad, la naturaleza exuberante, la tierra cubierta de bosques gigantescos, cruzada por ríos caudalosos, quebrada por montañas inaccesibles,

ceñida de mares tempestuosos; la sociedad inmensa como la naturaleza, y como la naturaleza absorbente; la teocracia recelosa, con un dedo en los labios para imponer silencio a toda palabra que no sea su palabra; la ciencia cabalística y misteriosa, oculta al pie del altar, como un fuego que abrasa; la verdad encerrada en un jeroglífico; los animales más gigantes en los altares; los vicios más voluptuosos en el culto; las castas como única organización social, de donde brota el placer para el poderoso y el amargo dolor para el humilde; la inmovilidad tenida por ley de la vida; el misticismo por ley del espíritu; la obediencia por la ley de la sociedad; el aislamiento por ley de los pueblos; la contemplación por ley del arte; ideas todas que borran el espíritu del hombre, que abrumen su conciencia, que hubieran hecho de la humanidad una esfinge sosteniendo un altar, si la lógica viva, oculta en todos los hechos, no hubiera despertado dos pueblos, el uno en el dintel del África y el otro en el dintel de Europa; el primero, que saca el jeroglífico del santuario y lo escribe en la pared del templo; que talla las piedras y encuentra el embrión de la aérea columna; que pronuncia la palabra misteriosa de su ciencia en los oídos de otra raza; que presente en sus dioses la estatua; que embalsama los ca-

dáveres, y arranca así la idea de la individualidad a la oscura muerte de las antiguas teogonías (*Bien, bien*); y el otro que tiende un leño en el mar, una vela en el aire; que impulsa con el trabajo la vida inmóvil del Oriente; que lleva los dioses informes en las barcas para que los talle y convierta en hombres el cincel del artista; que transforma en jeroglífico en letra alfabética, la imprenta de la antigüedad, para que pueda expresar todas las ideas y comunicarse a todas las razas; y así entre estos dos pueblos, entre Egipto y Fenicia, transmiten el alma soñolienta, mística, panteista del Oriente a otras regiones, donde pueda amanecer la primer luz de la libertad y celebrarse, libre de las cadenas de la naturaleza, la emancipación del hombre. (*Aplausos*).

La infancia de la humanidad es el Oriente; pero la juventud primera de la humanidad es Grecia. La naturaleza es riente, graciosa, de costas ondulantes, de mares serenos, de arroyuelos que corren entre adelfas, de montes ceñidos de lentisco, de bosquecillos de mirtos, donde arrulla la paloma y el ruiseñor eleva sus arpadas endechas; los dioses son alegres jóvenes, vestidos de luz, ceñida la frente de flores, cantando y riendo siempre; el templo es armonioso, abierto a todos vientos, porque no tiene ningún misterio; cortado por columnas

que llevan, como la virgen griega una guirnalda, su diadema de acanto; el culto se celebra, no con sacrificios humanos, sino con danzas y cánticos; libaciones y comidas, donde se reparte el vino de Chío y la dulce miel de Hiblea; la república se encierra en una ciudad donde los hombres viven perpétuamente en compañía de sus dioses; el teatro es un templo; la plaza pública un teatro, donde el orador no habla, sino canta; la historia se recita en los juegos olímpicos; las batallas se empeñan entre los acordes sonidos de los coros y la inspirada voz de los poetas; la filosofía se explica entre jardines, a la sombra de los plátanos, viendo el sol quebrarse en el mar, y respirando las dulces áuras que bajan del azulado Hymeto; las grandes navegaciones son *teorías*, son procesiones en que el barco ostenta su popa dorada, y el nevegante aleja la tempestad con su sonrisa, y se corona de verbena para despedir al sol o saludar a la luna; las grandes conquistas, como la de Alejandro, más que por las armas se alcanzan por el amor de aquella raza a todas las razas, por la lira que lleva en las manos y la armonía que lleva en los labios; el mar allí está poblado de sirenas que cantan en las ondas, los arroyos de náyades que cantan en la linfa; los campos de fáunos que suenan el caramillo en los



bosques; las ciudades de estatuas cuyas formas son una armonía; y hasta la muerte, en todas partes tan triste y tan solemne, es allí alegre, pues el griego la recibe contento, como un beso de amor, y se duerme en sus brazos sonriendo, como pudiera después de un festín dormirse en brazos de amada hetaira; que religión, política, ciencia, vida, muerte, son en la patria del arte un prolongado cántico. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Era necesario unir el Oriente y Grecia, y entrar en la edad madura del mundo. Roma, hija de Marte, alimentada en su cuna por la leche de salvaje loba, teniendo por primitivo dios una lanza enmohecida y ensangrentada puesta de punta en el suelo, es la fuerza que viene a reunir, a condensar toda la vida precedente y toda la historia anterior: en sus patricios y en sus plebeyos, el Oriente y Grecia; en sus tablas y en sus códigos, el derecho de todos los pueblos; en su ciencia ecléctica, el pensamiento de todas las filosofías; en su panteón, los dioses misteriosos de todas las religiones; en su imperio, la soberanía de todas las razas; en su ejército, la columna macedónica, el elefante oriental, el salvaje galo desnudo, el ibero vestido de lino y envuelto en su manto negro, el hondero balear, el jinete númida, verdadero cen-

tauro, cubierto de pieles de tigre, que vuela en su caballo, en pelo y sin rienda, como el simoun por el desierto; y por último, en el recinto de su Pœmerium todas las regiones: la que protestó con Antioco y con Mitridates, el Oriente; la que protestó con Sagunto y con Viriato, el Occidente; la que protestó con Amilcar y con Anibal, Africa; la que protestó con Breno, las Galias; la que protestó con Arminio, la Germania; que no hay fuerza bastante a resistir al león que sacude de su guedeja en el coliseo el polvo de todas las regiones de la tierra; a la espada que disciplina todas las razas de la humanidad; al cíclope que levanta con las ruinas de todos los altares el templo gigantesco del nuevo Dios; al profeta que amasa con la sangre vertida a sus piés, el cuerpo de la nueva humanidad; el misterioso pueblo que trae a la vida la unidad material del género humano, y a la sociedad la unidad civil del derecho; términos que son completados en una sublime trilogía por la unidad espiritual del cristianismo. (*Bien, bien*).

Pero el mundo antiguo se perdía por el sensualismo. Los emperadores subían al trono en hombros de la guardia pretoriana, no para regir el mundo, sino para vengarse como Tiberio; para ser el primer farsante de su siglo como Nerón; para comer como Vitelio; para mancharse con las enor-

midades del sensualismo, como Heliogábalo; la matrona desnuda en su carro de marfil a gozarse en ver morir los gladiadores; los hijos delataban al espía que sus padres habían maldecido en sueños al emperador, solo para heredarles; el patricio dejaba caer las armas de sus progenitores, que no podía levantar del suelo, y pasaba su vida en el baño, huntándose el afeminado cuerpo con nardo o el amor había llegado a todas las brutalidades que que puede imaginar en sus desvaríos la naturaleza viciada; la crueldad encalleció las conciencias y los corazones, pues el camino triunfal de Craso al Capitolio estaba ornado de seis mil esclavos; y el camino de Nerón a su palacio, estaba alumbrado de hombres cubiertos de resina y pez, que ardían como hachones, y en una fiesta de Claudio morían diez y siete mil gladiadores; los misterios de Eleusis, antes tan puros, se habían convertido en una orgía; las Vestales, antes tan castas, en miserables prostitutas; el pueblo romano, antes tan fuerte, en una plebe ociosa que la Annona mantenía y el Circo distraía; sociedad horrible, cuya imagen nos ha quedado en aquella cena de Trimalción, en que se comen lenguas de ruisseñores, se beben perlas en el vino diluidas y encerradas en copas hechas de una sola esmeralda, se saborean murenas alimentadas con carnes de jóvenes

esclavos; orgía en que todas las fuerzas humanas se hubiera agotado, si del Rhin, del Danubio no hubieran venido a interrumpirla aquellos bárbaros crueles, feroces, que traían el martillo de Thor en una mano para demoler los templos y las estatuas, la espada de Odino en la otra para sacrificar las generaciones, bárbaros castos pero horribles, que aparecían desnudos, o cuando más, cubiertos con algunas pieles de osos y de ratas; que arrojaban por flechas huesos humanos, y llevaban las cabezas de sus enemigos pendientes del cuello de los caballos; y que guiados por Alarico, por Genserico, por Radagusa, por Atila, hubieran en mares de sangre anegado toda aquella civilización, si el sacerdote cristiano, armado de la nueva idea, no les hubiera obligado a olvidar las divinidades antropófagas de sus selvas por el Dios de la mansedumbre y del amor; y derramando el bautismo sobre aquellas razas, no hubieran bautizado una nueva civilización; triunfo sublime del espíritu sobre las fuerzas, de la idea sobre las armas.

Señores. No busqueis la Edad Media, la antítesis del mundo pagano, en los castillos feudales, que son unas cuantas piedras arrojadas para contener nuevas irupciones de bárbaros; no la busquéis en la gleba empapada de lágrimas y sangre, porque allí está la servidumbre, y donde está la servidumbre

no está la vida; no la busquéis en los municipios, cuya libertad es privilegiada como la libertad antigua, y como la libertad antigua egoísta; no las busquéis en las guerras que agitan al mundo en delirio infinito como si estuviera embriagado en sangre; no la busquéis en los esfuerzos de algunos grandes reyes para constituir naciones, que acaban siempre por abortar monstruos; no la busquéis ni en la protexta prematura del racionalista Abelardo, ni en la protexta imposible del republicano Arnaldo; buscadla en su gran carácter, en el predominio de la idea religiosa sobre todas las ideas; en su gran personificación, en el Papa arrogante que tiene a sus pies, de rodillas, ayuno, lívido, trémulo, azotado por la escaracha, al emperador de Alemania; buscadla en su gran símbolo, en las catedrales góticas, en aquellas maravillas de piedra, hechas por regeneraciones animadas por el espíritu religioso, maravillas que llevaban, como el arca de Noé, en sí toda la civilización de su tiempo, pues a su sombra se agrupan las casas, como los polluelos bajo las alas de su madre (*Aplausos*); en su plaza se reúne el mercado; en su pórtico se bendicen los alimentos; en su claustro se verifican las fiestas teatrales; al son de sus campanas se congregan las Asambleas; al pie de sus altares se arman los caballeros; de sus capillas salen los peregrinos; en su tribuna resuena

la única palabra que se oye en aquella edad, la palabra del sacerdote; en su atmósfera se une el cántico del clero a la voz tonante del pueblo, que forma el coro y llena las bóvedas henchidas de oraciones, en sus aras está la madre de todos los hombres, la Virgen pura; en sus letanías, el triunfo del amor místico; en sus procesiones, perfumadas de incienso, bendecidas por el órgano que anima cuadros, estatuas y columnas, iluminadas por los cirios y por las lámparas que parecen estrellas errantes que han ido a beber su luz en el santuario, en sus procesiones, todos los misterios del alma; en su arquitectura, todo el arte, la columna griega, cortada en haces, el arco romano, agrandado como las puertas eternas, y el obelisco oriental, pero no empotrado en la tierra, sino perdido en los aires (*Bien, bien*); en el suelo, compuesto de lápidas sepulcrales, la vida de ayer, la muerte; en la forma de la iglesia, que es una cruz, la vida de hoy, el sacrificio; en las hojas cinceladas en los arcos, la naturaleza; en la ventana rasgada que se abre allá arriba, y que recoge la luz y la descompone en los matices del iris, el cielo; y en la aguja calada, aérea, que se levanta a lo infinito, que se pierde en los arreboles del firmamento, la escala mística, misteriosísima, por donde la vida contingente aspira a confundirse con la vida

eterna, y el hombre, movido por la fé, sube a perderse en el seno de la gloria. (*Vivos y redoblados aplausos*).

Pero la Iglesia sola no podía llenarlo todo, absolutamente todo, en la vida del hombre. No se puede negar la naturaleza sin que se levante a reivindicar sus derechos. La Edad Media, dejando aparte su ideal religioso, es un caos; la guerra embriaga a los hombres de sangre; el caballero feudal ha sido admirablemente representado en aquel Beltrán del Bornio que iba pisando fuego, y llevaba su propia cabeza en las manos, centelleando de sus ojos hundidos torva luz, y escupiendo de sus labios sangre coagulada; la tierra se perdía por la maceración; el hombre por no tener confianza en sí mismo, cuando un soplo de vida vino a despertar el renacimiento, y la lira de Grecia sonó con todas sus armonías, y Bruneleski levantó el templo griego agigantado con la idea cristiana, y Rafael encerró el espíritu místico en la forma de la Psiquis griega; y Miguel Angel puso el *Te-Deum* de la redención en las gigantescas figuras del mundo clásico, y Descartes arrancó la razón al yugo de la antigua autoridad científica, y la pólvora hizo volar en pedazos los castillos feudales, y la brújula conquistó el mar, y Colón dió a la tierra la conciencia de sí misma, y el lente de Galileo

dilató los cielos, y un hombre oscuro e ignorado sacó del hierro de las cadenas unas letras en el fondo del claustro de Strasburgo, y trajo en su mano con esas letras de imprenta el filtro de la inmortalidad, para lo que hay de más sagrado en nuestra naturaleza, para el inviolable pensamiento. (*Aplausos*).

Pero como el progreso es tan lento, y el impulso de la humanidad hacia su perfección tan débil, la inquisición pesaba aún sobre la conciencia; la censura sobre el pensamiento; la tasa sobre el comercio; el privilegio sobre el trabajo; el señorío sobre la propiedad; el rey sobre el derecho; el último eslabón de su cadena sobre el esclavo; la última piedra del feudalismo sobre la tierra, cuando la monarquía absoluta, que materialmente se moría de hambre, buscó un auxilio en las entrañas de Francia; llamó a los sacerdotes que creía teócratas; a los nobles que creía feudales; a la clase media que creía aún realista, y se encontró espantada, con que buscando unos Estados a la manera de la Edad media, había encontrado al pueblo inspirado por la filosofía, al pueblo transfigurado por la idea (*bien, bien*), cuya fuerza había roto todas las cadenas y había subido a todas las conciencias desde las hogueras y la Bastilla; y en aquella noche, la más

augusta que guarda la libertad en sus anales, en aquella noche, del 4 de Agosto de 1789, fecha que todo el hombre debe llevar grabada en el corazón, y transmitir entre bendiciones a sus hijos (*aplausos*), el clero perdió sus privilegios, la nobleza arrojó la coyunda feudal que había pesado mil años sobre el mundo (*aplausos*), el eterno esclavo irguió la frente y se encontró igual a sus señores por sus infortunios; y la última sombra que huía de aquella noche, se llevaba consigo largos siglos de servidumbre, y la primera luz que alboreaba venía a iluminar el derecho que nadie podrá arrebatarnos, porque en el Sinaí del pueblo se escribió ese derecho, no en bronce, no en mármoles, no en tablas, no; se escribió en nuestra conciencia, en el cielo inmortal de nuestro espíritu. (*Ruidosos y repetidos aplausos*).

Así véis el hombre confundido con la naturaleza en el Oriente, el hombre comenzando su emancipación en Grecia, el hombre uniéndose a la humanidad en Roma, el hombre redimido del antiguo sensualismo por la idea cristiana, el hombre reconociendo su personalidad en el aislamiento en que le encerraba el derecho bárbaro, el hombre educando su espíritu en la catedral de la Edad Media, el hombre uniéndose a la naturaleza en el renacimiento, el hombre coronándose con su derecho en la Cons-

tituyente francesa, el hombre entrando más libre en el siglo diecinueve. Ahora bien: decidme con la mano puesta sobre el corazón, con los ojos puestos en la conciencia, aquí donde no nos oye nadie: ¿Queréis pertenecer a la raza de los Crasos o a la raza de los Espartacos? ¿Queréis pertenecer a la raza de los tiranos o a la raza de los Sócrates? ¿Queréis pertenecer a la raza de los inquisidores o a la raza de los Galileos? ¿Queréis pertenecer a la raza de los enemigos del hombre o a la raza de sus redentores? No tembléis, no desmayéis. La tierra rueda bajo nuestras plantas; y como Colón, vemos desde el pobre esquife que nos sostiene sobre los abismos, la luz misteriosa que nos descubre la anhelada tierra, cuyas brisas besan ya nuestra frente. No desmayéis. Los que dicen que la sociedad se muere, lo dicen porque se mueren ellos y se mueren sus ídolos. (Aplausos).

Yo, alentado por vuestras manifestaciones de simpatía, muestras unánimes que indican, no el aplauso a mi palabra por lo que tiene de mía, sino el reconocimiento de que sentís lo que yo siento; yo, alentado por vuestras simpatías, entro con el ánimo sereno en la ciudad del porvenir, y veo la tierra transfigurada, espiritualizada; el trabajo redimido; las relaciones de los pueblos libres; las naves bogando por todos los mares a su antojo; el globo aerostático,

alas de nuestra organización, hendiendo la atmósfera; las entrañas del Océano exploradas; los tesoros de la tierra abiertos al hombre; todas las tiranías hundidas; todas las servidumbres acabadas; la cuestión social resuelta por la libertad; el derecho grabado en las conciencias; los pueblos unidos; el verdugo descendiendo del cadalso; la guerra envainando su sangrienta espada; la familia penetrada del amor divino; el arte hermoando la vida, y descubriendo nuevas armonías; la ciencia levantando la escala luminosa de las investigaciones desde la tierra al cielo; la humanidad creándose por su trabajo un nuevo mundo en lo infinito; la idea de Dios siendo una en todas las conciencias, una para todos los hombres; hasta el instante en que, cumplido todo nuestro destino, realizada toda nuestra esencia, confundidos todos los espíritus, la eternidad, que únicamente tiene el secreto final de nuestra vida, pronuncie el *Consumatum est* del gran Evangelio del progreso. He dicho. (*Estrepitosos, unánimes y prolongados aplausos*).

LA LIBERTAD Y EL TRABAJO

Señores:

Nunca me he sentido tan vivamente impresionado como esta noche, en que debo hablar al pueblo trabajador en el lenguaje del pueblo, a ese pueblo que después de tantos sacrificios, después de tantos progresos, aún no ha entrado en la ciudad santa de la libertad y del derecho. Pero no es mi ánimo de ninguna suerte exacerbar dolores y recrudecer heridas, pues en mi confianza por la causa del progreso, en la seguridad que tengo de que la injusticia no ha de ser eterna; cuando os veo durante el día inclinados sobre vuestras máquinas, sobre vuestros artefactos, aceptando gustosos la ley del trabajo para ser útiles a vuestra familia, a vuestros semejantes: y en las

horas de la velada, en vez de ir en pos del placer, viniendo aquí a comunicarnos mutuamente vuestras ideas, a educar la generación que ha de sucederos, a despertar en el corazón del niño ese gran sentimiento del arte, que es como el resplandor del bien; no puedo menos de bendecir a Dios, que para las crisis futuras, para los acontecimientos que preveen todos los que tienen abiertos los ojos del alma, nos prepara un pueblo fuerte en el trabajo, conocedor de su derecho, esclavo de su deber, moralizado por la ciencia, que a un tiempo da vuelos a las grandes inspiraciones del espíritu y freno a los apetitos del cuerpo; pudiendo ante este espectáculo anunciar a los que tanto recelan de lo porvenir, que el día de la libertad será también el día primero de la fraternidad de todas las clases, de la unión entre todos los hombres, confundidos en la santa idea de la justicia. (Aplausos).

Señores: Podremos sentirlo, podremos celebrarlo; pero no se puede negar que los días que se acercan, los días que vienen a más andar sobre nosotros, son los días de la emancipación del cuarto estado, del pueblo: que así está escrito en la ley de la vida, en el movimiento de la historia y en los arcanos de la Providencia. Notad, señores, que todo cuanto sucede en el

mundo, sucede para este fin. La ciencia ha salido del cláustro para bajar al taller: la imprenta ha destruído las antiguas aristocracias científicas para llevar el verbo de la idea a todas las inteligencias en su misteriosa hoja de papel, que penetra hasta en el fondo de las cabañas: la pólvora ha hecho saltar en mil pedazos el alto castillo donde anidaba el águila feudal que tenía clavadas sus garras en nuestro pecho: las mismas monarquías absolutas han pasado el rasero de la igualdad sobre todas las frentes y han preparado con su cetro de oro el día del derecho, como la antigua Roma preparó con su espada el día del cristianismo: la clase media, al erguir su frente e imponer sus derechos a los antiguos poderes, nos ha enseñado el camino de la emancipación; los guerreros que parecían más soberbios y omnipotentes, han sido el instrumento, el hacha con que el pueblo ha herido la vieja encina de los antiguos imperios, para infundir la savia de su idea; pues el día en que no sirvieron para este fin se vió el más gran capitán del siglo morir aislado en una roca, en mitad del Océano: los milagros de la industria, el vapor que borra las distancias, la electricidad que lleva en sus chispas por toda la redondez de la tierra la palabra humana, la prensa periódica, que es el gran libro de las muchedumbres, todo,

todo cuanto sucede, sucede como el trabajo interior del planeta, antes de que apareciese el hombre; sucede para preparar a la sociedad a la necesaria, a la inevitable emancipación de los pueblos. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

En verdad señores, nunca ha sido más necesario instruir, educar al pueblo, llevar a su inteligencia la idea y a su corazón la virtud. El esclavo, que no tiene conciencia, que no tiene derecho, sujeto a la voluntad de su dueño, atado con sus cadenas a la tierra, sin más fin que empapar con el sudor de su frente los campos para ofrecer a sus señores los frutos de su trabajo; como el desgraciado está sujeto al fatalismo de la materia, como es menos que una máquina seguramente no ha menester educación alguna para arrastrarse en el polvo y ahogar en el polvo sus sentimientos, sus ideas, su vida; pero el hombre del siglo diecinueve, jefe de su familia, dueño de su trabajo, responsable ante Dios y los hombres de sus acciones, poseedor de su pensamiento, llamado a los comicios, a la imprenta, a la tribuna por la libertad, destinado a ejercer todos sus derechos, necesita un conocimiento claro de sí, de sus facultades, de sus relaciones con Dios, con la humanidad y con la naturaleza, de sus derechos individuales y de sus deberes sociales; porque si el

error le lleva al suicidio, entierra consigo la sociedad, y mata de su misma muerte la salud y el porvenir de sus hijos. (*Vivos y redoblados aplausos*).

Señores: Yo no vengo aquí a adular al pueblo, sinó a decirle lo que creo verdad, con toda la franqueza y con toda la honradez de mi alma. En tres ocasiones el pueblo ha sido dueño de su destino y de su derecho, y en las tres se ha perdido por sus propias culpas. (*Sensación*.) Sí, la responsabilidad de ciertos males no debemos exigirla a los tiranos y a los enemigos del pueblo, porque esos obrando mal, han cumplido su destino, han hecho su oficio. (*Estrepitosos aplausos*). Los que tenían el deber de conservar la libertad y no la han conservado, son principalmente responsables de las desgracias que nos han afligido.

Las tres ocasiones en que el pueblo alcanzó su derecho, fueron 1789 en Francia, 1812 en España, 1848 en Francia. Nunca pueblo alguno vió la luz con tanta claridad como el pueblo francés en su gigante revolución. Aniquiló el feudalismo, el buitre que roía las entrañas de la humanidad encadenada; demolió la Bastilla, negra cárcel del pensamiento; acabó con la monarquía absoluta, la cual depuso a sus pies la soberbia corona del derecho divino; llamó a la libertad a todos los esclavos,

y a la vida de la idea a todas las conciencias; inspiró el sentimiento de igualdad a las clases y el sentimiento de fraternidad a los pueblos; día de triunfo gloriosísimo, que pudo y debió ser eterno, si el pueblo, mal aleccionado por las enseñanzas de los antiguos tiempos, no hubiera vertido sobre la tierra tanta sangre, la misma sangre de sus tribunos, de sus filósofos, de sus mártires; sangre que cayó gota a gota sobre los hombres de la revolución; sangre que levantando mefíticos vapores engendró el falso espejismo de la gloria militar, y llevó al pueblo a abdicar su soberanía en aras del génio, que era el dios de las batallas; sacrificio tanto más doloroso, cuanto que era inútil, pues años antes ese mismo pueblo, desnudo, hambriento, sin más armas que sus ideas, venció, más que con sus fuerzas, con sus principios, alentado por los ecos del cántico de la libertad a todos los antiguos reyes, forzándoles a reconocer la grandeza y la justicia de su derecho. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

A no menor altura se alzó el pueblo español en otra ocasión semejante. Desarmado, venció al guerrero que tenía bajo las alas de sus águilas asombrada y muda la tierra; emancipado de una esclavitud de tres siglos, escribió con su sangre, al fulgor de la tempestad, el Código inmortal

de 1812 que toda Europa admiró, que Italia tomó por carta de sus libertades, que Grecia unió en su memoria al recuerdo de sus venerandas leyes, como unía en sus labios al nombre de sus héroes el nombre de los héroes españoles, pues siempre que trate un pueblo de recobrar su nacionalidad hollada, invocará el númen de este pueblo, que perdió tanta gloria y fué esclavo por haber confiado la custodia de sus libertades a los mismos que le habían vendido al extranjero; error que nuestros padres pagaron, unos con las amarguras del destierro, otros con las ignominias del cadalso. (*Estrepitosos aplausos*).

Y vino un nuevo día, el de 1848, que imaginábamos que había de ser eterno para la causa de la civilización y el pueblo se levantó de su postración y ahuyentó con su menosprecio a los mercaderes de la libertad, y no manchó los timbres de su soberanía con una gota de sangre, y proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad, palabras sagradas que resonaron desde el Volga hasta el Bétis entre las aclamaciones de los oprimidos; y despertó a Hungría, Polonia e Italia, que se incorporaron en sus sepulcros; y hubiera afianzado su victoria, a no caer en el error de pedir al Estado, al poder, el trabajo, el pan de la familia, la solución del problema so-

cial que el Estado no resolverá, que el Estado no puede resolver, que el Estado no resolverá nunca sino levantando sobre los restos de la libertad vencida el bárbaro cesarismo, que en cambio de un pedazo de pan, arrancado al pueblo con una mano y devuelto con la otra, pero empapado en la hiel de su vergüenza, en cambio de ese amargo pedazo de pan, le arrancó lo que más necesitan los pueblos, su dignidad, su derecho, y con su dignidad y con su derecho el trabajo y la libertad de sus hijos. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*).

Todos estos hechos igualmente gloriosos y tristes, os enseñan que el pueblo, en este siglo de su emancipación, necesita antes que todo alimentar su alma con una moral y sábia educación, que le muestre dónde se esconden los escollos contra que se estrellan sus derechos; dónde se forjan las cadenas que le detienen por su mal en el camino de su perfeccionamiento. Hé aquí, señores, el beneficiosísimo fin que cumple esta sociedad, y por el cual merece bien de la patria, bien de todos los corazones honrados.

Educar al artesano y a los hijos del artesano, es la obra más meritoria que puede cumplirse a los ojos de Dios y de los hombres, y es imitar aquel eterno modelo de virtud y de perfección que se gozaba en

dar la verdad divina a los niños, como el ave del cielo da el grano de trigo a sus tiernos polluelos que pían en el nido. Hoy, moral, civil, religiosamente, todos somos iguales. El mejor de todos no es el que descende de más ilustres abuelos, sino el que más trabaja. En otro tiempo, señores, el envilecimiento estaba en el trabajo (*aplausos*); hoy el envilecimiento está en la ociosidad. (*Redoblados aplausos*). En otro tiempo el trabajador era despreciado, tenido por vil, estimado en menos que la materia bruta; pero hoy cada uno es hijo de sus obras, y la honra y la virtud nos igualan a todos, y el trabajo, ley divina, a todos nos ennoblece.

El trabajador deshila cuidadosamente las plantas, las teje, las tiñe con los colores del iris, y viste la inclemente desnudez humana; desinfecta lagunas, abre bosques, lanza sobre los abismos los puentes, y en el aire vago extiende la cadena mágica que da a la palabra humana la celeridad del relámpago; pone el cincel en la piedra, el color en la paleta, la cuerda vibrante en el arco, la idea en la imprenta, y levanta el mundo de las artes y de las ciencias, que es el espacio de nuestro espíritu; lanza sobre los mares el tosco leño, despliega a los aires la leve lona, y desafía las tempestades y cruza de región en región, de gente en gente, llevando a todas en los productos de apartadas zonas la

comunidad del espíritu humano; destila el sudor de su frente sobre los campos, y los corona de flores y de frutos, y les arranca los manantiales de la vida; pues el trabajo que ha de luchar con las leyes de la gravedad, con la diferencia de las estaciones, con los rigores de los climas, con la brevedad del tiempo, con la flaqueza de nuestras fuerzas, por estos mismos obstáculos, sin duda alguna, es el cincel con que el trabajador, este artista divino, perfecciona la tierra, y la ofrece en los altares del espacio hermoçada, más digna de la providencia de su creador que en los primeros días de su creación, pues centellea de todo su ser lo que hay más divino en la creación, el grande, el gigantesco, el inmenso espíritu del hombre. (*Vivos y redoblados aplausos*).

La instrucción, señores, que ha de darse al ser que así contribuye a la perfección de la tierra, debe abrazar los tres caracteres de la vida, como hombre, como ciudadano, como trabajador. Educad en el primero al hombre, después al ciudadano, y después, señores, con más especialidad lo que hay de más especial en su destino, el trabajo. Las primeras edades que no vieron en el trabajador al hombre, le llamaron pária; las segundas edades, que no vieron en el trabajador al ciudadano, le llamaron esclavo o siervo; nuestra edad lo con-

sidera como parte integrante de la humanidad, y como parte integrante de la sociedad, igual a todos los hombres en naturaleza, e igual a todos los hombres en derechos. La educación como hombre debe tener dos enseñanzas: moral y religiosa. La educación como ciudadano debe tener dos enseñanzas: la enseñanza de los derechos de la personalidad, que trajo a la vida, y la enseñanza de sus deberes para con la sociedad en que vive. La educación como trabajador debe tener dos partes: primera, enseñanza de las condiciones morales y económicas del trabajo, o sea su ley general, y además enseñanza particular del trabajo a que consagre sus fuerzas. De esta suerte, lejos de envilecer su corazón en el vicio, o de entregar su conciencia a la duda; lejos de amar la cadena de la servidumbre, o de ser piedra de anarquía; lejos de dejarse explotar por los que viven de la explotación de las fuerzas humanas, o de perturbar las leyes económicas que son eternas, el trabajador será hombre moral, amante de sus padres, fiel a la mujer que elija por compañera, pródigo para sus hijos, ansioso de realizar en su vida el bien, la virtud, la hermosura que están esencialmente en Dios; será buen ciudadano, que en vez de prestarse a servir de instrumento de tiranía, como esos desgraciados en quienes la ignorancia

borra toda idea de la propia dignidad, prestará firme apoyo a la libertad y a la justicia; y será por último, buen trabajador, y por lo mismo no irá a pedir al Estado un sustento que el Estado no puede darle; no aborrecerá la propiedad, fuente de trabajo; no deseará esa protección del fisco, que es la causa del atraso de la industria y de la paralización del trabajo; no vivirá en el aislamiento, expuesto a no tener abrigo en el día del infortunio, ni ahorros y lecho en el día de la enfermedad, sino que pedirá la libertad de asociación para centuplicar sus fuerzas, para obrar los milagros que obran siempre los hombres reunidos, para realzar toda su naturaleza en todas las graduaciones de la vida, y para ser digno de la espléndida alma que recibió de su Creador. (*Aplausos*).

La educación moral es indispensable al trabajador. El hombre cuando se contempla a sí mismo, en su reflexión, se siente capaz del bien y del mal; ve la luz de la razón que ilumina todo su ser; oye la voz de la conciencia que le premia con la propia satisfacción o le castiga con el remordimiento; conoce que es libre, que puede herosear su existencia, o perderla y afearla; observa; que su actividad le lleva a la acción, y que toda acción es aprobada o reprobada por una ley escrita con caracteres indelebles en su naturaleza.

se mira creado, y busca un creador a quien le ligan estrechos deberes, y es ser religioso; unido a los demás hombres a quienes ha de prestar su amor y su auxilio, y es ser social; formando parte de la naturaleza, que ha de cuidar y perfeccionar, y se siente llamado al trabajo; y así cuando desea y alcanza el amor puro para el sentimiento, la belleza moral para la imaginación, la verdad para la razón, el bien para la voluntad, el cumplimiento del deber para la vida, se transfigura, y hermosea y abrillanta con la luz verdadera su alma, haciéndola digna de que en el día en que este frágil cuerpo de barro se pierda en el polvo de la tierra, Dios la recoja enrojecida en el amor al bien, y la eleve hasta engarzarla más allá de los astros en la espléndida corona de su gloria. (*Ruidosos aplausos*).

Suele decirse que esta educación moral, esta educación cristiana ha menester de mucha ciencia, y que el trabajador no ha nacido para la ciencia. Pues qué ¿no es hombre? Pues qué ¿no tiene una alma igual a los demás hombres? Pues qué ¿no tiene los mismos derechos y los mismos deberes que todos, puesto que delante de la naturaleza, como delante de Dios, no hay privilegios, ni distinciones? Además, registrar la historia y veréis que del oleaje popular, de ese abismo donde

pasan y mueren sin dejar una huella tantas generaciones, se han levantado los hombres que más han honrado con sus obras al género humano. Homero, que separa a Grecia del Oriente, es un mendigo que va de choza en choza, de cabaña en cabaña, pidiendo una limosna que sostenga su cántico; Xenóphanes, el gran filósofo que separó por vez primera el espíritu de la naturaleza, es un soldado sin más patrimonio que su lira y su espada; Sócrates, el justo Sócrates que dió conocimiento de sí mismo a la conciencia, era hijo de un artista; Terencio, el más gran poeta cómico de Roma, fué esclavo; Horacio, el más gran lírico, liberto; y Virgilio, el más gran épico, labrador nacido en las cabañas, entre pastores, bajo los sáuces, oyendo el mugir de los bueyes, el balar de las ovejas; los tres genios más profundos de la literatura moderna, Shakespeare, Cervantes y Moliére, pobres eran también, pues Shakespeare fué palafrenero y no lord. Cervantes soldado y no rey, y Moliére un cómico, a quien negaba hasta la sepultura la barbarie de su gran siglo; pero ¿qué mucho? hasta el mismo Divino Mártir que os ha redimido, eterno modelo de perfección moral y religiosa que adorará mientras tenga conciencia el género humano, Jesucristo, nació en un establo, llamó padre a un artesano, vivió la vida

del pobre, buscó por apóstoles pescadores, diseminó su doctrina entre el pueblo, cual si hubiera querido que, así como su muerte redimió del error el alma, su vida redimiera del envilecimiento el trabajo. (*Ruidosos y prolongados aplausos que interrumpen por algún tiempo al orador*).

Señores: Las inmerecidas muestras de entusiasmo con que recibís mis palabras, me han distraído un momento, y después de daros gracias, vuelvo a seguir el hilo de mi discurso. No basta con la educación moral y con la educación religiosa. Es necesario educar al pueblo también para la vida política. Si estudiáis al hombre, no podéis desconocer en él una noble naturaleza, individual y social. Dos ideas han prevalecido; igualmente funestas, dos ideas que deben combatirse en toda buena educación política. La primera es la idea de que el hombre puede ser libre fuera de la sociedad; la segunda es la idea de que el hombre no debe ser libre para vivir en sociedad. Señores: la sociedad es tan necesaria al hombre, como el espacio al cuerpo, como la inteligencia la idea, como la atmósfera a nuestra vida. El hombre, lejos de ser libre fuera de la sociedad, sería esclavo de la materia bruta, la más dura, la más deshonrosa de todas las esclavitudes. La sociedad es un ser real, con vida propia, con

leyes propias; un ser tan real, tan verdadero como el hombre. Por eso donde quiera que el hombre se aparta de la sociedad, se entrega al dominio de las fuerzas ciegas de la materia, que lo sojuzgan y lo tiranizan. Mirad esos hermosos territorios, donde vive el indio a su capricho, donde no ha entrado la fuerza social y vereis que la naturaleza es bella como una serpiente, pero como una serpiente traidora y venenosa. Los grandes árboles entrelazan sus ramas y defienden sus frutos de la mano del hombre con la coraza de sus zarzas y de las plantas parásitas; el polvo oculta ponzoñosos insectos; las flores y las hojas reptiles; los huecos de los peñascos fieras; el terremoto azota una tierra no domada; el volcán abre por doquier sus fáuces; los lagos se corrompen con su inmovilidad y emponzoñan los aires, y el hombre muere en brazos de tan hermosa madre, porque falta el trabajo asociado, el trabajo social, que es la condensación de nuestro espíritu sobre la tierra. (*Aplausos*). Por eso me atrevo, señores, a recordaros vuestros grandes deberes sociales, el respeto que estáis obligados a guardar a las leyes y a las instituciones que representan la sociedad. Mas al propio tiempo, no creáis que la sociedad os exige para vivir en su regazo el sacrificio de vuestros derechos. La sociedad no quiere, no puede querer la

muerte de sus hijos. Pedir que niegue un derecho, sería tan insensato como pedir a una madre que para ser buena madre mutila a su hijo al salir de sus entrañas. (*Aplausos.*) Señores: debéis pedir en todo tiempo lo que es esencia de nuestro ser, ley de nuestra naturaleza, alma de nuestra alma; la libertad, sí, la libertad, que es una como nuestro pensamiento, que reside en todas nuestras facultades, que dirige los movimientos de nuestro cuerpo, que es nuestro título de soberanía sobre la naturaleza; la libertad de vuestra personalidad, porque sin ella desciende el hombre a la miserable condición del bruto; la libertad y seguridad de vuestro hogar, para que no sea profanado el paraíso de la vida, la familia; la libertad de vuestra conciencia, porque la oración más propicia a Dios es la oración que se levanta del alma, y no la palabra que modulan descuidadamente los labios, porque Dios ve hasta el fondo de nuestro ser; la libertad política, sin la cual es imposible la vida social; santa libertad, en cuyas aras se han sacrificado todos los héroes; santa libertad, que explica todo el movimiento de la historia; santa libertad, que buscarán instintivamente todos los esclavos, como la planta nacida en los abismos busca la luz y el aire, pues sin ella puede asegurarse que no vive, que no es nuestra armónica naturaleza. (*Estrepitosos aplausos*)

Pero además de la educación moral, de la educación social, debe recibir el trabajador la educación propia para conocer las leyes generales del trabajo. Se apena el alma cuando contempla la oprobiosa historia del trabajo. Es imposible contemplar ese gran martirio de tantos siglos sin que se desgarre el corazón. Señores: la historia moderna, compasiva, profundamente humanitaria como toda la ciencia, ha sostenido siempre el principio de que la civilización de los Estados no se mide por la felicidad de sus aristocracias, por la grandeza de sus poderes, por el brillo de sus ejércitos, sino por las condiciones morales y materiales en que vive el pueblo; y cuando en su constante anhelo de conocer la vida pasada para explicar la vida presente, ha buscado los huesos y las cenizas de las generaciones que fueron, ha sondeado los abismos de las edades, ha oído un sollozo profundo, amarguísimo, un grito de dolor que se extiende como una maldición de siglo en siglo, de generaciones en generaciones; y es el grito del trabajador, errante, desnudo, hambriento por los bosques; amenazado por la caza como las fieras; arrastrado al ara del sacrificio, y allí herido, degollado para ofrecer holocaustos a los dioses; confundido en un mar de sangre con el toro, con el cordero de las fiestas sáceas sobre los altares de Babilonia; encerrado

en las entrañas de la tierra para buscar el oro de Ophir, mientras el hierro pesa sobre sus espaldas; hecho despojo del soldado, y presa del pirata; vendido por algunas *minas* en públicos mercados a menos precio que el buey del campo y el caballo de guerra; pobre ilota, que lleva la cabeza cubierta con una piel de perro para mayor escarnio, el cuerpo mal oculto entre vestiduras de fieras y el rostro herido por el látigo; mísero esclavo que es degradado hasta en su alma, hasta en su conciencia, pues su señor, en las últimas agonías del imperio romano, lo busca, no para la guerra, no para el trabajo, si no para sus infames y vergonzosos vicios; eterna víctima en cuyo favor se mueve en vano la guerra servil, sobre cuya frente en vano cae la sangre divina de la redención religiosa, pues los apóstoles del nuevo mundo que redimen su alma, no pueden romper sus cadenas; y el bárbaro pasa a su lado y lo ata a su carro nómada; y el señor lo clava como un hierro a los terrenos alodiales y a la propiedad sálica; y el mismo abad que le dice en la iglesia que todos los hombres somos iguales ante Dios, lo compra y lo vende en el mercado que se celebra a la puerta del convento; y pasan ocho siglos de civilización moderna, y no se alivia del peso de sus cadenas, hasta que asoma el primer reflejo del pueblo, el mu-

nicipio; y pasan diez siglos más, y no es civilmente igual a sus semejantes hasta ese gran día del juicio de Dios sobre los antiguos poderes, hasta esa gran tempestad de la revolución de 1789, que grabó el derecho indeleblemente en nuestra conciencia, y dijo al señor y al esclavo que todos son iguales delante de la sociedad y de las leyes porque todos son hombres. (*Vivos y redoblados aplausos*).

He querido recordaros, señores, la triste historia de la esclavitud, para que comprendáis que el progreso consiste en que el trabajo sea propiedad del trabajador y no del Estado; pues en la esfera social como en la esfera política, como en la esfera económica, el acrecentamiento de la personalidad humana es el fin del progreso. Esta ley os tendrá prevenidos contra la influencia del comunismo, que yo juzgo deletérea, y que no es más que la reproducción de la antigua servidumbre. Pues una de dos, o el comunismo no ha de cumplir sus promesas, o ha menester organizar un estado fuerte, poderoso, que sea bastante a señalar desde el pensamiento común hasta el trabajo común, y desde la religión de todos hasta el alimento de todos. (*Bien, bien*). Señores, en una sociedad así organizada, donde la propiedad es del Estado, donde la ciencia es del Estado,

donde la religión es del Estado, donde el Estado señala desde el vestido hasta el alimento, muerta la actitud individual, que es el móvil de las grandes empresas; ahogada la protesta contra lo presente, que es el ideal del progreso para lo porvenir; rota esa variedad infinita de caracteres, de inclinaciones, de aptitudes, que es la ley de la vida; destrozada la familia en ese caos de amores, trasladada la primera educación [del alma, de la madre, ese ángel del cielo, destinado a descubrirnos los horizontes de la vida, a los rigores de la disciplina de un maestro sin entrañas; organizado todo, y por consiguiente destruida la libertad, tan necesaria a la vida como el rocío al campo, como el viento a los mares, vendría bien pronto la ignorancia de todos, la miseria de todos, y la inmovilidad, que, paralizando los movimientos del espíritu y por consiguiente el progreso, reducirían esa sociedad a ruinas, como sus antiguos modelos, Esparta, y las sociedades esenias y moravas; eterno testimonio de la impotencia del comunismo, que no deja ni huellas de sí sobre la tierra, que emponzoña con su aliento la naturaleza, pues al matar la actividad del espíritu, de la misma muerte mata al hombre. (*Ruidosos aplausos*).

Pedid, señores, pedid las dos grandes ideas de

los tiempos modernos, la libertad de trabajo y la libertad de asociación. El glorioso movimiento de nuestro siglo ha destruido las grandes tiranías que pesaban sobre el trabajo, el *jurandum*, o impedimento de trabajar; la *córvea*, o el trabajo para otro; la tasa, o sea el límite ficicio del trabajo el gremio, o sea el trabajo privilegiado; la creación de oficios, o sea el trabajo explotado por el poder; pero no se ha concluído aún esta grande obra de libertad, pues el trabajador está expuesto a morir de hambre en el día de una crisis o de la suspensión del trabajo por accidentes imprevistos o por perturbaciones de las leyes económicas; expuesto a no tener auxilio ni lecho en el día de las enfermedades a que está sujeta nuestra débil naturaleza, expuesto, después de haber consumido toda su vida en el trabajo y todas sus fuerzas en el taller, a no encontrar un báculo a su ancianidad, a morir tal vez por causa de los servicios mismos que ha prestado a los hombres; males gravísimos, inmensos, que en vano pretenderíamos desconocer y ocultar, y que solo pueden remediarse por la asociación libre y voluntaria, que centuplica las fuerzas del trabajo, que socorre al trabajador en sus necesidades, que vela al lado del lecho del dolor, que le ampara en una crisis, que es su providencia, pues le protege contra la

idea de un porvenir incierto, y le asegura contra el temor al desamparo y la muerte por la miseria y el hambre; remedio tanto más grato, cuanto que está en la vida del trabajo y en las fuerzas y los derechos del trabajador. (*Aplausos*).

Señores: Jesús decía: buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura. Y yo, a semejanza del Divino Maestro, os digo: buscad la libertad y la justicia, que la libertad y la justicia armonizarán en sus verdaderas leyes el capital y el trabajo. (*Aplausos*.) Suele decirse que nuestro pueblo es presa del materialismo. Si algún pueblo ha dado muestras de desinterés, de frugalidad, de preferir la libertad y la justicia a los intereses y medros de un día, es el pueblo español, que se distingue por su moralidad, por su generoso carácter y hasta por su despego a los bienes de la tierra y su amor a todo lo espiritual, a todo lo grande, a todo lo sublime. Los que dicen que el pueblo español está consagrado al culto del materialismo, son los sofistas, que han exigido dinero para ser elector, dinero para ser representante del pueblo, dinero para ser escritor, como si el dinero fuera el pensamiento, la conciencia, el espíritu, la ley desmoralizando así la sociedad entera, que al ver que el derecho está en el oro y no donde Dios lo puso, en el alma, cree que vale más el oro que

la conciencia y que el alma. (*Estrepitosos y repetidos aplausos*). No, señores, no. Lo que más brilla en el mundo, lo que vale más que el oro, más que el talento, más que la gloria, es la virtud. (*Aplausos*.) ¿Qué vale una gran palabra si nace de un corazón corrompido? ¿Qué vale una gran gloria si está manchada de sangre? ¿Qué vale un poder inmenso si ese poder sólo ha acertado a oprimir? La virtud, la virtud brilla con la luz inmortal de los horizontes de la vida. Así, señores, yo no puedo dejar de recomendaros siempre la práctica de todas las virtudes cristianas, como un deber de vuestra vida, como una enseñanza perenne para vuestros hijos. Nada hay más triste que no sentir a Dios en el alma; y no está Dios en el alma corrompida, manchada por el lodo de la tierra. No lo olvidéis tampoco; la nobleza de nuestro tiempo está en el trabajo. Si yo tratara de calificar con una palabra la historia pasada, la llamaría la historia de la guerra; si yo tratara de calificar con una sola palabra la historia por venir, la llamaría la historia del trabajo. (*Bien, bien*.) La historia antigua nos ofrece por do quier cascos que brillan con la siniestra luz de la guerra; escudos que se quiebran; armas que se cruzan movidas por el odio; caballos que relinchan al ronco son de la trompa guerrera;

hogueras que humean en honor de dioses sangrientos; teas encendidas que alumbran sinientemente el camino de la humanidad; gritos de espanto, ayes de moribundos, pueblos desplomados, lloros y sollozos de madres, de esposas que pierden las prendas de su corazón, fuegos fátuos que nacen de la huesa de los cadáveres hacinaados en el planeta, que es como inmenso cementerio (*bien, bien*); mas la historia de lo por venir será la historia del globo aerostático que hien de los aires, del barco mágico que explora las entrañas del Océano, de la electricidad aplicada al movimiento, de los cielos descubiertos por nuevos y más penetrantes telescopios, del comercio libre que la navegación más rápida llevará por todas las riberas, del trabajo moral y material, que espiritualizará y hermosteará nuestro globo, devolviéndole los resplandores y la inocencia y la hermosura del primitivo Eden. (*Aplausos*). La grandeza del trabajo anuncia la emancipación de los trabajadores. En ese gran día, señores, no os acordéis de volver mal por mal; no queráis ser opresores porque hayáis sido oprimidos; no queráis ser injustos porque hayáis sido víctimas de la injusticia; coged el hacha del verdugo, pero que sea para destruir el cadalso, y luego arrojadla lejos de vosotros, porque una gota de sangre man-

cha para siempre las manos del pueblo y no pueden lavarla ni las lágrimas de cien generaciones; y estrechando contra vuestro corazón a los que os han creído enemigos, llamadles hermanos aunque os hayan llamado siervos; y así añadiréis al esplendor de vuestra libertad y vuestro derecho, el esplendor de vuestro ejemplo y de vuestra historia. (*Vivos y repetidos aplausos*).

He concluído, señores, he concluído. Os he dado consejos con el corazón, y ahora mismo no puedo recapitular y resumir todo lo que he dicho. Pero vosotros, los destinados a ilustrar esta sociedad, además de las ideas morales, cristianas y de amor al trabajo que debéis aconsejar a vuestros alumnos, además de estas ideas, no dejéis nunca de infundirles al amor vivo, profundo, a la nación española, a esta tierra sagrada que los navegantes fenicios y griegos saludaban desde la popa de sus naves llamándola el lecho del sol, la estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del ibero la gracia y la armonía de su carácter; que fué cuna de los hombres más grandes del imperio romano, cuando todo el antiguo mundo estaba exhausto; que unió, antes que ningún otro pueblo, el genio inquieto de los bárbaros con los restos de la civilización romana; que fué querida y hermosa por los árabes como el Eden prometido

por su profeta; que, mártir de la civilización universal, contuvo en su pecho las irrupciones de los pueblos bárbaros del Africa, cuyo álito, ardiente como el simoun, hubiera secado el árbol de la civilización europea; que tuvo en Castilla libertades democráticas antes que Italia, y en Aragón libertades constitucionales antes que en Inglaterra; que al finalizar la Edad Media descubrió el camino del Asia, doblando audaz el cabo de las Tormentas con las naves portuguesas, y leyó con el genio de Colón el secreto de Dios en la soledad del Atlántico, dando un nuevo mundo a la tierra; que salvó, mientras Europa se preocupaba con las cuestiones metafísicas y religiosas, el cristianismo y la civilización en las hirvientes aguas de Lepanto; que protestó contra la esclavitud de Polonia, y peleó por los derechos de la primer república que se levantó en América; que enseñó a los pueblos a principios del siglo a derribar en el polvo los conquistadores; tierra sacratísima en que reposan las cenizas de nuestros mayores, y que en el dulce nombre de patria resume todos los amores y todas las ideas de la vida, tierra que nuestros padres amasaron con sangre, y que vosotros debéis fecundar con el rocío del trabajo. He dicho. (*Estrepitosos y repetidos aplausos*).

EXPOSICIÓN UNIVERSAL

DE FILADELFIA

Señores:

El Gobierno que actualmente rige los destinos de la república española, y en su nombre el distinguidísimo estadista que desempeña la cartera de Fomento, nos han congregado aquí para alcanzar por todos los medios propios de nuestro celo, digna representación a la patria en el gran certamen de la industria que a la primavera de 1876 inaugurarán los Estados Unidos en la ciudad de Filadelfia. Demostrando de una manera palpable la igualdad sobre que esta comisión se funda, ha sido destinado a encabezarla y presidirla el más humilde y el menos competente entre todos vosotros. Razones políticas que nunca faltan ciertamente en las peripecias de nuestras

lamentables tragedias, escrúpulos de delicadeza que omito; el sentimiento profundo de mi inferioridad para tan alto encargo; la apreciación exacta de los obstáculos y de las dificultades a veces insuperables con que habremos de tropezar en el camino para salir un tanto airosos en la empresa, me retrajeron de aceptarla y casi me determinaron a declinar esta nueva responsabilidad.

Pero bastó a contrastarlo todo un recuerdo que descendía de la memoria al corazón; un recuerdo al cual no pude sustraerme, porque era, señores, un recuerdo de agradecimiento. Corría el año solemne y crítico de 1873. El trono levantado por la revolución de Septiembre acababa de hundirse; la república le sucedía naturalmente; casos graves, consecuencias necesarias quizá de todo tránsito desde una forma a otra forma social, sobrevenían a cada instante; el gobierno más avanzado, si no por sus actos, por sus personas, que tuvo nuestra patria en el presente siglo nos regía; y en aquella crisis, un general conservador, mártir ilustre del deber, cuyo nombre resplandecerá inextinguible en los anales de nuestras glorias, presidía trabajos idénticos a nuestros difíciles trabajos; y un grande de España, que lleva sangre de reyes en sus venas, aceptaba de los ministros de una república avanzada y democrática la hon-

rosa pero difícil representación de nuestra autoridad y de nuestro nombre en la corte más tradicionalista de toda Europa, en la corte de aquellos que creen vincular en sí el genio y el nombre de Carlos V y de María Teresa, en la corte de los Lorenas y de los Austrias.

Y movido de esta gratitud y de este recuerdo, yo dije para mí: «Si un gobierno que se llama avanzado encontró un grande de España que lo representara en la corte de vasto imperio europeo, un gobierno que se llama conservador debe encontrar también, si lo busca, el nombre de un republicano, siquiera sea tan modesto y humilde como el mío, para que lo represente ante el gobierno de una basta república americana; y así demostraremos que no se sirve solamente a la nación allá en los cargos retribuidos y políticos, sino en otros cargos de menos lustre, pero de igual importancia; que no se sirve a la nación sirviendo sólo al Estado, sino sirviendo a otras fuerzas que no caben todas dentro del organismo del Estado, sirviendo a la sociedad; a ver si logramos que sobre nuestros gobiernos, los cuales se suceden más que para continuarse, para perseguirse y anularse unos a otros; sobre nuestros partidos, los cuales se combaten entre sí no con la próspera emulación del trabajo, sino con el desolador odio

de la guerra, hiriéndose y calumniándose; sobre las serpientes venenosas de tantos males, se alce pura, inmaculada, luminosa, la mujer sin pecado, la madre sin mancilla, eterna fuente de nuestras inspiraciones y eterno objeto de nuestro culto; la imagen de la patria.

Yo puedo decir que sólo he visto y sólo he estudiado una Exposición en mi vida, la última Exposición de París. Y jamás olvidaré las emociones que llevó a mi corazón y las enseñanzas que llevó a mi inteligencia. Todo se contenía allí: desde el alimento hasta el hogar, desde el hogar hasta el vestido; la hogaza que sale caliente del horno para satisfacer el hambre y la blonda que sale aérea del taller para agraciar la hermosura; el libro cargado de ideas sudadas por nuestras prensas y la campana cargada de sonidos que llaman a la oración y traen a nuestra baja atmósfera los ecos de la eternidad; la sorda linterna que desentraña las oscuras profundidades de la mina y el espléndido faro que derrama con su resplandor la esperanza en los infinitos espacios; el estridente vibrar de la máquina de vapor que ha borrado las distancias y combatido y domeñado las tempestades del Océano, y la nota cadenciosa, melancólica, del órgano que ha sacudido con los escalofríos de lo sublime todo nuestro ser y ha domeñado las tem-

pestades interiores del alma; el azadón que ha abierto fecundo hoyo a la semilla en la tierra de labor, y el pincel que ha puesto un color, un matiz más en los cielos y en los iris del arte; las moles de granito y de mármol que guardan en sus partículas testimonios de las revoluciones de la materia, y la estatua triunfante que ha obedecido al golpe del cincel y al conjuro de la idea la trampa en que el cazador aprisiona las ligeras aves, y el telescopio en que aprisiona el astrónomo las sólidas estrellas; el eslabón del cable donde ha vibrado la chispa de la electricidad, y la cuerda del arpa donde ha vibrado la chispa de la inspiración; la economía doméstica con sus rudimentarios procedimientos, y la ciencia química que ha encontrado nuevos elementos en los elementos de Aristóteles, y ha analizado el incienso de oxígeno que exhalan esos pebeteros de la creación llamados plantas, y el ácido carbónico que exhalan las fraguas de nuestros pulmones; todo este universo, obra del Titán, sujeto a la cadena del límite, y sin embargo, divino, creador, animal en la naturaleza, ángel en lo infinito, que perfecciona y pule con el cincel de su trabajo, como se merece su grandeza, el templo del espíritu, nuestro hermosísimo planeta.

Y después, al sacudir esta primera emoción

artística si entraba en reflexiones más hondas, veía en toda Exposición un cambio; y un cambio grande, grandísimo en las relaciones humanas y en la cultura universal. Convencido, penetrado de que todo progreso terreno tiene un límite, el mismo límite que nuestra condicionalidad y nuestra contingencia; convencido, penetrado de que no podemos jamás acabar con la contradicción que reina en los cielos y en la tierra, en todo el universo; convencido, penetrado de que la guerra se extiende allá donde se extiende la vida; convencido, penetrado de que no quitaremos al aire sus huracanes, al mar sus tormentas, al mundo animal sus batallas eternas entre todos los seres por una pulgada más de espacio, por un minuto más de tiempo y por un soplo más de animada existencia; al cuerpo su oposición de humores y de temperamentos; a la economía política su ley necesaria, fatal, de la concurrencia; al entendimiento sus dudas, al corazón sus penas, a cada hora su angustia, a cada día su trabajo; puesto que estamos condenados a guerra perpétua y somos guerreros incansables y venimos armados de una armadura a luchar y reluchar constantemente, luchemos en buen hora; pero no en los ensangrentados campos de batalla, sino en los pacíficos certámenes de la industria; no por la muerte, sino

por la vida; no con enemigos, sino con rivales; no para arrancar a la esposa su esposo, a la madre su hijo, sino para conservárselos, para vestírselos, para fortalecérselos, para llevar de la tierra las partículas más vivificantes a sus venas, del espíritu las ideas más luminosas a sus cerebros, a fin de que la guerra del trabajo sea una guerra sin término de la cual resulte una victoria incruenta que nos comunique en comunión sacratísima directamente con la naturaleza, con la humanidad y con Dios.

Señores, el mundo del trabajo, prueba cuán eminentemente social es la humanidad. Los demás seres producen, pero producen para sí. La zumbadora abeja liba la miel de las flores y la deposita en las celdillas de cera para proveer a su propio alimento; la diligentísima hormiga construye sus graneros con arreglo a sus necesidades; entona el ruiseñor la melancólica endecha en el bosque para tener a su compañera estática y fija sobre el nido de sus amores, mientras que el hombre produce para sí, es verdad, para la satisfacción de sus necesidades individuales y de las necesidades de su familia, más también para ejercer su actividad inquieta, para emplear sus fuerzas, para el recreo y el encanto de los demás, para instruir, e impulsar una sociedad; por amor al bien, a la verdad, a la hermosura en sí, pues

como él sol^o, sabe dar su vida por sus semejantes, él solo es redentor, el solo sabe ofrecerles también desinteresadamente los productos de su trabajo.

Mejorar el trabajo es mejorar la vida entera. En las grandes Exposiciones uno de los objetos realmente más estudiados y más digno de estudio es la mejora de las leyes del trabajo y de la suerte del trabajador; en ellas se aprende prácticamente el límite a que pueden y deben llegar las reformas; en ella se desvanece y se disipa la utopía, así la utopía demagógica como la utopía reaccionaria. No olvidéis, señores, que desde la primera Exposición de Londres, desde aquella visita de los trabajadores del continente a los trofeos de la industria en las islas británicas, data un movimiento de solidaridad en las clases trabajadoras, que pervertido hoy por apocalipsis comunistas trazados en las estepas de Rusia y por maniobras revolucionarias siempre estériles, puede llegar a ser fecundo si algún día se encauza en la idea de una mejora material y moral, en paz divulgada, y por las leyes conseguida de las condiciones del trabajo. No olvidéis tampoco, no, que el grupo décimo de la Exposición de París suscitó mil problemas que el tiempo y la ciencia han de resolver algún día.

La verdad es que el estudio de los productos de la industria enseña el verdadero alcance de nues-

tras fuerzas y el verdadero límite de nuestras esperanzas. Y el trabajador aprende en estos certámenes que si una parte de sus males depende verdaderamente de antiguos monopolios, otra depende de su propia responsabilidad; que al ahorro, a la constancia, a la economía, le está reservado siempre un premio; que la propiedad individual es una institución verdaderamente indispensable; que el legar a la posteridad, a los sucesores, a los hijos el ahorro acumulado nace de un deseo incontrastable del corazón humano, superior a todas las arbitrarias combinaciones de los pensadores solitarios y encastillados en su pensamiento abstracto; que así como no podemos prescindir del calor porque sofoque, ni del agua porque inunde, ni de la electricidad porque abraze, no podemos prescindir del capital porque abuse; y como no se levanta contra las leyes mecánicas y dinámicas del universo ninguna obra estable, no puede levantarse ningún progreso cierto contra las leyes de la economía y las bases inmovibles de toda sociedad.

¡Pero ah! No miremos solamente un lado de la vida, una parte del universo. Ese es el error de los errores. Lo hemos querido ajustar todo a un principio exclusivo cuando es doble de suyo nuestra naturaleza. Unos solo han visto la autoridad y otros solo han visto la libertad: unos el movimiento



y otros el reposo; unos el progreso y otros la estabilidad; unos la naturaleza y otros el espíritu; unos la acción y otros la reacción; unos el capital y otros el trabajo; cuando la sociedad humana es un compuesto del pensamiento y de la vida, y la vida y el pensamiento una serie de síntesis dentro de las cuales se oponen y se recomponen principios contrarios, como el equilibrio universal es un resultado armónico de contrarias fuerzas.

Cuando sintáis las satisfacciones o las comodidades que procura el trabajo, no olvidéis las penas y las fatigas del trabajador; no olvidéis que sin él, sin su auxilio, sin el sudor de su frente, sin el esfuerzo de sus brazos, no sería posible ese mundo del arte ni ese mundo de la industria que tanto necesitan nuestro espíritu y nuestro organismo, y contribuir con todas vuestras fuerzas a que pueda por la asociación, por la cooperación, por la coparticipación, por todos los medios legítimos nacidos de la ciencia y confirmados por la experiencia, llegar al necesario desahogo y a la necesaria libertad, a fin de que el trabajo tenga toda la importancia y toda la retribución que le son debidas indudablemente en rigurosa justicia.

Cada Exposición tiene su particular carácter según el sentir de personas competentes, la primera de Londres da por resultado una compara-

ción inmediata y rápida entre los diversos productos del trabajo; la primera de París una demostración práctica de la felicidad con que el ingenio francés ha sabido aplicar las artes a la industria; la segunda de Londres se distingue por los objetos de inmenso valor y de costo incalculable que ofrecía al comercio y que pugnan con el sentido democrático de la industria, bien al revés de la última de París, que principalmente se ocupa del bienestar moral y material de las clases trabajadoras, mientras que la de Viena deja la enseñanza práctica de que en el estado crítico de la producción y del consumo se necesita aprovechar hasta los desperdicios más ínfimos para nuevas transformaciones de la materia, y nueva satisfacción a las necesidades de una sociedad tan agitada y febril como la sociedad presente.

Pues bien: la Exposición de Filadelfia es la Exposición intercontinental por excelencia. Este nuevo certamen corona y remata los certámenes anteriores. No se verifica en una ciudad de tradiciones principalmente aristocráticas como Londres, ni en una ciudad de tradiciones militares y monárquicas como Viena, ni en una ciudad de tradiciones principalmente revolucionarias como París; se verifica en una sociedad puramente fundada por los trabajadores, porque o los Estados

Unidos no representan nada en el mundo, o los Estados Unidos no son nada en el mundo o son y representan exclusivamente la grandiosa epopeya del trabajo. Mirad el tipo eterno de sus fundadores. Alto, nervudo, fornido, rubio como un Hércules de Rubens, ha arrancado su personalidad avasalladora a una iglesia intolerante y a una aristocracia formidable, para lanzarse al mar en débil esquife, y después de haber navegado titánicamente, allí donde parece que la tempestad está eternamente en los cielos y la tormenta eternamente en las aguas y el huracán eternamente en los aires, entre nieblas espesas como noches sin fin y entre bancos de hielo como flotantes montañas, ha desembarcado, cual un aborto de las férvidas olas, no en aquella naturaleza tropical donde sólo se necesita respirar para vivir, sino en clima ágrico, en playas inhospitalarias, y ha cogido su Biblia de cuáquero bajo el brazo, su hacha de explorador en la mano, y se ha ido en compañía de su libertad y de su conciencia a hollar con su planta los desiertos nunca hollados, a tender en la virgen corriente del profundo río el árbol derribado por su esfuerzo, a abrir violentamente en batalla enorme con las parásitas y con los brutos la selva primitiva, a fundar allí una sociedad, donde no sea necesario enajenar nin-

guna de las libertades indispensables a nuestro ser, porque toda ella está cimentada en la naturaleza y toda ella ha nacido del trabajo.

El más universal de los filósofos antiguos, dijo un verdadero y profundísimo pensamiento cuando notó la superioridad de la poesía sobre la historia para dar a conocer el fondo de las sociedades humanas. El tipo de una sociedad alzada en la conquista y en la guerra es el Roldán francés que sólo sabe vivir combatiendo y morir sonando su cuerno de caza de hombres en los riscos de Roncesvalles; o el Astolfo italiano que recorre, caballero en fantásticas alimañas, la tierra y el cielo en pos de increíbles aventuras; o el Quijote español, generoso, caritativo, claro espejo de todas las virtudes, que descuida su hacienda y abandona su hogar para desfacer entuertos imaginarios, para resucitar sociedades muertas, para espaciarse en estériles empresas, para acariciar un amor sin posteridad posible en la vida, seguido del maligno campesino que todo lo ve a derechas menos sus torcidas ambiciones, y que a su vez deja arado, azadón, yuntas, casa, familia, su trabajo y su hacienda por un empleo, por un cargo político, por el gobierno de una ínsula donde le magullarán los huesos y le nublarán la honra, mientras que el tipo de una sociedad de trabajadores se

encuentra en aquel libro, pesado, difuso, minucioso, libro de viajes y de estadística, sin arte y sin estilo, escrito por un anglosajón del viejo mundo, y sin embargo, Evangelio de los anglosajones del nuevo, en el libro y en el tipo de Robinson, no tan poético ciertamente como los caballeros de la Mesa Redonda o como los discípulos de Amadís de Gaula, pero mucho más aprovechado y mucho más provechoso, que va de Europa al Brasil y del Brasil a Africa como si fuera de paseo al parque del Regente en Londres; que naufraga y se salva por su propio esfuerzo; que arriba a desierta isla y no se desespera a causa de su fe y de su esperanza en la virtud redentora de su actividad; que pone la tosca sierra y el rudimentario cepillo de carpintero sobre la espada del héroe y sobre el cetro del rey, y sobre el escudo del noble; que se abre él solo con su azadón salvador ancho camino, hondo canal, pródidos almacenes, y que está grabado de relieve en la conciencia de una gran raza para mostrar cuanto puede y cuanto alcanza la fuerza indomable de la voluntad empleada en el creador ejercicio del trabajo.

Al leerlo, creéis leer la historia de aquellos puritanos perseguidos y acuchillados por los ejércitos de los Estuardos, que pasan de Inglaterra a Suiza y a Holanda para dilatar su conciencia y afirmar su idea; se embarcan después en la misteriosa Flor de

Mayo, repitiendo el cántico entonado por Moisés al salir de Egipto y al atravesar el mar Rojo; desembarcan en la nueva Inglaterra y se van por las orillas del Potomac o del Ohío a ejercer su actividad, a levantar un templo a su Dios y un hogar a su derecho; y en premio de este esfuerzo, obtienen el fundar aquella sociedad cercana a la naturaleza, antes realizada por ellos que concebida por los filósofos del pasado siglo, y darnos con el vapor, con el telégrafo, con el pararrayos, con el cable submarino, los mayores milagros de la industria humana y los primeros títulos de nuestra soberanía en la naturaleza.

Ahora, señores, vamos a los Estados Unidos, no a estudiar sus instituciones y su historia, no a estudiar su política y sus leyes, sino a un fin más inmediatamente práctico; a exponer los productos del trabajo español y a mejorar nuestras relaciones mercantiles, en cuanto sea posible, con el Nuevo Mundo. Aquí tenemos la falsa idea de que todo se resuelve con el criterio político, y todo se contiene en las públicas instituciones, cuando política e instituciones vienen a ser, en último término, las series de organismos resultantes de la instrucción, del trabajo, de la industria, del arte, de la ciencia y de la moralidad de los pueblos. Yo estoy seguro de que todos cuantos esfuerzos emplee-

mos en mejorar el trabajo y la industria lo empleamos también, señores, en fomentar la libertad que todo rayo de luz funde, y todo progreso económico destruye en el eslabón de una cadena. Y así como en la vida privada son por regla general morales e independientes los hombres trabajadores, en la vida pública son libres e independientes los pueblos trabajadores también.

El comercio de España con los Estados Unidos se salda con un millón de pesetas en contra nuestra. Y es apenas comprensible y explicable este fenómeno, atendiendo a que más necesitan de nosotros los Estados Unidos que nosotros de ellos en la esfera mercantil. La América del Norte extrae de España metales y minerales, frutas verdes y secas, aceites y sales, corchos catalanes y extremeños, únicos en el mundo; los ardientes vinos que mezclan a la sangre de los hombres del Norte átomos del espléndido sol de Andalucía. En cambio nosotros importamos de los Estados Unidos algodón, tabaco, maderas, betunes, petróleo. Ahora bien: este balance de exportaciones e importaciones prueba cuánto necesitamos fomentar nosotros la virtud salvadora del trabajo. ¿Se concibe, si laboráramos como debiéramos, que fuese la nación poseedora de Cuba, de Puerto Rico, de Filipinas, tributaria de los Estados Unidos hasta

en la materia del tabaco? La palabra que se debe pronunciar constantemente en los oídos de nuestra raza es la palabra trabajo, porque empleando nuestra actividad útilmente, puede asegurarse que llegaríamos a ser una de las naciones más ricas y, por consecuencia, más independientes de la tierra.

Respecto a nuestra situación económica e industrial, hay dos conceptos al igual funestos: el exceso de optimismo y el exceso de pesimismo. Evitemos uno y otro escollo. Mal estamos, pero no es tan cierto, como se dice por ahí vulgarmente, que estemos en completa decadencia. Al contrario, si algo se nota, es un renacimiento completo. Podemos presentarnos ante el mundo con verdaderos progresos. Es verdad que no explotamos como debemos nuestras ricas minas de minerales y metales cuando los extranjeros las buscan realmente con avidez, y Krupp mismo ha comprado grandes territorios en Vizcaya para llevarse nuestras minas. Es verdad que las pesquerías se hallan, por ejemplo, en lamentable retraso, cuando tenemos tantas costas, dos mares, sal inagotable para la salazón, rico aceite para las conservas. Es verdad todo esto, y algo más doloroso todavía, pero la exportación de minerales ha subido: en los últimos años, de 20 a 100 millones, y debe

subir más cada día. Las plantas textiles, de las cuales algunas crecen espontáneamente en las montañas, como el esparto, forman la base de importantísimas industrias. Nuestros caldos, nuestros cereales, nuestras semillas, nuestras frutas secas, han recibido lauros inapreciables en los últimos certámenes. Nuestra industria lanera es la madre de los vellones que Silesia enseña al mundo entero, y los tejidos de lana española han competido con la de Elbeuf y Reims y se han llevado premios de honor. La misma Italia, conservando la palma de la belleza en sus plateadas sedas, de Novi, ha tenido que cedérsela en cuanto a la flexibilidad para las cintas. Progresamos cada día más en el tejido de algodón y somos la segunda nación que ha aceptado los tintes mecánicos para colocar los linos y los cáñamos. Nuestra peletería no ha desmerecido de la antigua gloria cordobesa. Los trabajos sobre metales de la fábrica de Zuloaga y de la histórica y gloriosa fábrica de Toledo no tienen ya rival en el mundo. Nuestras maderas labradas, la cerámica y la cristalería, los instrumentos músicos y los métodos de enseñanza han merecido primeros premios y han mostrado nuestro pasmoso crecimiento.

Lo mismo las obras de nuestros ingenieros que las obras de nuestros artilleros, los planos geodé-

sicos y otros muchos productos, han conseguido el aplauso y la consideración universal, como lo muestran sus premios y sus lauros. Tenemos derecho a esperar que podamos presentarnos con iguales o mayores títulos en la Exposición de Filadelfia.

Somos un extremo de Europa, es verdad, y, según cierto escritor, el extremo huesoso. Pero en nuestras manos, y sólo en nuestras manos, está que esos huesos sean los huesos de la cabeza. Así como en la cabeza se encuentran reunidas las raíces de todos los nervios de nuestro cuerpo, echad una mirada sobre nuestro mapa mineralógico y encontraréis todos los minerales que se hallan esparcidos en Europa; evocad nuestro mundo vegetal: veréis desde el roble y la encina hasta el granado y el limonero; desde el musgo rudimentario que borda la región de las nieves, hasta la palma de Oriente, que ha escuchado los secretos del cielo de la inmensidad del desierto. Sólo que por reñir en Italia, por domeñar a Flandes y a Holanda, por someter bajo el férreo yugo de nuestro antiguo absolutismo al Gran Condado y a la Vallelina, por conservar una tutela sobre Cerdeña y sobre el Piamonte, por impedir que la herejía se extendiera en Alemania, por auxiliar a la reacción religiosa en Inglaterra y en Francia, por restablecer los Estuardos en su perdida autoridad, por

dotar con tronos en Nápoles y en Parma a los hijos de Isabel de Farnesio, por ceñir la corona de los Algarbes a las sienes de un privado, por obras de guerra y de conquista, hemos descuidado nuestro suelo, destruído nuestra industria, cegado la fuente de nuestra riqueza, puesto el desierto en regiones donde Dios pusiera la vida, y llegado a ser aquella raza de hidalgos valerosos, nobles, honrados, orgullosísimos, pero que prefería morir de hambre a entregarse, cuando acababa la pelea, al ejercicio del trabajo,

Esto tiene la desventaja de nuestra presente inferioridad; pero tiene la ventaja de que nuestro suelo aparezca como un suelo primitivo casi, un suelo explotable, un suelo que puede ofrecer, cual en toda la antigüedad, sus entrañas como minas inagotables al trabajo de los industriales, y sus campos como Campos Elíseos a la inspiración de los poetas. Lo que necesitamos es transformar nuestra tierra. Lo que necesitamos es regarla con nuestro sudor hasta hacerla tan fecunda como el pensamiento. Lo que necesitamos es convertir aquellas grandes cualidades que nadie puede negar a nuestras raza, el valor heróico, la constancia singular, la tenacidad a toda prueba, la fiereza de carácter, la austera sobriedad de costumbres, en otros tantos elementos de progreso para la

obra de nuestra redención económica. El hierro forjado, templado, afilado, convertido en acero y usado y esgrimido en los combates, mata; pero el hierro vivifica cuando es azadón, cuando es máquina de vapor, cuando es telar mecánico, cuando es arado, cuando disuelto en partículas invisibles colora y enciende nuestra sangre, acera y fortifica nuestros nervios y abriga y defiende, acumulándose en el cerebro el santuario donde arde el eterno ideal, la eterna luz del pensamiento. Así nuestras cualidades deben divertirse de las guerras y deben consagrarse al estudio y al trabajo. Para ser nación necesitamos no solamente entrar en la posesión plena de nosotros mismos, sino en la posesión plena de nuestro suelo. Y el suelo se conquista con los instrumentos de labranza, con la máquina, con la retorta, con la trasustanciación de la materia por medio del trabajo. Así, donde quiera que haya un certamen de la industria, donde quiera que haya un torneo del trabajo, donde quiera que se concorra y se combata por el progreso material, allí debe estar la nación a ver si concluimos con nuestras guerras interminables y concertamos la actividad en las esferas superiores de la Industria, del arte y de la ciencia.

No olvidemos, señores, que ahora vamos a América, a la tierra evocada por nuestro genio, a la

tierra descubierta por nuestra audacia. América necesitaría perder la memoria y el habla para perder el recuerdo de nuestro nombre. Todo está en ella ligado con nosotros. Si quiere elevarse a los orígenes de su cultura presente y de su civilización cristiana, tiene que tropezar con aquel humilde convento de franciscanos, a cuya puerta pedía limosna un hombre que comenzaba a entrar en la edad madura y que, sin embargo, tenía la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos del pensamiento y por los sacudimientos de la inspiración; astrónomo, poeta, guerrero, orador y navegante como los hombres-siglos de aquellas feraces edades; desconocido en Italia, desconocido en Inglaterra, desconocido en Portugal y sólo adivinado por la audacia de España. No hay allí, de extremo a extremo de América, un objeto que no lleve marcado el sello de nuestro pensamiento.

Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por las campiñas de la Florida anda errante aun la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado, en aras de su fe, desde las vegas de Granada a las vegas del Nue-

vo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdoba, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primer visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe a un Garay; la aparición de la Carolina meridional, a un Vázquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Mississippi, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios de los cielos; como el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada *Santa Victoria*, cubierta con la bandera de España; que por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre; y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; España los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del

águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo.

Y si no puede nuestro nombre borrarse de sus tierras en toda América, en lo que a la América española se refiere, no pueden, no, salir nuestro Dios y nuestra religión de sus templos, nuestras leyes y nuestras instituciones de sus Códigos, nuestras costumbres y nuestras prácticas de sus hogares, nuestra historia de su vida pasada, nuestra sangre de sus venas, nuestros apellidos de sus genealogías, nuestra lengua de su pensamiento. Y al presentarnos en su propio continente con los instrumentos pacíficos de la industria, con las obras luminosas del trabajo, les demostraremos que todo ensueño de reconquista se ha desvanecido, que toda reacción hacia las antiguas dominaciones se ha borrado; que somos, como ellos, una democracia pacífica, y que, conservando la diferencia y la división de Estados, debemos unirnos moral y económicamente en la Industria, en el Arte, en la Ciencia, para sostener el nombre de nuestra raza en la Tierra y ser dignos miembros de la Humanidad en futura historia. He dicho. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Discurso leído en la Academia Española el día 25 de Abril de 1880.....	5
Lucano.—Su vida, su genio, su poema.—Discurso leído en la Universidad Central al recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Filosofía.....	121
El socialismo. — Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el día 5 de Mayo de 1859....	169
La idea del progreso. — Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el día 13 de Mayo de 1861.....	217
La libertad y el trabajo.—Discurso pronunciado en la Sociedad «El Fomento de las Artes» la noche del 27 de Junio de 1861.....	293
Exposición Universal de Filadelfia. — Discurso pronunciado el día 23 de Diciembre de 1875 en el acto de constituirse la Comisión general de España.....	321



INDICE

Tratado de la Academia Española de 1803
de 1803 a 1807 10

Tratado de la Universidad Central de 1807
investigación de la historia de la
ciencia 127

El sociólogo - Diferencia planteada en el
Ateneo de Madrid el día 7 de mayo de 1807 109

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 14 de mayo
de 1807 111

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 21 de mayo de
1807 113

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 28 de mayo de
1807 115

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 4 de junio de
1807 117

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 11 de junio de
1807 119

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 18 de junio de
1807 121

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 25 de junio de
1807 123

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 2 de julio de
1807 125

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 9 de julio de
1807 127

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 16 de julio de
1807 129

Tratado de la historia - Diferencia planteada
en el Ateneo de Madrid el día 23 de julio de
1807 131

OBRAS DE DON EMILIO CASTELAR

- Cuestiones políticas y sociales. Tres tomos en 8.º, 6 pesetas.
- Tragedias de la Historia. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Anales políticos. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Discursos parlamentarios en la Asamblea constituyente.
- 22 Febrero 1869. En contra de la proposición que confiaba al General Serrano, la Presidencia y la formación del poder ejecutivo.
- 7 Marzo > > Contra el Proyecto de la Constitución.
- 8 > > Sobre honores de Capitán General reconocidos al Sr. Duque de Montpensier.
- 8 > > En defensa de una amnistía general.
- 16 > > Sobre nombramiento de varias comisiones directamente por la Cámara.
- 23 > > Contra las quintas.
- 12 Abril > > Rectificación al Sr. Manterola sobre la libertad religiosa y la separación de la Iglesia del Estado.
- 14 > > Segunda rectificación al Sr. Manterola.
- 1 Mayo > > En favor de una amnistía general.
- 5 > > Sobre la libertad religiosa y la separación entre la Iglesia y el Estado.
- 20 > > En favor de la fórmula Republicana.
- 25 > > Sobre la reforma de Ultramar.
- 7 Junio > > Sobre las limitaciones puestas al ejercicio de los derechos individuales por el Gobernador de Lérida.
- 14 > > Contra el proyecto de ley que proponía el nombramiento de una Regencia y designaba para Regente al General Serrano.

- 25 Junio 1869. Sobre la interpretación dada a los derechos individuales por los Ministros de Gobernación y Gracia y Justicia.
- 14 Julio » Sobre la extensión de los derechos individuales con motivo de la entrada en el Ministerio de los Sres. Becerra y Echegaray.
- 3 Octubre » Sobre la suspensión de las garantías individuales.
- 5 » » Sobre la suspensión de los derechos individuales.
- 11 Diciembre » Interpelación al Gobierno sobre la Política general.
- 18 » » Réplica al Ministro de la Gobernación.
- 24 Enero 1870. Pidiendo la inhabilitación de los Borbones para ejercer la dignidad de Jefe del Estado.
- 31 » » Sobre el presupuesto eclesiástico.
- 1.º Febrero » Rectificación sobre el presupuesto del clero.
- 9 » » Sobre el presupuesto del Ministerio de la Guerra.
- 12 Marzo » Sobre la política del Gobierno.
- 23 » » Contra las quintas.
- 2 Abril » En contestación a varias alusiones dirigidas al orador en el debate sobre la enseñanza laica.
- 11 Mayo » Sobre las leyes orgánicas municipal y provincial.
- 24 » » Sobre la crisis de Portugal.
- 20 Junio » Sobre la abolición de la esclavitud.
- 3 Noviembre » Sosteniendo un voto de censura al Ministerio por la presentación de la candidatura del Príncipe Amadeo de Saboya a la Corona de España.

Tres volúmenes en 8.º, 9 pesetas.

Discursos académicos.—Sobre Lucano, su vida, su genio, su poema. En la Universidad Central al recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Filosofía.

Sobre **El Socialismo.** En el Ateneo de Madrid el 5 de Mayo de 1859.

Sobre **La Idea del Progreso**. En el Ateneo de Madrid el 13 de Mayo de 1861.

» **La Libertad y el Trabajo**. En la Sociedad del «Fomento de las Artes» en 27 de Junio 1861.

» **La Exposición de Filadelfia**. En el acto de constituirse la Comisión general de España el 23 de Diciembre de 1875.

En la *Academia Española de la Lengua* el 25 de Abril de 1880.

Un tomo en 8.º, 5 pesetas.

Discursos parlamentarios y políticos.

26 Mayo 1874. En Granada en una reunión Republicana.

24 Febrero 1876. Sobre Actas de Barcelona.

25 » » » » de Gaucín.

26 » » Incidente sobre el Reglamento que se ha de regir el Congreso.

2 Marzo » Sobre la terminación de la Guerra civil.

16 » » Sobre discusión del mensaje de la Corona.

17 » » Sobre alusiones personales.

6, 7 y 8 Abril » » *No ha lugar a deliberar*, sobre los títulos de la Constitución de 1876 relativos a la monarquía y a sus atributos esenciales.

9 Mayo » Sobre libertad religiosa.

20 Junio » » la enseñanza.

15 Julio » » la dictadura.

17 Noviembre » » las leyes municipal y provincial.

13 Diciembre » Sobre la ley de reemplazos.

2 Enero 1877. » la política del gobierno conservador.

29 Mayo » Sobre defensa del sufragio universal.

5 Julio » Sobre la expulsión de Francia del Sr. Ruiz Zorrilla.

28 Febrero 1878. Sobre las cuestiones internacionales con motivo de la discusión del mensaje.

6 Mayo » Sobre rectificación de la elección del señor Abarzuza en Barcelona.

- 27 Mayo 1878. Sobre cuestión del alumbrado en Barcelona.
- 8 Julio » Pregunta acerca de la necesidad de fijar un plazo dentro del cual puedan ser denunciados los periódicos y rectificaciones.
- 12 Noviembre » Sobre la ley electoral.
- 25 » » Y rectificaciones en la del martes 26 del mismo sobre la ley de imprenta.
- 6 Diciembre » Sobre la muerte de D. Nicolás María Rivero.
- 7 » » Queja porque el gobernador de Valladolid haya prohibido la circulación del periódico *La Gironda*.
- 9 » » Alusión personal con motivo de la prohibición de circular el periódico *La Gironda*.
- 2 Junio 1879. Alusión personal con motivo del juramento.
- 19 » » Sobre las actas de Santander.
- 20 » » En contra del dictamen del acta de «La Bisbal» y discurso en contra del acta de «La Estrada».
- 21 » » Sobre las actas de Sevilla.
- 8 Julio » » el mensaje de la Corona.
- 14 » » » alusiones personales.
- 2 Octubre 1880. En el banquete celebrado en su obsequio por la democracia histórica de Alcira.
- 7 Agosto 1885. Sobre la política democrática ante una reunión electoral.
- 21 Septiembre » Incidente sobre la supresión en el Reglamento de los artículos relativos al Juramento.
- 14 Noviembre » Sobre el mensaje de la Corona.
- 15 » » Rectificación.
- 16 » » Rectificación.
- 5 Diciembre » Sobre la compra del cuadro histórico del señor Casado «La Campana de Huesca».
- 1.º Mayo 1882. Alusión personal.
- 22 » » Sobre la formación de la izquierda dinástica.
- 7 Abril 1883. Sobre la cuestión del juramento.

- 12 Julio 1883. Sobre la política del partido Republicano.
14 » » Proponiendo una pensión para el poeta Zorrilla.
14 Enero 1884. Sobre la política fusionista.
15 » » el viaje de D. Alfonso XII o las maniobras militares de Alemania.

Dos tomos en 4.º (En reimpresión).

Ensayos literarios.—Elena considerada como símbolo del arte clásico.—Doña Carolina Coronado.—La universalidad de la democracia.—Itúrbide.—Al Sr. Director de *La Discusión*.—El Paraninfo de la Universidad Central.—Benidorme 1.º de Septiembre de 1859.—San Juan de los Reyes.—Inauguración de la canalización del Ebro.—Búlgaros y nihilistas. (Agotado).

La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo. Cinco tomos en 8.º, 15 pesetas.

Cartas sobre política europea. Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

La fórmula del Progreso.—Ideas democráticas. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Defensa de la fórmula del Progreso.—Contestación a las objeciones dirigidas por D. Ramón de Campamor al folleto «La fórmula del Progreso». (Agotado).

La Hermana de la Caridad, (novela). Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

Estudios históricos sobre la Edad Media.—América. Don Pedro IV y la Unión Aragonesa.—Los primeros tiempos del Cristianismo.—Discurso sobre los caracteres capitales de la Edad Media en España y en el resto de Europa.—Turquía en la Exposición Universal de París.—Mes de Octubre en París.—El 1.º de Año en París. (Agotado).

Recuerdos y esperanzas. (Agotado).

Miscelánea de historia, de religión, de arte y de política.—El Papa y el congreso.—Última fase del cesarismo.—La política nacional.—Las desgracias históricas de Italia.—Un derecho de asociación. La guerra de Africa.—La guerra de Africa y la abnegación de la democracia.—La cuestión de Italia.—Carácter democrático de nuestra Patria.—Cuestión de Italia.—El patriotismo es-

- pañol.—La cuestión de Italia.—España en el Congreso europeo.—Señores redactores de *La Regeneración*.—Señor Director de *La Discusión*. Un día en Algar. Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.
- La redención del esclavo.**—Invocación.—Prólogo en el cielo.—El angel y el hombre.—El Páris.—El ara del sacrificio.—El campo de Batalla.—El mercado.—Metamórfosis.—Prólogo de la segunda parte.—Primera jornada, Las Profecías.—Jornada segunda, El Trabajo.—Jornada tercera, La Esperanza.—Jornada cuarta, La Agonía.—Epílogo. Cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas.
- Perfiles de personajes y bocetos de ideas.** (Agotado).
- Historia de un Corazón.** } (Novela). Dos tomos en
Ricardo. } 8.º, 10 pesetas.
- Ernesto,** 4.º, 2 pesetas. (Agotado).
- Discursos íntegros pronunciados en las Cortes constituyentes de 1873-74.** (Agotado).
- Discursos dentro y fuera del parlamento.** (Agotado).
- Europa en el último trienio,** 4.º, 4 pesetas.
- La cuestión de Oriente,** 4.º, 4 pesetas.
- Fra Filippo Lippi,** 4.º, láminas, 28 pesetas.
- Galería de mujeres célebres,** 8 tomos, 4.º, 40 pesetas.
- Las guerras de América y Egipto,** 4.º, 4 pesetas.
- Historia del año 1883,** 4.º, 4 pesetas.
» » » 1884, 4.º, 4 pesetas.
- Nerón.** Estudio histórico, 3 volúmenes, 4.º, 22,50 pesetas. (Agotado).
- El ocaso de la libertad,** 4.º (Agotado).
- Retratos históricos,** 4.º, 4 pesetas.
- La revolución religiosa,** 4 volúmenes, folio, 120 pesetas.
- Historia del movimiento Republicano en Europa,** 2 volúmenes, folio, 45,50 pesetas.
- Historia del descubrimiento de América,** 4.º, 17,50 pesetas.
- Historia de Europa,** 6 volúmenes, folio, 106 pesetas.
- La Rusia Contemporánea,** 4.º, 4 pesetas.
- Semblanza contemporánea,** 12 volúmenes. (Agotado).
- Recuerdos de Italia,** 8.º, 4 pesetas.
- El suspiro del moro,** 2 volúmenes, 4.º, 10 pesetas. (Agotado).
- Un año en París,** 4.º, 6 pesetas.
- Vida de lord Byron.** (Agotada).

1058732

PTAS.